

Y
2192
1889

HOMENAJE DE LA NACION
a
MIGUEL ANTONIO CARO

1889

Y

2192

1889

17

UNIVERSIDAD
EAFIT®

Sala de Patrimonio Documental



HOMENAJE

DE

“LA NACIÓN”

AL SR.

D. MIGUEL ANTONIO CARO

EL 10 DE NOVIEMBRE DE 1888



BOGOTA

IMPRESA DE “LA NACIÓN”

1888

Compra Roberto Luis Sarawillo Abril/08

Sala de Patrimonio Documental

2192
1889

CONTENIDO

DEL NUMERO 321 DE " LA NACION " DE 10 DE NOVIEMBRE DE 1888

UNIVERSIDAD

JUSTO HOMENAJE

El Sr. D. Miguel A. Caro nació en esta ciudad el 10 de Noviembre de 1843, de manera que hoy cumple 45 años; y el Director de este periódico ha querido hacerle á su amigo y compañero, dedicándole el presente número, una justa manifestación. Ninguno en Colombia la merece más que él, y LA NACIÓN, que ha sido redactada por el Sr. Caro, y que hoy mismo lo cuenta como distinguido colaborador, tiene contraída para con él inmensa deuda que ahora quiere reconocer en nombre de la República y del partido que ha llegado al poder siéndole deudor de ahincados esfuerzos y de heroicos sacrificios.

D. Miguel Antonio Caro fue el que levantó la bandera sustentada por *El Tradicionista*, que contenía principios puros, que han venido á ser nuestro canon y la base de la actual Constitución. En la lucha heroica que sostuvo en aquel brioso paladín de las buenas ideas, recibió herida mortal el radicalismo, que lo persiguió en sus bienes y persona, para vengar las derrotas que en hidalga lid sufrió.

Pero vencedora la bandera que con valor tremoló y supo briosa y constantemente sostener, no ha descansado un sólo instante, porque sabe que las ideas, por grandes y nobles que parezcan, no imperan eternamente y necesitan del sacrificio continuo de sus leales servidores.

Y no se ha querido que el homenaje sincero y caluroso que hoy se le presenta, sea de la generación que batalló antes

que él, ni del clero, á cuya causa ha servido al consagrarse á sostener por la prensa los principios católicos, sino de esa noble clase obrera tan espontánea en sus cultos como sincera en sus manifestaciones, y de la juventud, que formó en sus luminosos escritos sus ideas políticas, y que hoy las sustenta con orgullo y ofrece morir por ellas. Sí, de esa juventud que lo admira como sabio y lo venera como virtuoso; que lo ha visto combatir briosamente por una causa santa, y lo contempla con las manos puras después de la victoria, como el valeroso Capitán que, pasada la tormenta, puede mostrar manchas de sangre, pero no salpicaduras de lodo; y que se edifica con el ejemplo de abnegación y de desinterés que le presenta, al ver cómo sufre aún por mantener ilesos sus principios y no se envanece ni con sus grandes merecimientos ni con los aplausos que de tierra extranjera continuamente recibe. Ella le ofrece en un día como hoy colocarlo en los altares de los servidores de la Patria y ser siempre escudo de su nombre y guardián celoso de su gloria. De esa gloria que no es sólo suya sino de la Nación que ha tenido la honra de verlo nacer y que tendrá la de saber conservar sus restos con religioso respeto.

Sin negar sus valiosos servicios á los ilustres personajes que han ayudado al triunfo en Colombia de los principios tutelares del orden y de la justicia, los nombres de Núñez y de Caro merecerán siempre el tributo más valioso, flotarán en todas las tempestades, y serán faro que alumbre y columna luminosa que guíe.

El que esto escribe puso, niño aún, el nombre del Sr. Caro como título del primero de sus artículos, y desde entonces ha tenido por él admiración y afectuoso cariño, y al verse á la cabeza de un periódico que sostiene las ideas de un gran partido, da á Dios gracias de poder ofrecerle en nombre de esa comunidad, el homenaje de su gratitud, y de poder manifestarle por su parte la expresión más vehemente de alto respeto y de profunda estimación.

JUAN A. ZULETA.

SR. D. MIGUEL A. CARO.—Presente.

En el día de vuestro cumpleaños creemos de nuestro deber el aprovechar la ocasión para presentaros, junto con nuestro respetuoso saludo, las felicitaciones, altamente sinceras,

por la energía, el patriotismo, la inteligencia y el levantado carácter con que, siempre y en todo campo, habéis defendido las sanas ideas; y para expresar los votos que hacemos para que la Providencia conserve largos años la vida del buen ciudadano, del immaculado político y del eximio literato.

Bogotá, 10 de Noviembre de 1888.

Eduardo Posada, Alejandro Pizarro, Gabriel Rosas, Marceliano Vargas, Emilio Ruiz, Luis Martínez Silva, Florentino Goenaga, Carlos Pardo, Fernando Vélez B, Miguel Peñarredonda, Eliseo Arbeláez, Siervo Ramírez, Tomás Arias, Enrique W. Fernández, José Joaquín Casas, Lorenzo Marroquín, Marco Fidel Suárez, Arturo Malo O'Leary, Marco A. Pizano, Pablo Pizano, Rufino Gutiérrez, Marco Antonio Torres, Manuel J. Ortiz D., Primitivo Crespo R., Juan Pablo Gómez, J. Clímaco Burbano, Enrique C. de Barros, Francisco Franco, Gustavo S. Guerrero, Dionisio Arango, Julio Arboleda, Ignacio Sampedor, Francisco Duarte Ruiz, Salvador Franco, José L. Gutiérrez, José T. Gaibrois, Miguel Jerónimo Canal, Antonio María Gómez Restrepo, Rafael Torres Mariño, Narciso Reyes, Pedro Vélez R, Julio Pérez S., Manuel Posada, Emigdio P. Solano, Aparicio Saavedra, Francisco Cucalón, Belisario Ayala, Aurelio Nieto, Eduardo González, Joaquín Valencia C., Angel M. Zorrillo, Adriano Tribín, J. Evangelista Trujillo, Isaías Luján, Diego Madero, Inocencio Madero, Eduardo Castro I, Justo Madero, Aristides Caycedo, Manuel María Madero G., Aurelio Castro R, Leonidas Matéus M., Jorge Roa, Camilo Torres, Luis María Madero G., Ulpiano Obando, Víctor Mallarino, Gonzalo Arboleda, Evaristo Delgado, Jerónimo Argáez, Bernardo Pizano.

SR. DR. D. MIGUEL A. CARGO.

El pueblo que vive y se sustenta del trabajo manual, y que es el primero que siente venir los sucesos políticos que le han de privar de ese sustento ganado en las fatigas diarias, pues las revoluciones se anuncian con la escasez, se presentan con la inmoralidad y se retiran dejando la miseria; ese pueblo que no se queja de las combinaciones políticas con tal que de ellas surja la paz precursora de la abundancia y alienten la industria generadora de la prosperidad; ese pueblo, víctima siempre de los desaciertos de los gobernantes, del furor de los bandos, y de la mal encubierta ambición de los que invocan las libertades para tiranizarlo con ellas; de entre ese pueblo nos destacamos para saludaros en el día aniversario del en que la Providencia os echó al mundo para defender vigorosamente, y sin que se os pueda acusar de contradicción, las verdaderas garantías sociales que traen lógicamente, y sin otro esfuerzo

que el que se emplee en cumplirlas, el progreso y tranquilidad de los asociados. Veinte años hace trabajáis sin descanso, demostrando que las grandes cuestiones sociales, filosóficas y políticas deben ventilarse de manera que perpetúen la gloria de los bienhechores de la humanidad, siguiendo, si es posible, la marcha que les imprima su propia fuerza; y que en las Repúblicas democráticas se han confundido lastimosamente, en muchas ocasiones, las garantías, obligaciones y derechos que ennoblecen y levantan al pueblo enseñándole la verdad, con las utopías propias para tenerlo dócil al yugo que con artero disimulo quebranta su dignidad y lo envilece.

Hoy el poder está investido de la autoridad que habéis defendido, y con el cetro de la verdad que profesáis en política; y los que creen que ya deberían cosecharse los frutos de esta nueva labor y de estos grandes esfuerzos, no es porque el deseo del bien los haga impacientes, sino porque el ansia del mal los hace intolerantes.

Seguid discutiendo y enseñando, pues la polémica doctrinaria es herencia vuestra, sin temer el arma enemiga que amenaza de frente, ni la alevosa que hiere de costado.

En todo caso y en toda circunstancia estamos á vuestras órdenes.

Bogotá, 10 de Noviembre de 1888.

José L. Camacho, José Trinidad Salazar, Rafael María González S., José del Carmen Cortés, Luis J. Copete, Rafael Jiménez, Luis Curieux, Cruz Prieto, Agustín Díaz, Jorge Díaz Rodolfo Prieto C., Marcos Díaz, Hermenegildo Andrade, Clemente Martel, Juan Casís P., Gregorio Rodríguez C., Agustín Espinosa, Jacinto Mora, Esteban Amaya, Felipe S. Orjuela, José Trinidad Salazar T., Gregorio González Gómez, Cosme D. Ribera, Calixto Leiva M., Gonzalo Castrillón T., José Vicente Salazar T., Juan Cerón, Rafael Ballesteros, Esteban Cárdenas, Santos Prieto, Patricio Lozano, Alejandro Salazar T., Eleuterio Contreras, Alejandro Abello, Arturo Rodríguez, Esteban Sarmiento, Demetrio Salazar T., Rafael Garzón, Félix Salazar, Ismael Leal, Felipe Farfán, Januario Sandoval, Nicolás Castillo, Ignacio Torres, Ismael Cárdenas, Julián González, José Garzón, Félix Mila, Cruz Reyes, Dionisio Flores, Eustacio Sánchez, Félix Pescador, Esteban García, Simón Cortés, Marcos Ballesteros, Norberto Sandoval, Vidal Acosta, Elías Fonseca, Pedro Malpica, Rafael Acosta, Eliécer Acosta, Miguel Monroy, Acisclo Triana, Anselmo Angulo, Rafael González, José Romero, Faustino Gordillo, Julio Ardila, Matías Hernández, Pedro Gutiérrez, Moisés González, Dionisio Niño, Pedro Castro, Deogracias Gordillo, Juan Sánchez, Benjamín Pedraza, Justo Espejo, Agustín Morales, Carlos Rodríguez, Camilo Sánchez, Víctor Latorre, Fulgencio Nova, Abelardo Rodríguez, Máximo Gómez, Justo Velásquez, Gregorio Méndez, Gregorio Hernández, Hipólito Alonso, Federico García, Parmenio Neira, Alejo Cruz, Vicente Forero, Marcos Salamanca, Eduardo Caicedo, Cándido Castellanos, Miguel Segarra, Miguel Ayarza, Celio Rueda, Isidro Ruiz, Rafael Pardo D., Cer-

beleón Morales, Rafael Sabogal, Vicente Sánchez, Uldarico Niño, Adolfo Pregonero, Domingo Escamilla, Silverio Bernal, J. Albarracín E., Antonio Prieto, Lino Monroy, Luis Lombana, Rafael Hernández, Fermín Vargas, Estanislao Serrano, Pedro Amaya, Félix Camacho, Juan E. Gómez, Maximiliano Cortés, Rafael Farías, Eliécer Uribe, Reyes González, Abraham Rosas, Ricardo Liévano, Honorato Landínez, Francisco Landínez, Antonio Hernández, Ignacio Pacheco, Pedro Morales P., Vicente Medina, Jesús Ramírez, Isaías Medina, Serafín Pulido, Ruperto Molano, Tiberio Amaya, León Amaya, Andrés Garzón C., Jesús M. Palomino, Isaías Saavedra, David Forero, Ismael Moreno, Roberto Mora, Adiorato Moreno, Jesús Quiroga, Fulgencio Moreno, Antonio Pérez, Florentino Ramírez, Santos Jiménez, Gregorio Millán, José M. Arjona, Benjamín Torres A.—(Siguen 208 firmas.)

SR. D. MIGUEL ANTONIO CARO.—Presente.

De tiempo atrás teníamos pensado haceros un público ofrecimiento de nuestra personal admiración y afecto; pero de una parte, la falta de ocasión adecuada, y de otra, el temor de que esa manifestación pudiese parecer á espíritus estrechos y mezquinos, informada por un móvil desdoroso de adulación y baja lisonja, nos habían retenido.

Mas hoy que todos los colombianos nos regocijamos por tener la honra de que hayáis visto la luz en nuestro suelo, vos, lumbrera de las letras, que habéis llevado la gloria nacional muy más allá de los confines patrios, no titubeamos en juntar nuestros débiles aplausos á los que os tributan los amantes de la gloria, los admiradores de la virtud y la honradez, los verdaderos patriotas.

Demás de esto, hay para los partidarios de los principios y doctrinas que profesáis, el placentero deber de elevar fervientes votos al Cielo, para que no vaya á arrebatáros prematuramente como á vuestro preclaro genitor, sino que antes bien os conceda tranquila longevidad, para que vuestra inteligencia pueda dar de sí cuanto encierra, con honra vuestra y provecho de todos; para que continuéis como hasta el presente, siendo paladión incommovible de nuestras creencias religiosas y políticas, demoledor incansable del error y la falsía; para seguir enorgulleciéndonos de contar en nuestro seno tan exímio personaje, mezcla armónica y perfecta de la cultura helénica, la entereza y valor civil de los romanos, y la abnegación y acrisolada honradez que infunde la Religión de Cristo en sus seguidores.

Bien hayáis vos que con vuestros luminosos escritos os

habéis esforzado por adoctrinar la juventud de nuestra patria. La general admiración y estima de que sois objeto y vuestro continental y transfretano renombre son una muestra de las ovaciones que os tributará la posteridad y las explosiones de magnánimo amor y gratitud que suscitará vuestra memoria en los corazones nobles y generosos de vuestros venideros ciudadanos.

Respetuosamente os suplicamos aceptéis los sentimientos expresados, y que de seguro alberga la mayoría de la juventud colombiana, no por ser nosotros quienes los formulamos, sino por ser vos quien los inspiráis.

Bogotá, Noviembre 10 de 1888.

Miguel Abadía Méndez, José Gnecco Laborde, José Vicente Concha, Bernardo Escobar E., Zenón Torres B., Daniel Merizalde, Eduardo Quintana V., Germán D. Pardo, Alfonso Delgado, Antonio Mallarino, Rafael María Osorio, José Ignacio de Castro, Rafael M. Pontón, Bernardo Caycedo, Antonio José Cadavid A., Anselmo Ortiz, Benjamín Martínez R., Francisco Quintero R., Roberto Merizalde, Augusto N. Samper, Manuel Santamaría, José Ramón Lago, Servio Tulio Aranguren M., Juan B. Cormane, José Joaquín Urbina, Nicanor Hurtado M., F. Ordoñez, Eliseo Niño, Manuel F. Restrepo Briceño, Roberto Becerra Delgado, Miguel Angel Losada, Francisco Javier de Castro.

SR. DIRECTOR DE "LA NACIÓN".

Hoy que ese autorizado periódico consagra sus columnas al Sr. D. Miguel A. Caro, en justo homenaje á sus méritos, y para enaltecimiento de la Patria, séanos permitido ofrecer al par que nuestro tributo de respeto á este distinguido ciudadano, gloria de las letras castellanas y honra y prez de esta República, nuestro afecto de gratitud á él por la abnegación y entereza de carácter con que desde muy temprano se ha consagrado sin descanso al servicio de la causa en que se vinculan los más caros intereses de la sociedad, primero, en el ejercicio del periodismo, dando unidad á los buenos elementos que había dispersado el triunfo de una extraviada secta política, y exponiendo genuinas doctrinas; después en gloriosas lides parlamentarias contribuyendo eficazmente á poner la Carta Constitucional de la Nación bajo el imperio de las ideas cristianas; y combatiendo de nuevo en la prensa con brío, abnegación y lucimiento.

Leonardo Canal, Jorge Holguín, Adolfo Hárker, Wenceslao Pizano, Pedro A. Molina, Anacleto Holguín, Francisco Groot, Agustín Uribe, Tomás Barco, Federico Patiño, José M. Coronado, Luis Mejía A., Carlos E. Coronado, Diego Fallon, Lucio A. Pombo, Rafael Pombo, Ramón Guerra A., Luis M. Isaza, Rafael Ortiz, Máximo A. Nieto, Rito A. Martínez, Diego R. de Guzmán, José Caicedo Rojas, Ruperto S. Gómez, Manuel A. Sanclemente, Julián Cock Báyer, Demetrio Viana, Rafael Ramírez Castro, José Manuel Marroquín, Andrés Obregón, Manuel Ortiz D.

MIGUEL A. CARO

POETA

Hay una simpatía innegable entre dos espíritus de unas mismas tendencias; y es tal la fuerza de atracción que se ejerce entre ellos, que se buscan, se comprenden y se unen á través de poderosas barreras y á dilatadas distancias, como los continentes separados por el inmenso océano. Por esta razón D. Marcelino Menéndez y Pelayo, el ilustre erudito español, y D. Miguel A. Caro, el humanista y publicista americano, han venido á ser amigos queridísimos, y cuando el primero apenas comenzaba á hacerse conocer en la América latina, yá estaba en correspondencia literaria con el segundo. No vemos en España ninguna personalidad que se asemeje á Caro, como Menéndez y Pelayo, ni hay dos escritores que hayan seguido carrera tan parecida, luchado con unas mismas contrariedades, alcanzado triunfos tan prematuros, y sosteniendo polémicas apasionadas desde la publicación de sus primeros escritos.

Como Menéndez, Caro se presentó al mundo con una erudición pasmosa en edad en que aún se veía sobre sus vestidos el polvo de los claustros; admiró al público por la madurez de su juicio y por la filiación de sus ideas; ambos se hicieron conocer por obras que revelaban profundos estudios, que era casi difícil haber llevado á cabo á su edad; y á los dos se les quiso desconocer su autoridad de sabios y su título de grandes escritores. El uno no tenía antecedentes ningunos, pero el otro sí se mostraba con la auréola de la gloria de su padre, que quisieron algunos explotar en su contra, negándole el derecho de que se presentara á ser el continuador de sus triunfos y el legítimo heredero de sus lauros. Pero como el mundo no tolera que el talento de una persona sea universal, ni que se revele en toda su grandeza cuando ésta apenas comienza á dejar

los juegos infantiles, si se ve precisado á reconocerle méritos en un ramo, se opone tenazmente á que pueda sobresalir en otros. Así cuando yá Menéndez logró imponerse como escritor erudito y polemista notable, como yá se había impuesto Caro en Colombia, comenzó á disputárseles á uno y á otro el título de poetas, porque no era posible que eruditos supieran sentir como sienten el resto de los mortales que no llevan en la cabeza tal cúmulo de libros y de ideas ajenas. Mas el poder del genio todo lo avasalla, y Menéndez y Pelayo y Caro son considerados hoy como grandes poetas en uno y otro mundo, á más de ser autores de numerosas obras, filólogos, polemistas, oradores, y el último periodista insigne.

Pero á más de la razón que consiste en la tendencia que hay, especialmente en nuestra raza, á no reconocer facultades universales, y por esto á tratar de negar á los ilustres escritores citados el título de poetas, obran otras de distinto género. Nuestro público, hecho á dar patentes de tales á todos los versificadores altisonantes, llorones, y que le adulaban el oído con el retintín del consonante, no podía concederle á quien se presentaba cantando en metro que no fuera el usado por el vulgo de los poetas, en estilo que no halagara las pasiones del populacho, y en versos que no revelaran todos los secretos del hogar y los pensamientos más íntimos del cantor. El vulgo de los lectores no puede colocar en el parnaso á quien no exprese pasiones y sentimientos exagerados y no lo halague con palabrería hueca y estilo desarreglado. En la raza latina la imaginación se desarrolla primero que las facultades reflexivas, y el que se presente expresando en versos sus impresiones sobre la naturaleza ó los actos ó sentimientos humanos, manteniendo aquel justo equilibrio que debe haber entre la espontaneidad y la razón, no puede pretender, de buenas á primeras, el envidiable título de inspirado vate.

La revolución francesa no sólo vició los ideales políticos y las costumbres de los pueblos, sino los gustos literarios. Los poetas del siglo XVIII eran fríos y rutinarios y no podían tratar ningún punto sin que los personajes mitológicos figuraran obligadamente; pero los del siglo XIX, imbuídos en el espíritu revolucionario, no sólo se hicieron altisonantes, sino que quisieron sobreponerse á toda regla y vestir de oropeles ideas engañosas y pensamientos falsos, demagógicos y excesivamente apasionados. Los poetas hispanoamericanos excedieron la medida, porque su rica imaginación se dio á buscar ideales perniciosos, y al empeño de imitar los orientalismos y desmanes de Zorrilla, y las exageraciones de Espronceda, cuan-

do nó la retumbancia de Quintana y de Gallego. Así la idea que se tiene en general de la poesía no es la más adecuada á los principios de la estética, y de acuerdo con ella se desechan como prosaicas producciones poéticas que tienen verdadero mérito, y no se considera á sus autores como poetas de inspiración.

La verdadera poesía consiste en la pasión y el entusiasmo expresados espontáneamente en estilo conciso y elegante, y en vocablos y epítetos atinados. La espontaneidad es la primera condición del poeta, y el sentimiento será la expresión de ella; pero sin que éntre la reflexión á templar los ímpetus del entusiasmo ó á darle forma á la inspiración, no habrá verdadero artista ni podrá merecer el título de poeta el que no mezele las dos condiciones de tal manera que guarden perfecto equilibrio. D. Miguel Antonio Caro ha sabido graduar el perfecto acuerdo entre estas dos manifestaciones del alma, fuente de la verdadera poesía. En algunos de sus primeros versos pudiera notarse tal vez que la facultad reflexiva excedió un poco al poder de espontaneidad, porque en él parece que se desarrolló primero la razón, que se mostró madura en los escritos de su juventud; pero en sus últimas poesías ha sabido combinar tan admirablemente las dos condiciones, que sus composiciones poéticas quedarán como modelos en la lira castellana.

En los trabajos poéticos de Caro podemos distinguir tres épocas. En la primera consideraremos los publicados en 1866, cuando apenas contaba 23 años. Como al pie de los versos no hay fechas, no sabemos en qué tiempo fueran compuestos, pero es natural suponer que, para formar colección á esa edad, debió comenzar á componerlos mucho antes, de modo que entre las composiciones habrá algunas que pueden llamarse infantiles por haber sido escritas antes de los 15 años, como es muy probable. En la colección que tenemos á la vista, titulada simplemente *VERSOS de Miguel Antonio Caro*, publicada en la imprenta de Foción Mantilla, figuran como 35 composiciones, que no son sino una muestra, como se dice en la Advertencia preliminar, de las que llevaba escritas el poeta hasta esa época; de ellas, once traducciones de poetas latinos y griegos, de la Biblia y de algún poeta inglés. Caro ha sido calificado yá como eximio traductor por los hablistas y escritores más notables de Europa y América. En este mismo número publicamos conceptos de algunos de ellos, dejando de copiar muchos otros por falta de espacio, en los que se le apellida *el príncipe de los traductores castellanos*, y estaría por demás, sin contar el atrevimiento, el ponernos á agregar palabra alguna al juicio de tan eminentes críticos.

Se nota en los versos originales que los asuntos son elevados y variados, y esta última es de las mejores condiciones de Caro como poeta. Su lira no tiene una sola cuerda, como la de algunos muy populares, que gustan al principio por la delicadeza de sus sentimientos ó por alguna otra cualidad, pero que al fin cansan, porque sus composiciones no son sino repetición de lo que yá habían dicho en la primera y en cada una de las siguientes. La cuerda del poeta debe ser flexible para que sus vibraciones sean variadas y su obra poética no canse por la monotonía,—como los discursos de Castelar, á quien se puede adivinar de antemano lo que va á decir en lo nuevo que la prensa extranjera nos envía, porque se ha formado un plan tan conocido que todo mundo sabe cuáles son las palabras y los conceptos que obligatoriamente ha de incluir en cada una de sus producciones.

La Patria, los sentimientos filiales, la amistad, el amor, la Libertad, los fenómenos y maravillas de la naturaleza, las nobles aspiraciones del alma, los sagrados vínculos de raza, son entre otros los asuntos que mueven la inspiración del joven poeta. Yá comienza á notarse en él lo que se muestra más tarde en todo su vigor: aquella tendencia al recogimiento del espíritu que aleja al hombre de las cosas mundanas y lo lleva á meditar en lo elevado y noble, sugiriéndole una especie de disgusto por la materia que lo rodea, y una santa aspiración á encontrarse en un medio más puro, pero sin expresar esto con dudas y desesperaciones, sino en forma cristiana, como lo dicta el alma del vate eminentemente creyente y católico. Porque una cosa es la melancolía que la lectura de un escritor ilustre ó la contemplación de una obra maestra de arte, ó la soledad y el recogimiento despiertan en las almas nobles, y el hastío que les produce el roce de los objetos mundanos, y otra las lamentaciones exageradas y falsas, las desesperaciones impías, y el cansancio que deja el goce material. Lo uno es la manifestación del espíritu, la aspiración ideal que lucha con la invasión de la realidad, y lo otro el influjo de la carne, la falta de fe y la cobardía del luchador después de que ha gastado sus fuerzas en indignas lides. En la composición *El Alma Prisionera* encontramos tres sentidas estrofas en que lamenta de esta suerte lo que pudiéramos llamar la nostalgia del Cielo;

“ ¿ Qué ciego desatino
Así te roba á la región serena,
Que olvidado, sin tino,
La planta mueves en morada ajena
A do pérfido lazo te encadena ?

“ ¿ Qué luz, qué bien ofrece
Morada donde á vueltas de ventura
El infortunio crece ;
Do el placer muere en el dolor que dura ;
Morada de expiación, remota, obscura ? ”

.....

Interrumpió la luna,
Alzada tras la andina cordillera,
Mi sueño y mi fortuna:
Y vi conmigo mi alma prisionera,
Del solitario arroyo en la ribera.

Caro quedó huérfano casi niño, pues tenía sólo siete años cuando su ilustre padre se vio precisado á optar por el destierro, y éste no volvió á reunirse con su familia, porque, como es sabido, murió al acercarse otra vez á las riberas patrias. Su distinguido abuelo le sirvió de padre y le infundió aquella decisión por los estudios clásicos, que formaron su gusto y que tan poderosamente han influido en su brillante carrera literaria. Caro ha conservado siempre un respetuoso culto por la memoria de su padre, que no sólo se ha hecho sentir en sus versos sino en sus escritos de prosa. Siempre que lo nombra lo hace con entrañable cariño, y, si se quiere, con justa admiración, pero haciendo comprender ésta más bien que manifestándola. Los versos que le consagra con el título de *El Huérfano Peregrino*, son una preciosa y tierna elegía de la que puede juzgarse por los siguientes extractos, en que el perfume del amor filial nos llega fresco y empapado de afecto delicado y de sublimidad:

En vano el viajador pregunta en dónde
Los restos yacen, y la vista explaya.
¡ Silencio y soledad !.... Sólo responde
La ola que desmaya
Con lamento monótono en la playa.

.....

Al que ama la virtud con pecho fuerte,
Es el suelo morada transitoria
De recio batallar: dale la muerte
La palma de victoria
Y otra región coronará su gloria.

Mientras vive, con ceño desabrido
Le mira el mundo: apenas desaparece,
Le llama á sí, le busca con gemido,
Y dél se enorgullece,
Y aroma y llanto á su ceniza ofrece;

Reliquia, empero, á que la vida falta ;
Reliquia que del águila semeja
A la ya inútil pluma, cuando en la alta
Roca natal la deja,
Y el vuelo tiende y rápida se aleja !

¿ Cuándo será que unida estrechamente
Al caro genitor el alma mía,
Goce en asombro mudo y reverente,
La angélica armonía
Que auguró su terrena poesía ?

Tú que velas por mí ; tú, generoso
Angel confortador ! conduce en tanto
Al que acatas, del Todopoderoso
Pedestal sacrosanto,
Mi deseo ardentísimo y mi llanto !

Una de las cualidades que más distinguen á Caro como hombre, como escritor y como poeta es la sinceridad: él no dice ni escribe ni canta sino lo que siente, lo que no es muy común ni entre los hombres ni mucho menos entre los poetas. Se dice de Horacio que era veraz y sincero, lo que le ha merecido elogios de sus críticos ; y Caro, tan admirador del poeta latino, le imita fielmente en esta hermosa condición, en lo que no hace otra cosa que obrar de acuerdo con sus sentimientos cristianos. Por eso tienen valor sus manifestaciones como hombre privado y sus opiniones como escritor, porque se sabe que, aun arrojando enemistades, es en todo sincero. Individuo de su clase, quiere á derechas, y aquel á quien profesa amistad puede estar seguro que será fiel á ella. En sus versos ha consagrado bellísimas palabras á esta unión de los corazones que se comprenden, vínculo santo que hace de dos almas una sola y que propende á hacer de la humanidad una familia de acuerdo con el gran precepto de Cristo. Sólo el que rinda verdadero culto á los afectos puros y desinteresados que mutuamente se profesan dos personas, puede decirle á la amistad estas delicadas y sobrias palabras:

Dios te bendice y ama
Por más que lazos al mortal prepares :
Buena como la llama
De modestos hogares,
Siempre tuviste adoración y altares.

Este sentimiento de lealtad que se admira en los actos y en los escritos de Caro, es parte á que trabaje honradamente por el triunfo de sus ideas, sin tratar de deslumbrar á nadie

con falso brillo ni de halagar pasiones de ninguna especie. El es partidario de la libertad bien entendida, pero no rinde culto á la licencia ni teme estigmatizarla. Cree que en América el orden y la justicia imperarán con gobiernos serios y fuertes que mantengan subordinadas á las turbas y protejan contra ellas á los hombres honrados. Estas ideas políticas, expresadas siempre con franqueza, han motivado el que se le acuse de monarquista, sobre todo después de que en sublimes y enérgicos versos cordenó la cobardía de Juárez, y entre el coro de voces que saludaban al vencedor dejó oír la suya para lamentar la desgracia del mártir de Querétaro. Sólo Núñez de Arce, poeta alabado por algunos de liberal, habrá podido en estrofas tan viriles y con entonación verdaderamente épica, repudiar á la licencia que echa sobre sus carnes el manto de la libertad:

¡ Triunfó la libertad ! Yo me estremezco.
¿ Quién es la Libertad ? Nunca la he visto.
He visto sí por do su nombre suena,
O licencia voraz ó despotismo.
Si ésta es la Libertad, sí la conozco ;
Si ésta es la Libertad, yo la maldigo ;
Es el malo que al bueno insulta, el fuerte
Que oprime al desvalido.

Nace una niña en el Celeste Imperio,
Y al punto al pie le ajustan férrea horma :
Nace un niño en el suelo americano,
Y ya el cerebro la opinión le amolda.
La opinión, que madrastra despiadada
En nodriza maléfica se torna
Y siempre con fantasmas intimidada
Que monarquías nombra.

Miradle adulto yá : ó en su provecho
De libertad el culto beneficia,
Sacrílego ministro, ó en su daño,
Torpe sectario, al ídolo se humilla.
El vulgo en tanto nada entiende ; calla
Sometido á la pérfida doctrina
Que á víctima infelice le reduce,
Mientras Dios le apellida.

.....

Miente quien llame á la justicia reina,
Miente quien llame soberano al pueblo.
Nunca en el trono se sentaron nombres.
El pueblo es mar, inundación su imperio ;
¿ Mas cuál inundación eterna ha sido ?
Fuéralo ; devorara el ancho suelo.
Un dique ú otro en su vaivén constante
Respetar el mar soberbio.

.....

El mundo material clara figura
Es del mundo moral: allí hay trastorno
Do firme falta un centro; el orden vuelve
Si á centro firme se avasalla todo.
La luna en torno de la tierra gira,
Y la tierra, á su vez del sol en torno:
Sea necesidad, castigo sea,
No hay sociedad sin tronó.

Rompa mi voz el afrentoso encanto
Con que la maga Libertad me ciñe,
Para llorar, Emperador, tu muerte
Y en rostro echarla á tus verdugos viles.
Tú mereces el canto del poeta,
Pues generoso te mostraste, y firme;
Tú de todos las lágrimas mereces,
Pues desgraciado fuiste.

.....

Cual héroe sucumbiste: heroico amigo
Te sigue hasta el cadalso, hasta la tumba,
Y entre el silencio funeral entona
Himno de amor y gratitud profunda.
Tú le respondes estrechando el lazo
Que yá santificó la desventura;
Las balas lo dividen, y al instante
La eternidad lo anula.

.....

¡ Maximiliano! Con serena frente
Y libre corazón cantarte puedo;
Nada á los reyes ni á los pueblos pido,
Nada á los pueblos ni á los reyes debo.
¡ Sombra ofendida! ¡ Venerable sombra!
¡ Tú de quien nada espero, nada temo!
Acepta mi dolor y simpatía,
¡ Acéptalos sin ceño!

¡ Y sería que Caro á los 24 años era realmente monarquista cuando dijo *No hay sociedad sin trono*, ó era esa frase la expresión con que daba á entender que sólo un brazo fuerte podía mantener los vínculos sociales y poner coto al desenfreno de la plebe? No creemos aquello sino esto, así como Bolívar desesperado al ver perdidos sus heroicos esfuerzos en favor de la independendia y desvanecidas sus más caras ilusiones, exclamó: *La América es ingobernable, he edificado sobre arena*, para mostrar hasta dónde era difícil establecer aquí gobiernos serios, pero no completamente imposible. Puede que un joven de la rectitud y madurez de Caro al ver la comedia que presentaba la República en esa época, no sólo en Colombia sino en toda la América, creyera que era preferible una

monarquía justa y cristiana á un régimen perseguidor, tiránico y populachero, que se quería hacer pasar por Gobierno libérrimo, como muchos altivos y honrados ciudadanos han aceptado más bien la dictadura de un hombre que el humillante yugo de la plebe; pero de esto á desecharla para la América y á renegar del sistema republicano bien practicado, hay una gran distancia. Sin embargo, ¡cuántos Catones, siervos del despotismo radical, han acusado al noble defensor del caído, porque se levantó indignado para apostrofar briosamente á los que paseaban bandera de sangre por el territorio mexicano!

Y cómo había de ser Caro enemigo de los gobiernos autonómicos para los pueblos, cuando éstos se encontrasen en estado de apreciarlos y aquéllos fuesen suficientemente serios y probos para llenar debidamente su elevada misión, él que supo cantar á Polonia cuando se debatía impotente entre las garras de las águilas prusianas, y trataba de sacudir el despotismo ruso, y daba sus versos al público cuando la desheredada de la libertad caía desangrada ante la Europa entera que contemplaba indiferente el noble sacrificio del débil ante las conveniencias y la voracidad insaciable del fuerte! Nó, no puede ser amigo del absolutismo, ni enemigo de la santa libertad, el que ha dicho á los tiranos:

El déspota que enantes
Al profundo gemir cerró el oído,
Abrelo á los sonantes
Ecos de tu rugido,
Alzase y se estremece enfurecido;
Y en su agitada mente,
En polvo tu existencia desbarata;
Y á devorarte, gente
Sinnúmero desata,
Cual olas la espumante catarata.

Y grita inspirado á la hermana que se agita y se desangra al tratar de arrancarse las cadenas:

¡Polonia! El que te asiste,
Que del sepulcro alzóse omnipotente,
Si la palma obtuviste
Del martirio, fulgente
Lauro algún día ceñirá á tu frente!

No podríamos citar todas las bellezas que contiene el tomo de Poesías publicado por Caro en su primera edad, en las que se admira no sólo la alteza del pensamiento, la ternura de

algunos conceptos y la delicadeza de sentimiento, sino la concisión y sobriedad en el estilo y el corte artístico de la estrofa; pero no dejaremos de copiar algunas, expresivas y tiernas, que rebosan de sentimiento patrio, tomadas de la *Introducción* á una colección de traducciones, y otras que desprendemos de la notabilísima poesía á *Eugenia Bellini*, que basta leerlas para admirar la suavidad y gracia con que el autor expresa lo exquisito de sus afectos:

¡ Pero mirad las aves viajadoras !
Con tristes ó con plácidas auroras,
Con aura blanda ó rápido huracán,
Al amparo de Dios nuevas riberas
Visitan, y del mar las ondas fieras,
Y dulce patria encuentran por do van !...

¡ Ah ! sólo alivia mi dolor, de hinojos
Ante el libro sagrado, de los ojos
Dulce llanto en sus páginas verter,
Y alzarlos luégo de esperanza llenos
A los azules ámbitos serenos,
Himnos cantando al Infinito Sér.

.....

De la segunda citada son estos versos :

Así la dulce tórtola inocente,
Orillas de arroyuelo transparente,
Con blanda voz los ecos enamora ;
Mientras tal vez de envenenada flecha,
Emblema de traidora
Calumnia, armado el cazador acecha ;
Y el arco tiende, y rápido silbando
El dardo por los aires, va derecho
Del ave inerme á ensangrentar el pecho.
Siéntese herida la infeliz, y alzando
Lánguido el vuelo, débil bate el ala,
Y tras largo penar en la sombrasa
Haya, al caer la tarde, se reposa,
Y sola su postrer lamento exhala.

¡ Numen de la armonía !
¡ Hermano de la santa poesía !
Tú que á Aríon en medio al iracundo
Mar dictaste grandísonos acentos,
Y á Orfeo diste encadenar los vientos
Y triunfante salir de lo profundo !
Si del suelo ausentándose las ninfas
Que gozan de tus cándidos favores,
De luceros por siempre se coronan,
¿ A esta por qué desamparada hoy dejas
En la patria del hombre ? Oye sus quejas,

¡Hijas del alma que su mal pregonan!
Otra mansión distinta
A su mente furtivo el sueño pinta
Y á su pesar, del lecho la arrebató,
Como en demanda de la patria suya.
¡Vén, cércala de blanca nube y leve
Que á otra región á despertar la lleve,
Que á otro campo, á otro sol la restituya!

Mas ¿dónde enajenada fantasía,
Vuelas así á perderte? ¿Y todo es ido?
Y aquellas horas de placer y encanto
¿Fueron vana ficción? Ficción ha sido
De amor el llanto, que de amor la llama
Aun no su tierno corazón inflama.
Pero esa voz que el ánimo enajena,
Rica, flexible, de emociones llena,
Preludio de celeste melodía,
No es ilusión, ni el virginal agrado
Del rostro peregrino
Tiernamente tal vez ruborizado,
Su honesta risa y su mirar divino.
¡Oh joven de atractivos coronada!
Benigna, generosa,
Convierte la mirada
Al homenaje que en tu honor tributa
Sincera admiración respetuosa.
Tú de huésped en hija te tornaste
De la aromosa América, que asombra
Tu sien con lauro y su deidad te nombra.
Sigue por el sendero
Que las Gracias y Apolo te preparan:
Con amenas ó espléndidas ficciones,
Ninfa inocente, embelleciendo sigue
En la callada noche nuestros días
Que bastarda ambición, rudas pasiones,
Impiedad y discordias acibaran.
Sigue, y estima cual mejor victoria
Que avasallar la gloria,
No dejar en las zarzas del sendero
Reliquias tristes del candor primero.
Sigue entre aplausos y brillantes flores
Que tus admiradores
Derraman á tus plantas.
Bella si ríes, bella si suspiras,
Eres el ángel del pudor si miras,
Eres la diosa del amor si cantas!

En 1871 publicó Caro en la imprenta de Echeverría, un tomito de versos titulado HORAS DE AMOR. Puede decirse que las composiciones que figuran en él corresponden á la segunda de las épocas de que hablamos en otro lugar de este escrito. El título hace creer que se tratara solamente de poesías dedi-

cadás á algún ideal del poeta ó á figura humana de mujer que lo hubiera realizado ; pero al leer uno las bellísimas composiciones que lo forman, se convence de que si bien es cierto el cantor sentía algún afecto puro por alguna mujer que lo había deslumbrado, el verdadero sentimiento que inspiraba los versos era esa disposición de espíritu á que al principio nos referimos, que viene á manifestarse ahora en toda su pureza, y que Caro expresa con primores de lenguaje y mostrando una admirable delicadeza de afectos.

En el amor de Caro no hay que buscar naturalmente los transportes de poetas que rinden ciego culto á la materia, ó que se dejan llevar de imaginación desenfrenada para decirle á la señora de sus pensamientos que el cielo es poco comparado á lo que ellos podrían ofrecerle. El amor, que ha inspirado á Dante páginas sublimes é inmortales y que ha grabado para siempre los sentimientos de Petrarca, á veces exagerados y falsos, ha sido siempre el caballo de batalla de los poetas primerizos, que han ayudado á pervertir tanto el gusto en la materia, que yá la generalidad de los lectores no encuentra belleza y gracia, y, si se quiere, sublimidad sino en los transportes eróticos de Acuña, en las desnudeces de Flores, ó en versos lacrimosos de gentes que ni aun amor á derechas han sentido, sino que han visto desdenes y desengaños en versos ajenos y en las novelas de Dumas, de Escrich, ó de D.^a María del Pilar Sinués de Marco.

Caro, hombre serio, de purísimas costumbres y de gusto aquilatado, no podría cantar el amor sino con serenidad, ensalzar el amor cristiano que purifica los ímpetus carnales, y elogiar el objeto amado con delicadeza y ternura, pero sin sensiblerías estudiadas y sin ridículas extravagancias á lo Eusebio Lillo. Su idea del amor la expresa en estos versos :

No á ti teme el Amor, hijo del Cielo,
Compañero inmortal de los querubes,
Celeste huésped en corpóreo velo.

Tú, monstruo vil, á su dosel no sabes :
Fuego etéreo es su sér : nació en regiones
Más altas que los montes y las nubes.

Fundó Amor para el alma sus mansiones,
Y aunque en torno ruinas aglomeres,
No podrás derribar sus torreones.

Y no es porque en su vuelo poético no use de figuras apasionadas, que éstas también caben en el concepto más santo del amor :

Mi amor es vago y puro, misterioso y fecundo,
Más hermoso que el cielo, más que la mar profundo.
¡ Si así cual signo tienen extraños pensamientos
Tuviesen su lenguaje también los sentimientos !
Tanto al hombre no es dado ni á ensayarlo me atrevo ;
Traigo, Colón segundo, de amor un mundo nuevo.

El paralelismo que quieren establecer los poetas entre dos almas que se quieren, lo expresa Caro con esta hermosa y natural imagen :

Esa es mi alma, soy yo, que la preciada
Plácida esencia de tu seno aspiro :
Mudamente á tu lánguida mirada
Responde entrecortado mi suspiro.
Como el aire y el agua en la enramada,
Como dos nubes van en sesgo giro,
Como dos aves en errante vuelo,
Van nuestras almas por el mismo cielo.

Y la impresión que la naturaleza ejerce en el corazón de los amantes le hace decir :

Naturaleza toda se conjura
Para unir en su encanto á los que aman :
La bullidora fuente que murmura,
Las aves que en el árbol se reclaman :
Nos hablan con acentos de ternura
Los mares mismos que interpuestos braman :
Todo lo anima nuestro amante anhelo,
Naturaleza toda es nuestro cielo.

Cuando del opulento paraíso,
No bien salieran de sus propias manos,
Hizo Dios á los hombres soberanos,
Su imagen inmortal dejarles quiso
En cielos y oceanos.

“ Buscad mis perfecciones,
Dijo el Señor á la pareja amante,
En las etéreas últimas regiones ” ;
Y su dedo á inocentes corazones
Mostró la hermosa eternidad delante.

Almas, venid, y símbolos doquiera
Gozad de vuestra acorde simpatía,
De la noche gentil y ardiente día,
Del mar profundo y la azulada esfera
En la eterna armonía.

Venid, venid conmigo
A hacer más puro vuestro afecto santo ;
Que ufano aquí, de vuestro bien testigo,
Almas amantes, vuestro amor bendigo ;
Almas dichosas, vuestras glorias canto.

Pero lo que inspira al joven poeta ideas más sublimes y conceptos más bellos, es la contemplación de la naturaleza, las imágenes que se le aparecen en los sueños de que gozan las almas castas y amantes cuando apartan sus miradas de la tierra, la aspiración ideal que le hace seguir el giro de las aves y el movimiento de las estrellas. Para no hacer muy extenso este estudio, citaremos algunos versos primorosos de composiciones que figuran en HORAS DE AMOR, que harán ver á los que lo acusan de frío, que en ellos se respira el aroma de la verdadera poesía, la que se inspira en la naturaleza y arranca del corazón sentimientos tiernos que muestran toda la delicadeza de un espíritu superior, y para terminar esta segunda parte insertamos la linda poesía *A las Aves*, que es una joya poética.

Reclinado sobre hojas macilentas
Que el tronco cercan del anciano aliso,
En tu verde ribera solitaria,

¡ Oh claro río!
Miro los montes,
Los cielos miro;

Doy rienda al pensamiento y el pensamiento vago
Se aduerme de tus ondas al amoroso ruido.

.....

Suspende el paso: este encantado albergue
Parece por los ángeles traído,
Palacio del amor, cárcel de amores.

El rayo oblicuo
Del sol fallece
En el tejido

Follaje que te guarda cual protegiendo un robo,
Y aquí la tarde es lenta y aquí el ambiente es tibio.

Llenas de esencia y de placer las flores
Agrupadas te salen al camino

• Para mirarse al verte y que las mires:

Y ya al oído
Te dicen ellas
En el sencillo

Idioma que tú entiendes, verdades que enamoran:
“Somos de amor las hijas que para amar nacimos.”

(Sueños.)

¿ A quién no sucedió, vagando acaso
Por las orillas de encantado río
Decoradas de rústico atavío,
Involuntario detener el paso
Si un sitio mira umbrío?

Que la piedra preciosa recatada
Vale más que los montes de granito ;
Un eco dice más que un alto grito ;
Presta más un rincón de esta morada
Que el espacio infinito.

(*El Asilo.*)

Hoy con la vista herida,
Odioso miro cuanto vi más bello ;
Las flores de la vida
Hoy como espinas huello ;
Sombra es de muerte lo que fue destello.

(*Desengaño.*)

¡ Una lira ! reliquia de su gloria,
Que á veces de sus lágrimas movida
Recuerdos brota de olvidada historia
O anuncios tiernos de ilusión querida.

(*La confusión de lenguas.*)

Acá en la tierra hay ángeles del Cielo,
Almas llenas de amor y de ternura ;
Su misión es sufrir y dar consuelo,
Sentir y consolar toda amargura.

Hallar no pueden el ideal que adoran ;
Las virtudes de acá son menos bellas.
Sólo Dios ve lo que en silencio lloran ;
Nadie comprende lo que sufren ellas.

.....

Su amigo es el dolor. De él arrulladas,
Su sonrisa se tiñe de tristeza.
¡ Quién las pudiera ver transfiguradas
Si tienen, aun así, tanta belleza !

(*Las almas buenas.*)

¡ Quién pudiera volar y á su albedrío
Visitar la caverna, el soto, el río,
Y aspirar de las selvas el aroma !
¡ Quién pudiera volar, cual la paloma
Que abre sus alas y huye al bosque umbrío !

Yo nací en la ciudad ; y há tiempo largo,
Vivo en ella en tormento ó en letargo ;
Ora me siento como en un encierro,
Ora pienso que gimo en el destierro
Y que comiendo voy su pan amargo.

Oigo que de amor patrio se gloria
La humana vanidad. Saber querría
Si es la patria este mísero recinto
Do nacimos acaso. Hay un instinto
Que de otra patria le habla al alma mía,

Y esta patria es país no circunscrito
A linde injusto, á humano circüito ;
Es aéreo país, región serena
Cuyo ambiente el contagio no envenena ;
Gózase en un rincón, y es infinito !

Esta patria, empezando en lo pasado,
Se extiende al porvenir ; país sagrado
Que adornan bosque ameno y mustia ruina ;
Es la patria de una alma peregrina ;
Sueño de oro que tánto yo he soñado !

¡ Merecer del mal la dulce paga !
Fijar del niño la memoria vaga,
Y del viejo indagar la varia historia !
Reírnos del placer, del cetro y gloria
Que ofrece al hombre una engañosa maga !
.....

¡ Vivir, morir en paz !... ¡ Oh verde rama !
¡ Pajizo techo ! el corazón os ama
Y en sueños aduláis la mente inquieta !...
Aves, dad vuestras alas al poeta !
~ a soledad, la soledad me llama !

LAS AVES

Aves, ¿ dó vais cruzando la alta esfera,
Risueña y limpia y clara ?
¡ Ay ! ¡ quién como vosotras libre fuera !
¡ Quién cual vosotras, ay ! el vuelo alzara !
Blancos y deliciosos pensamientos
Despertáis en el alma :
Cuando os mecéis sobre los mansos vientos
Cual la esperanza sois que boga en calma ;
Y cuando os alejáis apresuradas,
Sois cual las ilusiones,
¡ Ah ! de puro atrevidas disipadas
Del porvenir abierto en las regiones.

Va á perderse el incienso allá en el cielo
Y allá en el mar el río ;
No sé dónde, siguiendo vuestro vuelo,
Vuela á perderse el pensamiento mío.

Para la eterna inmensidad nacida,
Gime el alma, y quisiera
En edades lanzarse sin medida,
En espacios hundirse sin ribera.

Por eso amar, volar nos place tanto:
 El que ama, los lugares
 Y el tiempo olvida. ¿Que es el desencanto
 Sino al fondo bajar de los pesares

Y volver á contar menguadas horas?
 ¡Ay, aves pasajeras,
 De tristeza y amor inspiradoras,
 De adioses y esperanzas mensajeras!

Os sigo con la vista; ya no os veo,
 Y miro todavía,
 Que absorta en la ilusión de su deseo
 Os busca el alma en la región vacía.

Sombra y esclavitud cubren el suelo;
 Siguiendo vuestro giro,
 La alegre libertad que hay en el cielo
 Gozo un instante, pues gozarla os miro.

Las últimas poesías de Caro son muy conocidas en España y América. Las primeras no lo son, porque es muy escasa la edición de ellas, como la de las HORAS DE AMOR, y porque hay muchas esparcidas en periódicos, que no han sido coleccionadas. Entre las modernas, en donde el poeta ostenta rica imaginación y sublimidad de ideas, figuran *La Gloria* y *La Flecha de Oro* tan afamadas por D. Juan Valera. En esta soñadora poesía y en otra publicada en *La Patria*, se nota que hay algo de oriental en la fantasía de Caro, como si alguna lectura juvenil, por ejemplo la de *Las mil y una Noches*, ó tal vez algún atavismo de familia hubieran dejado huella en su espíritu.

El Tequendama fue poesía publicada entre las primeras; pero después introdujo en ella su autor correcciones sustanciales para insertarla en *El Repertorio Colombiano*. Del hermoso salto se ha dicho mucho y él ha inspirado á poetas que han sabido cantarlo y describirlo; pero también se le ha buscado como desahogo de penas y de desengaños que nada tienen qué ver con la imponente mole de agua que se resuelve en espumas y en juegos de luz al descender al abismo en que furiosamente se precipita. Entre tantos como le han cantado, unos repiten lo que otros ya han dicho, de manera que son pocas las ideas originales que se notan entre tal cúmulo de poesías. En la primitiva de Caro encontramos varias de las ideas que habíamos leído en otros escritores, como la del iris que corona la blanca sien del torrente y la fragilidad del canto del poeta comparada con la duración del soberbio salto, pero que él expresa con excepcional elegancia:

Y al contemplar alzada
Sobre ese antro que en vano te devora,
Del iris coronada
Tu frente, de los siglos vencedora,
Detiene el paso y tu deidad adora.
.....

Mirándote, lá mnerte
Yo siento: en tu grandeza engrandecido
Y con tus fuerzas fuerte,
Y todo en ti, de mí desposeído,
Gozo en tu gloria y mi miseria olvido.

¡Adiós! Mi frágil canto
Cual tus nieblas que el cierzo desparrama,
Fallece: tu voz tanto
Durará igual, cuanto del sol la llama....
Mas no sin fin, soberbio Tequendama:

Día vendrá en que al suelo
Hable el Hijo del Hombre, y resplandezca
En las nubes del cielo,
Y el astro-rey sus rayos oscurezca,
Y tu clamor terrífico enmudezca!

Toda la composición es digna del objeto cantado y tiene bellísimas imágenes como la contenida en estos versos.

El *Himno á las Estrellas*, en donde se encuentra refundido un romance publicado algunos años hacía, es una oda vigorosa que sólo puede compararse á las mejores de Fray Luis de León, y que recuerda la *Noche Serena* del gran lírico, por su mística melancolía, su majestuosa entonación y el entusiasmo con que se celebran la beldad y armonía del Universo. No podemos prescindir de citar algunas galanas estrofas de esta notabilísima composición:

A vos, castas estrellas,
Gloria del firmamento y poesía,
Vuena el ánima mía:
A vos, lumbreras bellas,
Absorto sigo las calladas huellas.
.....

Sí, alumbráis al que os mira
Y en tinieblas dejáis al que os desdeña:
A quien despierto sueña
Y en soledad suspira,
Sonríe el astro que en el cielo gira.
.....

Las mismas sois que un día
En la paterna estancia, niño apenas,
En las noches serenas
Con sencilla alegría
Yo en mirar y contar me embebecía.
.....

La brisa bullidora
Enmudece, y el vuelo pára esquivo
Cuanto sér fugitivo
Cruza el aire á deshora :
Naturaleza duerme ; el ave llora.

A la inmóvil encina
Yo también, ignorado caminante,
Acércome anhelante,
Y me envuelve y fascina
El raudal de la música divina.
.....

En la noche primera
Cuando glorioso Adán hollando el prado
Cual rey de lo criado,
Bajo arcos de palmera
Contemplaba su virgen compañera.
.....

Vosotras la inocente
Mirada embellecéis, que lagrimosa
En vuestra faz se posa ;
De la virtud la frente
Con diadema ceñís resplandeciente.
.....

¡ Y avanza ! Su camino
En los mares no está sino en el cielo ;
El sigue vuestro vuelo,
Y al soñado destino
Triunfante conducís su frágil pino.

También yo á la contina
Vuestro favor imploro ; yo que admiro
De cerca vuestro giro
Sobre esta cumbre andina
Que al Océano etéreo se avecina.

El Parricida ha sido muy celebrado por la alta enseñanza moral que entraña, unida á exquisita dulzura de lenguaje y vigor de pensamiento. Es, como lo dicen en una nota los editores de *El Repertorio Colombiano* al insertarla, un monólogo que pone el poeta en boca de un parricida, que no viene á ser otro que el autor del crimen de Los Alisos.

En los *Juegos florales* celebrados en Montpellier en 1878, para premiar, á más de trabajos históricos y filológicos, la mejor poesía que con el título de *canto ó canción* del Latino se presentase, concurren á disputarse el honor del triunfo centenares de poetas de todas partes del mundo, y la única poesía castellana que mereció mención fue la enviada por D. Miguel A. Caro, con el título del *Himno del Latino*, de admirable cadencia, en que se celebran las glorias de la raza con el orgullo de quien tiene como latino un abuelo ilustre y noble.

La poesía de Caro, que ha venido á poner el sello á su fama de gran poeta castellano, ha sido su oda *A la Estatua del Libertador*, de la que críticos concienzudos han hecho grandes elogios. Cada una de las estrofas de esa composición parece trozo de mármol griego labrado por el cincel de artífice inmortal, animado de los resplandores del espíritu del genio. El arte del lenguaje corre hermanado en esos versos con la idea que se vacía en ellos, elevada, sobria y al mismo tiempo sublime, de tal manera que el escultor al modelar en bronce las formas materiales del héroe y dar á su faz y su actitud aquel tinte meditabundo y triste que parece revelar las congojas que ya comenzaban á albergarse en aquel noble corazón, no labró obra tan duradera como el poeta que funde en estrofas majestuosas y admirablemente contorneadas el espíritu del gran Libertador y les imprime el mismo sello del genio. La literatura latinoamericana no tiene sino dos piezas en que la belleza clásica se muestre en todo su esplendor: *El Canto á la batalla de Junín* y *La Estatua del Libertador*; y España no cuenta ninguna que pueda competir con ellas. Entre las dos existe sin embargo una diferencia que favorece á la de Caro: en la primera, como obra comenzada en un tiempo y acabada en otro separado de aquél por lapso considerable, no hay tanta unidad de plan como en la segunda, ni á ésta puede criticársele la introducción, para algunos inoportuna y poco artística, del invocador.

En los escritos y en las poesías de Caro, y en ésta más que en ninguna otra, se observa que si es amante de las glorias españolas y desea que en vez de romperse se estrechen más y más entre España y América los vínculos de raza, es eminentemente americano en el sentido de admirar á sus héroes y á sus escritores, y de hacerlos conocer rindiéndoles el merecido culto, de mostrar la parte que aquí nos corresponde en la labor civilizadora, preconizando con franco entusiasmo el derecho que tenemos á nuestra autonomía, dejando á España la parte ingrata que le correspondió en la conquista y la inde-

pendencia, sin desconocer la época en que los hechos sucedieron y los grandes bienes de que le somos deudores. Los que acusaban á Caro de españolismo incondicional, se habrán convencido últimamente que ninguno más enérgico que él para defender los fueros americanos cuando algunos trataban de desconocerlos; y los que aceptaban cándidamente tan maligna especie se habrán admirado de que haya más patriotismo en quien se dice vivía con los españoles de la Edad Media, que en los fariseos políticos que se pagan más de palabras y tratan de embaucar con éstas para que no se entre seriamente en el fondo de las cuestiones.

Pero la poesía que más nos ha gustado siempre, por meritísima que sea la inmortal oda á Bolívar y lo artística y clásica que justamente se la considere, es la *ELEGÍA á la muerte de Sebastián Ospina*, por parecernos sublimemente pensada y hondamente sentida; porque siempre que la leemos conmueve todas las fibras de nuestro patriotismo y despierta en nosotros los afectos más puros; porque nos habla al alma, al corazón y al pensamiento, y porque vemos que el espíritu del poeta se muestra en muchos de aquellos valientes y sentidos tercetos.

Era muy natural que la muerte de Sebastián Ospina inspirara á Caro elegía tan acabada, porque entre el ilustre joven que cayó como lidiador valiente de las huestes conservadoras, y su digno cantor, había virtudes y cualidades comunes. De corazón honrado y magnánimos ambos, podría comparárseles á los que siguen afanosos el deber, como dice Caro, sin perseguir el lauro que corresponde al mérito. El uno unía á la prudencia el valor en los combates, el otro el valor civil y la energía que dan las profundas convicciones. El poeta expresa así la alta idea que tenía del carácter de su amigo:

¿Qué víctima tan pura, qué otro pecho
Más honrado y magnánimo hallaría,
Y nunca en sus ofrendas satisfecho?

¿Quién hubo tan solícito en el día
De afanoso deber? ¿Quién tan esquivo
Cuando al mérito el lauro perseguía?

El conato hacia el bien fue en él nativo;
Tuvo para admirarlo vista clara,
Y para defenderlo, brazo activo.

Con él fallece la prudencia rara,
Hermanada al valor; y el grande aliento
De la diva Virtud, nos desampara.

.....

Sebastián Ospina murió á los treinta y un años, cuando era por su elevado carácter, su vastísima instrucción, su gran talento, su modestia, su virtud, una pura y halagüena esperanza para la Patria. En el ejército había llegado á ser el Jefe más popular, porque sus compañeros tenían plena confianza en sus conocimientos militares, y en su indomable valor unido á gran prudencia. El que había visto caer á sus amigos heridos por las balas del contrario, y comprendía que eran vanos los esfuerzos que se hacían para que la victoria favoreciera los inauditos esfuerzos de las armas conservadoras, presentó su pecho al enemigo para que sirviera de escudo á los que lo habían acompañado con fidelidad y valor.

Sebastián Ospina no se había mostrado en todo su mérito, porque su gran modestia lo mantenía oculto, y sólo muy pocos amigos habían podido estimarlo en lo que valía; vino la guerra de 1876, y fue una revelación para los que no lo conocían, y aun para sus mismos amigos que admiraron aún en él nuevas facultades, porque se mostró gran General, y con el tiempo habría venido á ser no sólo General del Ejército, sino Jefe obligado del partido conservador. Esto mismo lo dice Caro en los siguientes sentidísimos versos:

¡ Adónde hubiera sin sentir llegado
En su vuelo sereno, si en un hora
No le atajase traicionero el hado!

Llora la Patria al hijo amado, y llora
Al futuro candillo de la hueste
Que sirve á la verdad y á Cristo adora.

Sólo un hombre nos da el favor celeste
Cuando quiere salvar á un pueblo entero,
Y hombre providencial pudo ser éste.

Su modestia encubrió su verdadero
Valor; mas lenta edad traerle pudo
Al lugar merecido, y al primero,

Y él crecer, como crece árbol copudo,
Que, si bien abrazándose á la tierra,
Sube, apremiado de un impulso mudo;

Y cuando más humilde al suelo aferra
La raíz, más fornidos ramos tiende,
Y á los soplos resiste de la sierra.

¡ Ay! de envidiosa nube á quien ofende
Cuanto haya de elevarse á etérea altura,
Ya la centella eléctrica descende,

Y la planta se rinde mal segura
De quien ornato la campiña espera,
Sombras las aves y la grey frescura.

Cayó el héroe que hincar sabido hubiera
En la cumbre más alta del Estado
Triunfante la católica bandera,

Y al pueblo vencedor, confederado
En pacto justo, en paz gozosa habría
Con benéficas artes gobernado.

.....

Era ayudante de campo de Ospina el virtuoso é inteligente joven Daniel Malo O'Leary, víctima que se ofrendó gustosa por el triunfo de sus ideas, de quien hace Caro este bellissimo elogio :

Por traerte llagado al matadero,
En sus tormentos exquisito, vino
Tu dulce amigo á derribar primero.

A tu vista, de golpe repentino,
Euríalo gentil de la cristiana
Hueste, cayó el mancebo peregrino.

.....

La hermosa elegía de Caro no tiene rival en la lira española, y nos recuerda las tiernas palabras consagradas por Virgilio á Marcelo, y la preciosa y sentida poesía de Tennysson á su amigo muerto, la célebre *In memoriam*.

Todas las poesías de un mismo autor no tienen igual mérito, y algunos hay que han logrado recomendarse á la posteridad solamente por una. Por la exposición que hemos hecho y las muestras que hemos dado, puede verse que á más de *La Estatua de Bolívar* y su elegía á la muerte de Sebastian Ospina, que bastaría para inmortalizarlo, Caro tiene derecho á pasar á la posteridad por muchas otras. Y si en algunos de sus versos se pueden notar vocablos duros, y estrofas no muy sentidas, é imperfecciones de otra clase, hay qué considerar que él comenzó á escribir desde muy tierna edad, y que ningún poeta puede librarse de que el oro fino de su gran labor tenga alguna liga.


Mucho de lo que hoy se admira como bello en poetas contemporáneos perderá su mérito, porque el de algunos de

ellos estriba principalmente en la vehemencia ó en algún exceso de sentimentalismo. En la poesía, como en el arte, choca lo recargado de adornos, y sólo se libra del tiempo aquello en que los aditamentos hermosos sirven sólo para realzar las severas líneas que dibujan la figura principal. En poesía lo principal es el pensamiento, que, cuando tiene vigor y es verdadero y bueno, vaciado en palabras sobrias, correctas y elegantes, llega á sobresalir y á quedar como modelo.

En toda obra poética, por variada que sea, hay siempre una manifestación del carácter y sentimiento de su autor, algo que lo destaca del fondo porque su espíritu se informa sin él quererlo en sus versos. En la de Caro se muestra el hombre contemplativo, de mente soñadora, que saca de su propio espíritu el elemento principal de sus versos, y que al fijarse en la naturaleza y cantarla, refleja en ella misma su alma melancólica.

Hay en su sér un idealismo irrealizable en el mundo, que da sabor de tristeza á muchos de sus versos y hace que su mente vague por la naturaleza en busca de lo que sólo el Cielo ofrece á los inmortales.

Bogotá, Noviembre 10 de 1888.

JUAN A. ZULETA. 

Sala de Patrimonio Documental
RECUERDOS

En todos los tiempos y en todos los países ha habido familias y aun apellidos privilegiados, no por la sociedad ni por los gobiernos, sino por la naturaleza que ha sido pródiga con ellas en títulos de nobleza de carácter, de valor heroico ó de inteligencia superior. Muchos ejemplos de ellas podrían citarse dentro y fuera de casa, pero basta uno notabilísimo entre nosotros, aunque no el único.

Aprovechamos hoy, para ello, en ocasión oportuna, las palabras de un amigo y compatriota nuestro, José María Vergara y V. en su *Historia de la Literatura en Nueva Granada*, hablando de la familia Caro.

“El apellido de Caro—dice—es caro á las musas. Tito Lucrecio Caro, romano, es conocido como un gran poeta latino. A mediados del siglo XVI existió Aníbal Caro, poeta italiano, famoso por su traducción de la Eneida y por sus sone-

tos, que se reputan iguales, si no mejores, á los del Petrarca. Rodrigo Caro, sevillano, que nació en 1591, escribió las *Antigüedades de Sevilla*, y la *Relación de las inscripciones y antigüedades de Utrera*. Una de sus obras poéticas, la *Canción sobre las ruinas de Itálica*, fue renovada y perfeccionada en sus formas por el inmortal Rioja. Francisco Caro de Torres, hijo de la misma familia sevillana y nacido en la misma época, escribió dos obras: una sobre *los Países Bajos y las colonias españolas de América*, y otra sobre *las órdenes militares de Santiago, Alcántara y Calatrava*. Perteneían á la misma familia, María Caro, poetisa, muy alabada en su tiempo, y D. José Luis Caro, que casó en Cádiz con D.^a Francisca García de Lara, que era también poetisa, y en esta ciudad nació su hijo D. Francisco Javier Caro (19 de Agosto de 1750), que se trasladó á Santafé de Bogotá, y ha sido el tronco de los Caros en Nueva Granada.

.....
 “Casó en esta ciudad con D.^a Carmen Fernández Sanjurje, dama española. Tuvo cuatro hijos de aquel matrimonio: dos de ellos murieron solteros, y de los dos que dejaron descendencia, el uno era Rafael, padre de Francisco Javier y Antonio, de quienes hay varias composiciones en el *Parnaso Granadino* (1). El otro hijo de D. Francisco Javier era Antonio José, poeta, padre de nuestro renombrado literato José Eusebio y de Diego, que era poeta también. José Eusebio fue padre de Miguel Antonio, muy joven hoy, y sin embargo, ya bien conocido como un aventajado literato (2). A algún otro miembro de aquella familia pudiéramos nombrar, si no detuviera nuestra mano la consideración de su modestia. Mas, basta lo dicho para hacer conocer del lector aquella rara dinastía en que la Musa lírica viene á ser un numen familiar y casi un deudo.”

A Miguel Antonio, una de nuestras primeras glorias nacionales, hemos querido recordar especialmente, hoy que en su natalicio le dedica LA NACIÓN el presente número. Hombres muy competentes, dentro y fuera de Colombia, lo han juzgado ya en sus múltiples faces de literato—poeta, orador, periodista, autor de varias obras magistrales etc. etc. Esto y el no proponernos escribir su biografía, nos hace poner aquí punto á estas líneas; sincero, cariñoso y pequeño tributo de amistad.

J. C. R.

(1) Bogotá—Imprenta de Ancizar—1849.

(2) Esto se escribía en 1867. Fueron también hijos de José Eusebio, D.^a Margarita, hoy esposa del Excmo. Sr. Presidente D. Carlos Holguín, y José Eusebio.

OPINIONES DE ESCRITORES EXTRANJEROS

SOBRE D. MIGUEL A. CARO

D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO se expresa así en el 2.º tomo del *Horacio en España* (p. 280): “De los poetas colombianos, sólo Miguel A. Caro ha imitado alguna vez la poesía horaciana, puesto que Rafael Pombo se ha limitado á traducirla, siguiendo en sus versos originales otros rumbos muy distintos. El eminente humanista, á quien debe nuestra lengua la mejor traducción poética de Virgilio, ha pulsado más de una vez el arpa mística de Fray Luis de León, y ya en el tomo de sus ensayos juveniles, impreso en 1866, hay varias muestras de este género, felices primicias de su bien nacida musa, que luégo se ha levantado con tan sostenido vuelo en la magnífica oda *A la Estatua del Libertador*, no horaciana de todo punto, más bien manzoniana, pero mucho más próxima á la manera igual y reposada de los discípulos de Horacio, que al lirismo intemperante y oratorio de Quintana. El que ha escrito esta oda, tan profundamente elegiaca, pensada y sentida con tanta elevación y tan noble tristeza, tan original en el pensamiento y tan desviada de todo resabio de declamación patriótica, y versificada además con tanta plenitud y tanto número, bien puede contarse, aunque sólo por ella fuera, entre los primeros líricos castellanos.”

Más adelante, el mismo insigne escritor, al transcribir unas observaciones del Sr. Caro sobre la poesía horaciana, las recomienda como “obra de uno de los más eminentes humanistas que la raza española ha producido durante el siglo XIX, el colombiano D. Miguel Antonio Caro, traductor de Virgilio y de las Epístolas de Horacio”.

El eminente poeta D. Gaspar Núñez de Arce, en la advertencia preliminar de la *Maruja*, al hablar de la edición de sus poemas, hecha en Bogotá, dice “que va precedida de un prólogo anónimo lleno de excelente doctrina literaria, debido, si mis noticias son exactas, á la docta pluma del eximio crítico é ilustre poeta americano D. Miguel Antonio Caro”.

El conocido crítico y humanista español D. MANUEL CAÑETE, en su estudio sobre Olmedo, publicado en el tomo de *Escritores españoles é hispanoamericanos*, después de copiar las opiniones que sobre el cantor de Junín emiten varios renombrados escritores, como Amunátegui y Torres Caicedo,

agrega: “A estos diversos pareceres cumple agregar el autorizadísimo de Caro, persona de vasta y sólida instrucción, crítico sagaz, desnudo de engañosas preocupaciones, castizo escritor en prosa, elegante poeta y versificador, apto en fin, como muy pocos, para conocer y aquilatar el mérito de toda producción literaria.”

D. ANTONIO RUBIÓ Y LLUCH, distinguido literato catalán, en su primera *Revista extranjera*, dirigida al *Correo de las Aldeas*, hablando de la afición que tuvo desde su primera juventud al estudio de la literatura americana, dice: “Más adelante, la lectura asidua del *Repertorio Colombiano*, una de las mejores revistas que conozco, y la amistad deferente del maestro en la lengua castellana, á quien muchos proclaman, y no sin razón, el segundo de sus escritores, completaron en cierto modo mis primeros y deficientes conocimientos.”

El célebre autor de *Pepita Jiménez*, D. JUAN VALERA, en una de sus *Cartas Americanas* dirigidas á D. José Ribas Groot, después de decir que el Sr. Caro es “quizá el hombre más eminente en Colombia por el pensamiento”, agrega: “Este hombre, además, es un sabio filólogo y humanista, muy versado en los autores clásicos, griegos y latinos, como lo demuestra su hermosa traducción de Virgilio.” “Un entendimiento elevado brilla en todas las obras de D. Miguel Antonio, le ha hecho célebre y muy estimado en toda la América, y aun entre nosotros, é ilumina singularmente sus poesías. No sin motivo califica Ud. al autor de gran poeta. . . .”

Uno de los más justamente estimados escritores de Venezuela, D. ARISTIDES ROJAS, en su artículo *El Poeta Virgiliano*, dedicado á D. Andrés Bello, habla de la imitación que éste hizo de una égloga de Virgilio, y hace notar que “ha sido celebrada por el eminente filólogo y escritor colombiano D. Miguel Antonio Caro. Esta opinión—agrega—es tanto más satisfactoria, cuanto que el Sr. Caro puede hoy reputarse como el primer virgilista de la literatura española. Independientemente de su traducción de la Eneida, tan fiel como elegante, la introducción que la precede es un trabajo de maestro, en el cual campean la dicción, el método expositivo y las tendencias filosóficas más elevadas. El Sr. Caro es una de las lumbreras de la literatura moderna”.

El Sr. D. ENRIQUE PIÑEYRO, notabilísimo escritor cubano, se expresa así con motivo de la traducción de Virgilio del Sr. Caro: “El trabajo honra verdaderamente al traductor y á su patria, y á toda la América por consiguiente. Es una obra doblemente de romano, en el sentido propio y en el sentido

figurado ; un largo trabajo, generosamente emprendido, tenazmente continuado y brillantemente terminado. Con cabal conocimiento de la materia, vasta erudición y aliento verdadero de poeta, ha consagrado los mejores años de su vida á elevar un monumento que no tiene parecido en la literatura de la lengua castellana. Nadie ha traducido en verso español á todo Virgilio. El Sr. Caro ha ejecutado esta proeza, y la tenemos ante nuestros ojos.... El Sr. Caro (para usar una expresión del ilustre italiano Leopardi) no puede ya morir, porque vive con un inmortal. Ha unido indisolublemente su nombre, para todos los que hablamos en español, con el del gran poeta latino, y por tanto, vivirá, como el de Aníbal Caro, como el de Monti, como el de Schlegel, asociado al de una de las grandes glorias de la humanidad." (*Estudios y Conferencias*, pág. 289.)

Otro distinguido escritor cubano, D. RAFAEL M. MERCHÁN, que en su colección de *Estudios Críticos* incluyó un extenso trabajo sobre el Sr. Caro, dice refiriéndose á los trabajos literarios de éste: "Aun los más cortos de esos artículos, como los titulados *Madrigales* y *Diccionario de Cuervo*, son extracciones de caudalosa mina: es la ocasión de aplicar en serio la frase de M. Le Gallick á propósito de Luis XV: *Il n'y a rien de petit chez les grands*. Investigaciones como las dedicadas á Virgilio y á Castellanos, son monografías cabales que figurarían dignamente en las páginas de la *Enciclopedia Británica*... Sea cual fuere la materia que dilucide, de su palabra se desborda á torrentes el saber; se ve que tiene allí, á mano, las autoridades en que se apoya, como si un ejército de sabios y poetas de todos los siglos hubiese formado junto á su escritorio, listo para responder á sus preguntas, siempre juiciosas, nunca inútiles ni impertinentes. Diremos de él lo que el Conde de Pozos Dulces dijo del Sr. Bachiller y Morales: No puede tocar ninguna materia sin arrojar sobre ella abundante luz. Sus estudios sobre el *Americanismo en el Lenguaje* y sobre el *Uso*, exponen las más sensatas doctrinas; en nuestro concepto, no hay que agregarles ni quitarles nada: son como un Evangelio de la lengua, el *Tratado del Participio* y la *Gramática Latina* son como dos pirámides levantadas en el campo de la Filología.... La crítica que por antonomasia se nombra *literaria*, abarca en los escritos del Sr. Caro crecido número de autores y de obras. Sus apreciaciones estéticas emanan de un gusto acendrado y de un vastísimo dominio sobre las literaturas, principalmente la latina y la española."

El viajero argentino, D. MARTÍN GARCÍA MEROU, que estuvo en Bogotá como Secretario de la Legación Argentina,

publicó en Madrid en 1884, un tomo de *Impresiones* en que habla sobre los principales literatos colombianos, y acerca del Sr. Caro dice, entre otras cosas, lo siguiente: “Caro es un traductor excelente. Posee admirablemente el latín, y ha vertido al español las obras de Virgilio con una fidelidad y un esmero que asombran. Tiene también muchas traducciones de Horacio y otros poetas antiguos. Para comprender hasta qué punto es notable la traducción de Virgilio, basta saberse que Menéndez y Pelayo, juez autorizadísimo en esta materia, la considera la más exacta y la mejor que existe en nuestro idioma. Maravilla ver la labor que esa obra representa, máxime cuando se piensa que Miguel Antonio Caro la llevó á cabo en todo el vigor de su juventud.

“Como crítico, Caro ha escrito muchos y muy variados estudios. Sus discursos académicos, sus investigaciones curiosas y profundas sobre escritores desconocidos y sus reconstrucciones de vidas vagas y autores antiguos, así como sus frecuentes prefacios á libros modernos, son trabajos que revelan una vasta erudición literaria y un espíritu tan flexible como luminoso. En este género de trabajos se despliegan libremente sus excelentes condiciones de análisis y su sagaz penetración. Su crítica, serena y firme, no procede á la ligera; marcha con aquellos pies de plomo de que hablaba el filósofo, con tino y moderación, analizando, comparando, explicando el espíritu y la letra del libro que extiende sobre la mesa del anfiteatro; y más de una vez sus párrafos severos llegan á un alto grado de elocuencia y sacuden al lector. Las letras americanas recibirán un contingente valiosísimo el día en que este gran maestro de nuestra habla reúna en volúmenes sus variados estudios, que han aumentado con muy curiosas informaciones, el escaso depósito de nuestros conocimientos en la literatura americana. Este autor, tan digno de aplauso, es al mismo tiempo uno de los ciudadanos más nobles y virtuosos de la sociedad de Bogotá. Su vida, consagrada á su familia y á sus trabajos incesantes, ofrece un modelo de dulce paz y satisfacción íntima, que inspiran el respeto y atraen la simpatía.”

BOLÍVAR Y LOS INCAS

CARTAS DE D. PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN, D. MIGUEL ANTONIO CARO Y
D. CARLOS HOLGUÍN.

I

CARTA DEL SR. ALARCÓN AL REDACTOR DE "ESPAÑA Y AMÉRICA"

En una publicación colombiana, destinada á festejar el Centenario de Bolívar, leí hace poco tiempo ciertos gallardos versos en que el literato más distinguido de Bogotá menciona á tan famoso General y repúblico con el dictado de *Vengador de los Incas*.

Por mucho que lo pienso no puedo discernir el significado de esta calificación. Antes bien, sigo preguntándome en són de protesta: ¿Qué era Bolívar? ¿español, ó indio? ¿A quiénes libertó de la tutela de Madrid? ¿A los quichuas, casapuchos y chiquitos del Perú, y á otras razas indígenas de la América Meridional y central, ó á los descendientes de los mismísimos españoles que habían conquistado los imperios indios y derribado sus tronos y altares, no restaurados todavía, que yo sepa? ¿Quién ejerce hoy el poder en el Perú? ¿los sucesores de Atahualpa y Tupac-Amaru, ó los herederos de aquellos Pizarro, Almagro, Martínez Fernández, Pérez, López etc. que acabaron con la dinastía y el pueblo de Manco-Capac? ¿En qué, pues, y cómo, y á qué título pudo *vengar Bolívar á los Incas*, al sustituir el Gobierno *español* con otros Gobiernos de *españoles*?

Celebraría que la nueva publicación titulada ESPAÑA Y AMÉRICA, cuyo propósito es tan noble y elevado, aclarase bien este asunto, á fin de que nunca renieguen de su sangre, creyéndose de raza india, ni desconozcan las glorias y responsabilidades que han heredado con su apellido nuestros caros hermanos de aquellas tierras trasatlánticas, que fueron colonias ó provincias españolas, y que, llegadas luégo á su mayor edad, dejaron la casa paterna, se declararon independientes y pusieron casa aparte.—Esta separación (¿á qué negarlo?) irritó y dolió mucho durante algún tiempo á la severa madre España, tan celosa siempre de su autoridad y poderío; pero hoy es un hecho inalterable y aceptado cordialísimamente, cuyas consecuencias vemos los españoles de Europa con el antiguo cariño

de familia, pidiendo á Dios que haga prósperas y felices en su nuevo estado á todas aquellas naciones hijas de nuestra Patria, que siguen hablando la lengua de Castilla, y cuya denominación general en el mundo entero es todavía la de *América Española*.—No hay, por tanto, ni siquiera motivos de enojo para que el dicho poeta colombiano haya incluido á Bolívar entre los héroes incas, ó sea entre los enemigos naturales de España.

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN.

Madrid, 19 Noviembre de 1883.

II

CARTA DEL SR. CABO AL SR. HOLGUÍN

(Fragmento)

Hacienda de Palermo, Enero 17 de 1884.

Veo que el Sr. Alarcón y otros á quienes no menciona Ud., han extrañado en una oda firmada por mí aquel verso—

Tu diestra de los Incas vengadora,

y quedo aguardando la carta que sobre este punto iba á dirigir el mismo Sr. Alarcón á no sé qué periódico. Cosa buena será y sabrosa de leer, como de ingenio tan feliz; y de todas suertes mis versos quedarán muy honrados con la crítica de un escritor de tan alta nombradía, aunque haya de pronunciar fallo adverso; de hecho ha estado cortés con ellos haciéndoles materia de examen, amén de tratarlos, como no dudo que los habrá tratado, con generosa benevolencia.

Pero no me conformo con la inteligencia que da él, según colijo, al verso copiado; porque esto me da á entender que ha parado mientes en un pormenor insignificante, más bien que en el espíritu y tendencias de la oda tomada en conjunto. Me figuro que el Sr. Alarcón se ha desentendido del contexto no sólo de la misma pieza, sino del himno á la Reconciliación que se publicó al mismo tiempo (*Romancero Colombiano*) y que le sirve de complemento.

Aunque no he visto las razones que alega el Sr. Alarcón, yo hago mi composición de lugar, y en desahogo confidencial

con Ud. anticiparé algunas de las que me asisten para defender el asendereado renglón métrico. Yo dividiría mi sermón apolo-gético en partes, y probaría tres proposiciones :

1.° *La frase que yo empleé está sancionada por los mejo-res poetas, y recibida por todo el mundo como un modo poético de aludir á la emancipación del Perú.*

Como en este campo no tengo libros, pondré á prueba mi memoria para traer algunas citas.

Baralt dice en un Soneto á Bolívar :

Y al ver la antigua afrenta ya *vengada*,
De los soberbios Andes en la cumbre,
Las sombras de los Incas sonrieron.

Bello, refiriéndose á las armas colombianas :

La cuna de los Incas libertaron.

Y Bolívar mismo, en uno de aquellos rasgos hiperbólicos tan frecuentes en su estilo, dijo que el vencedor de Ayacucho debía ser representado sobre los Andes, tendiendo los pasos de cumbre á cumbre, y llevando en sus brazos la cuna de los Incas.

También hablamos de los hijos del Sol refiriéndonos en lenguaje poético á los peruanos, y la imagen del astro padre de la luz se conserva en los emblemas de aquella nacionalidad, sin que impliquen idolatría estas figuras de una mitología hi-potética ó simbólica.

2.° *La frase de que se trata no sólo es poética, sino mo-ralmente verdadera.*

La alusión á los Incas es, en general, un recuerdo poético. Decir que los sangrientos hechos de armas que trajeron la independencia del Perú dieron venganza á la memoria de los Incas, es una afirmación conforme, además, con la filosofía de la historia.

Si aquellos soberanos indígenas hubieran resucitado, y si prestamos á sus sombras sentimientos consecuentes con lo que ellos fueron en vida, seguramente que se habrían regocijado de ver abatidos y arrojados del territorio á los sucesores de Pizarro.

Y aun sin eso, bajo cualquier concepto que se contemple la guerra de independencia, los Incas se habrían gozado en ver la raza conquistadora dividida en bandos y despedazándose en mortal contienda.

De una y otra parte la sangre que corría en aquellos campos era, toda casi, española; así que, dicen más de lo que su autor pensó, aquellos versos de Bello:

Saciadas duermen ya de sangre ibera
Las sombras de Atahualpa y Motezuma.

¿ Fue nuestra guerra de independencia espantable destrozamiento de la raza conquistadora? Si lo fue, debió también de ser grande (aunque tardío) desagravio para la raza conquistada.

¿ Cuál es la nación santa, inmaculada, que no mereció castigo? Castigo grande es la guerra civil. Pero una cosa es el castigo, y otra la repudiación. Pudo Dios castigar á la nación española, sin quitar á la raza hispana el cetro que le confió sobre el Nuevo Mundo.

La conquista fue obra providencial, y Dios no se ha arrepentido de su obra.

El error de Olmedo, que yo mismo he censurado con la mayor energía, está en no haber hecho esta distinción; es decir, que no hubo más español honrado que Las Casas, y que por ello mereció ir al cielo de los Incas; en no ver en la conquista sino matanzas y robos, y no el triunfo y dilatación de la civilización cristiana; en confundir la emancipación política con la restauración de la antigua barbarie é idolatría.

En suma, y concretándome á una sola idea, el error de Olmedo no consiste en hablar de venganza y castigo, sino en añadir reparación y gloria:

Venganza y gloria nos darán los cielos.

3.ª *Cualquiera que sea el valor intrínseco de la proposición discutida, el autor de la oda á la estatua de Bolívar no la consignó en estilo directo como suya, sino en estilo indirecto como pensamiento de Olmedo.*

El plan de la oda se reduce á enumerar varios puntos de vista en que ha sido admirado el Libertador, y que no fijaron, empero, la atención del estatuario; y en indicar luego el aspecto que Teneranni eligió como glorioso y como punto de partida de su creación artística. Es evidente que el poeta aprueba la intención del escultor, ó mejor dicho, la intención que al escultor, con fundamento ó sin él, atribuye, y por lo mismo desecha, sin aprobar ni desaprobando, los puntos de vista de otros admiradores del Libertador. Parece que el Sr. Alarcón no se habrá fijado en esta consideración.

La primera estrofa expresa el género de admiración de Olmedo, y es una condensación del *Canto á Bolívar*.

Hay allí un verso copiado literalmente de Olmedo, como para indicar al lector que aquella estrofa está, en cierto modo, entre comillas. Traducida en prosa, diría:

Bolívar: hay varios modos de admirarte, de que no participó tu escultor.—Uno de ellos, el de Olmedo. El cantor de Junín te contempla como á semidiós tonante y vengador de los Incas....

¿ Es esto estilo directo, ó indirecto ?

Y yo extraño muchísimo que un escritor como Alarcón, maestro en el arte de dialogar y de decir las cosas de un modo rápido y sugestivo, no haya apreciado el sentido indirecto de la primera estrofa de mi oda. Allí hay un diálogo, una discusión implícita, y el primero que habla es Olmedo.

.....

MIGUEL ANTONIO CARO.

III

CARTA DEL SR. ALARCÓN AL SR. HOLGUÍN

Excmo. Sr. D. Carlos Holguín.

Madrid, 30 de Marzo de 1884.

Mi muy querido amigo y compañero.

Por una formalidad cancilleresca le devuelvo la carta de su hermano político el ilustre miembro fundador de la Academia Colombiana, que tuvo Ud. la bondad de entregarme para que la leyese; pero, al propio tiempo, le suplico me envíe, cuando menos, una copia de ella, para guardarla entre mis mejores papeles literarios. Y ahora prepárese á resistir mi verbosidad, si por acaso resulto más extenso de lo que conviene á sus muchas ocupaciones.

Ante todo y sobre todo me complazco infinito en que tan profundo literato y digna persona como el sabio prologuista de las obras de Bello, me dé las señaladas pruebas de benevolencia que hallo en la indulgente carta á que respondo, y agradecería muchísimo á Ud. que se lo escribiera de mi parte, ofreciéndole juntamente las *seguridades*, que decimos hoy, de mi sincera admiración y pobre amistad.

También desearía que el Sr. Caro me perdonase si en algo le han molestado las líneas que publiqué en *España y América*, más atento al bien que pudieran proporcionar ciertas publicaciones á los Iberos de ambos Continentes, que á consideraciones de compañerismo, respeto de que no habría prescindido mi pluma en ningún otro caso.

Quiere esto decir que juzgué desde luego y sigo juzgando que el asunto en cuestión llegará á ser muy útil, si una persona tan distinguida é influyente como el Sr. Caro se convence, publicándolo por de contado, de que los *españoles* de ambos hemisferios no debemos considerar esta palabra *españoles*, como signo político de la pasada dominación de un determinado Gobierno en ciertos países de América, sino como un apellido de familia que todos llevamos con igual título; como el apellido de la familia que descubrió, conquistó y civilizó las Indias occidentales. Los colombianos, por ejemplo, son en conjunto uno de los hijos del Conquistador: emancipóse este hijo al llegar á la mayor edad y puso casa aparte, no sin que precediera gran reyerta con sus progenitores, como la habrá siempre que ocurra una de estas separaciones, y como yo deseo que la haya hasta correr nuevos mares de sangre, el día que Cuba, Puertorrico y las Filipinas quieran abandonar á España por la fuerza y en pro de nuestros enemigos comunes.

Pero se hicieron las paces entre España y Colombia, y reconocida y aceptada la emancipación en términos amistosos, hemos vuelto á ser una sola y verdadera familia, establecida en dos lugares distintos, de tal modo que nosotros, los padres ó abuelos, nos complacemos en visitar y abrazar á Uds., que son nuestros hijos ó nietos, deseándoles mil prosperidades en esa su ya propia morada, donde tienen independendencia, libertad, autonomía, bolsillo aparte etc. etc., bien que siempre el mismo apellido, la misma sangre y la misma historia que los que políticamente, ó por antonomasia, continuamos llamándonos meramente *españoles*.

En lo demás, si Bello, Baralt, Bolívar y otros, á quienes también admiro ó respeto con la debida sindéresis, han dicho lo mismo que el Sr. Caro, sancionando poéticamente la especie inexacta comprendida en el verso

Tu diestra de los Incas vengadora,

esto significa únicamente que en vez de ser *uno*, han sido *varios* los que han incurrido en error...., disculpable durante la lucha y el enojo, cuanto indisculpable después de la paz y la amistad. Nada más común, en efecto, que oír á los menciona-

dos hijos, cuando desean casarse, y los padres se oponen y luchan con éstos en consecuencia, hablar pestes hasta del heredado apellido y de los blasones de su ascendencia, dando la razón á los antiguos adversarios de la casa etc. etc.; y también los padres suelen en tales circunstancias propalar horrores contra los mismos hijos á quienes adoran.—Pero, como ya he dicho, vienen luégo la celebración del matrimonio, el nacimiento de los nietos, la reconciliación, los intereses mutuos, y reaparece, con más brío que nunca, el amor de familia, jamás extinguido en el fondo....—; que es lo que hoy pasa, y de lo cual, Sr. D. Carlos de mis pecados, recibe Ud. diarias muestras en Madrid, donde todos, chicos y grandes, académicos y próceres, pollos y viejos, estamos prendados de Ud....; y hasta le toleramos que nos gane el dinero al tresillo!—Entonces el antes atufado hijo se arrepiente de todo lo que habló contra sus padres y abuelos, y riñe de nuevo con todos los tradicionales enemigos de la casa!—Por eso dice sabiamente el refrán: “Entre padres y hermanos no metas tus manos.”

Confiese, pues, el insigne Sr. Caro haber sido arrastrado á error de expresión por los precedentes poéticos del segundo período de discordias (meto en cuenta las del tiempo de Pizarro), y diga al esclarecido Baralt, cuando le vea dentro de muchísimos años en los Campos Elíseos, que no tuvo fundamento alguno para decir:

*Al ver la antigua afrenta ya vengada
Las sombras de los Incas sonrieron ...*

puesto que Bolívar y sus compañeros de gloria y fortuna eran tan españoles como Pizarro y Almagro, y siguieron y siguen en su descendencia teniendo bajo sus pies á los Incas.

Diga asimismo á Bello, al egregio Bello, al autor de la silva, que recuerdo todos los días, mientras tomo café ó chocolate, que se equivocó al asegurar que los enemigos de Fernando VII

la cuna de los Incas libertaron,

dado que esa cuna no ha sido nunca libertada por nadie, y sigue, y debe seguir, siete estados debajo de tierra.

Y al propio Bolívar (que tenía todas las cualidades y virtudes de un gran caudillo español), dígame igualmente que nadie guerreó en su tiempo “llevando en su brazo la cuna de los Incas”, supuesto que aquellos insurgentes no tremolaban la bandera de Manco-Capac, ni los herederos de Atahualpa y

Motezuma pensaron entonces en restaurar su raza, sus leyes ni su religión....—Por el contrario, todavía hoy....—Pero doblamos la hoja.

Borre, en fin, por su parte, el docto Sr. Caro aquel párrafo de la carta á que contesto, en que asegura “*que las sombras de los Incas se habrían regocijado de ver abatidos y arrojados del territorio á los sucesores de Pizarro....*”; y debe borrarlo inmediatamente con magnanimidad, porque jamás han acontecido semejantes hechos; porque los sucesores de Pizarro siguen dentro del Perú (1); porque son los gobernantes de hoy; porque continúan imperando allí sobre los Incas; porque representan la misma, mismísima conquista del siglo XVI que suponen caducada y *vengada* aquellos poetas, olvidándose de que se llaman Pérez, López, Rodríguez, ó BELLO, CARO, OLME-DO.... etc. etc.; sin contar á HOLGUÍN.... apellido cuya cuna está asimismo en España.

Cuando únicamente acierta su hermano político de Ud. y expresa la verdad con terrible elocuencia, es cuando indica en la mencionada carta que, *las sombras de los Incas gozarían y se crearían vengadas al ver la división y lucha de la raza conquistadora.* ¡ Oh, sí! ¡ Eso sí! ¡ De tal modo solamente hemos vengado todos á los Incas!—Pero, ¡ por Dios, que no se repita el caso! ¡ No los vengemos nunca más! ¡ No volvamos á reunir los Iberos de uno y otro Continente!

Ni hay para qué. Ni sucederá.—Lejos de eso: con hombres como Caro, como Ud., como los Presidentes de las Repúblicas americanas que nos honran ingresando en la Academia Española, como tantos otros esclarecidos varones, que recuerdan ya con amor y veneración á la noble madre que dejaron en el hogar paterno y á la cual bendicen en el propio hogar, no puede reproducirse la discordia, cuya última sangrienta página fue el Callao.—Antes bien, esos nuevos pueblos, y el pueblo secular que los engendró; Uds. y nosotros unidos, como apretada falange de deudos, podremos hacer muy grandes cosas en la paz (¡ quiera el Cielo que sea en la paz!) ó en la guerra con otros....; quiero decir en la guerra contra los Incas de ahora, contra los que actualmente nos disputan la preponderancia de América, contra los enemigos comunes que hoy tenemos en ambos Mundos, contra Londres y contra Wáshing-

(1) La Serna y los *sucesores* oficiales de Pizarro fueron efectivamente arrojados del territorio peruano, aunque allí quedasen *descendientes* de los primeros conquistadores. Muchos de estos descendientes y sus familias se habían ido obscureciendo y perdiéndose en la masa popular, mientras levantaban cabeza y cobraban creces nuevos inmigrantes ó empleados reales. Seguro es que muchos de esos descendientes de conquistadores sin conocimiento de su origen, y teniendo por patria el suelo donde nacieron, militaron contra la reconquista.—(Nota editorial.)

ton....—; Por mi parte pierdo muchas noches el sueño pensando en los filibusteros de Nueva York y en la usurpación de Gibraltar!

Adiós, amigo y compañero.—Perdone que le haya calentado tanto la cabeza, y mande á su afectísimo S. S.,

Q. B. S. M.,

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN.

IV

CONTESTACIÓN DEL SR. HOLGUIN AL SR. ALARCON

Madrid, Abril 12 de 1884.

Excmo. Sr. D. Pedro A. de Alarcón.

Mi querido amigo:

Tengo el gusto de enviar á Ud. la copia de la carta de mi hermano político, D. Miguel A. Caro, que me dice Ud. desea conservar; y á nombre de Caro, y anticipándome á sus deseos, le doy mil gracias por los benévolos conceptos con que Ud. le honra.

Mucho celebro que á Caro se le hubiese ocurrido reproducir en su inmortal Oda *A la Estatua de Bolívar* la idea aquella de Olmedo:

Tu diestra de los Incas *vengadora,*

que les ha dado ocasión á Ud. y á él para escribir esas páginas llenas de gracia, erudición é ingenio, que así harán las delicias de cuantos las lean, como darán testimonio del sentimiento patriótico y del amor fraternal que nos ligan hoy á los españoles de ambos Continentes.

Ahora, si Ud. me permite decir dos palabras en la materia por Uds. dos discutida, diré que, á mi juicio, en ésta, como en casi todas las cuestiones que se debaten, ambos tienen razón. ¡Qué raro es tropezar con alguna controversia en que una de las partes tenga toda la razón y la otra carezca de ella en absoluto!

Los hispanoamericanos tenemos en realidad dos nacionalidades: la del nacimiento, que es América, donde hemos visto la luz primera; y la de extracción, España, donde se mecieron las cunas de nuestros padres.

Con ambos países nos ligan vínculos de amor sagrado, aunque naturalmente en casos de conflicto se manifieste más intenso y prevalezca el que sentimos por el suelo en donde vimos correr los primeros años, cuyos recuerdos conservan su color de rosa y su aroma por todo el resto de nuestra vida. La humanidad ha sentido siempre del mismo modo, y hace ya siglos que Ovidio decía :

Nescio qua natale solum dulcedine cunctos
Ducit, et inmemores non sinit ese sui.

La guerra que nuestros padres sostuvieron en la segunda década del presente siglo con el objeto de fundar un gobierno propio, independiente de la Península, se resintió de esa especie de dualidad de nuestro modo de ser político. De suerte que si por un lado aquélla fue una guerra civil y fratricida desde el punto de vista de la raza á que pertenecían ambos beligerantes, por otro era internacional, si se tienen en cuenta su objeto y las condiciones geográficas de los dos países. Considerándola en su primer aspecto, Ud. tiene razón, y mucha fuerza cuanto expresa en su carta de fecha 30 del mes pasado.

Pero si se atiende al objeto de aquella colosal contienda, que en el fondo era la afirmación por parte de los españoles nacidos en América, de su derecho de gobernarse á sí mismos, independientemente de todo poder constituído fuera de su territorio, hay que reconocer que Bolívar y los que sus estandartes seguían, eran herederos y representantes del derecho que habían sustentado Manco-Capac y Motezuma contra Pizarro y Hernán Cortés.

Y de que aquello no era una mera ficción, hallará Ud. la prueba en el hecho de gozar los indios, después de la Independencia, entre nosotros, de *todos y los mismos derechos* de que gozan los blancos y de estarles igualmente abiertas todas las carreras. ¿ Se figura Ud. que las listas de hombres que se distinguen por allá, así en las armas como en las letras, en la política como en la magistratura, son todas listas de hombres blancos? Pues ha de saber Ud. que en ellas figuran muchísimos indios que han ocupado todos los puestos de la República, hasta los más eminentes, sin exceptuar la Presidencia.

Siendo todo esto así, es indudable que los ejércitos que arrojaron del territorio americano á las huestes peninsulares y á las autoridades españolas europeas por ellas sostenidas, vengaban (y siento muchísimo no encontrar otra palabra menos malsonante) á los primitivos americanos que, sustentando con las armas aquel mismo derecho, habían sucumbido tres

siglos antes en las batallas de la conquista. Y prueba evidente de que esta idea ha estado en el fondo de todas las conciencias americanas, es que el pensamiento de Olmedo se haya reproducido bajo diferentes formas por hombres que, como Baralt y Caro, no han desmentido un solo día su amor á España, y antes bien han sido celosos adoradores y preconizadores brillantísimos de sus glorias, de su grandeza y de sus inmortales tradiciones.

Pero hay en el punto de que tratamos dos circunstancias, que en mi concepto—y perdóneme Ud. esta franqueza que puede revestir humos de pedantería—, ofuscan, hasta cierto punto, la clara inteligencia de Ud., hiriendo, tal vez por no haber parado mientes en ella, su susceptibilidad nacional.—Es la primera el uso del verbo *vengar*, que, sobre ser en sí odioso, parece implicar el concepto de una repudiación de los beneficios de la conquista. Pero aquí la falta es imputable al idioma más bien que á la intención del escritor. He pensado mucho en ello, y no acierto con otro verbo que pudiera sustituirse con propiedad, aun explicado el pensamiento del verso como yo lo entiendo. Que por lo demás sería hasta ridículo ensayar decir nada en abono de los que emplearon aquel verbo, cuando América toda, por el órgano de ellos y de otros muchos oradores y poetas, canta un himno eterno de alabanza y gracias á la Nación española que nos envió con la luz del Evangelio, sus leyes, su hermosa lengua, su gran civilización; que nos dio carne de su carne y vida de su vida; y que infundiéndonos su espíritu caballeresco, nos enseñó también con el ejemplo de sus egregias virtudes el amor á la Libertad! ¿Cree Ud. que pueblos que hoy gozan de aquellos beneficios pudieran, ni por un momento, renegar de la obra cristiana y civilizadora del descubrimiento y colonización de América por España?

Permítame, ya que hablo de esto, y como un desahogo personal, citar aquí una página de un Estudio histórico mío sobre la Independencia, publicado en 1878, cuando no existían entre Colombia y España las relaciones de cordial amistad que hoy cultivamos, y que á nombre de mi Gobierno tuve el alto honor de iniciar y reanudar en 1882. Dice así:

“La conquista de América se manchó con excesos y crímenes que acaso no estuvo en manos de nadie impedir; pero es innegable que sacar un continente del caos á la vida, de la barbarie á la civilización, darle forma, leyes, lengua, religión, fue hacerle un inmenso beneficio, casi tanto como haberle dado la existencia. Y de ese beneficio somos deudores á España. La palabra *madre patria* no era simplemente una metáfora

tratándose de nosotros, pues nada menos que madre fue España para estas regiones. Crecimos amamantados á sus pechos, aprendimos su idioma, nos enseñó á conocer y amar á Dios; nos dio cuanto tenía. Para nosotros fundó ciudades, universidades, colegios y escuelas; erigió templos, abrió caminos, echó puentes, envió misioneros, introdujo el régimen municipal y fomentó el desarrollo de todas las industrias. Con solicitud y tino admirables determinó las diversas producciones espontáneas de nuestro suelo, y fijó reglas inapelables para la aclimatación de las industrias, sin que nosotros hayamos podido después hacer otra cosa que continuar su labor. Algunos se quejan de que no nos dejó ferrocarriles ni telégrafos; otros de que nos transmitió su fanatismo religioso, y muchos de que se llevaba el oro y la plata de nuestras minas; en una palabra, se quejan de que no trastornó las leyes morales y físicas que rigen el mundo, de que no hizo milagros como Jesucristo.

“Sería más que injusticia, ingratitud, no reconocer la previsión y sabiduría con que España legisló para estos países, las providencias saludables que dictó para salvarlos de la rapacidad voraz de los aventureros, y el incomparable beneficio de haberles legado tres unidades que pueden ser salvadoras para todas las Repúblicas de este Continente: unidad de religión, unidad de lengua y unidad de legislación.”

Dije antes á Ud. que iba á citar mi propia autoridad en són de desahogo personal, porque el escrito de donde tomo esta página me fue devuelto una vez por nuestro amigo Moraza con una cartita en que me decía que no podía continuar aquella lectura, porque estando enfermo, le agravaba el ver apasionados conceptos lanzados contra España por escritores *extranjeros*. Y vuelvo á la cuestión.

La otra circunstancia á que enantes me refería, como perturbadora de su clara visión de Ud., es el error harto común aquí y allá de considerarnos á los suramericanos de hoy hijos de Uds. Este mismo error que se ha deslizado en su sabrosa carta de Ud., y se trasluce en los ejemplos en ella adueidos, prevalecía indudablemente á principios del siglo y contribuyó no poco á prolongar y encrudecer la guerra de la Independencia. Si Ud. relea los documentos públicos de aquella época, notará que no escaseaban frases como las de “hijos desnaturalizados”, “hijos ingratos”, “hijos que querían sacudir el suave yugo de la santa autoridad paterna”, y otras por el mismo estilo.

Tan evidente me parece aquel error, que lo que no comprendo es cómo ha podido medrar y arraigarse. Jamás, fuera de nuestro caso, he oído sostener á nadie que los descendien-

tes de hermanos que se establecen en casas, lugares ó provincias apartadas, vengán después, en ninguna de las generaciones subsiguientes, á considerarse, unos respecto de otros, hijos, padres ó abuelos. Primos ó parientes es todo lo que pueden ser, y primos ó parientes es lo que en realidad Uds. y nosotros somos. Nuestros antepasados eran hermanos de los de Uds. : los nuéstros se fueron para América y los de Uds. se quedaron aquí. Las primeras generaciones que se siguieron fueron naturalmente primas hermanas, luégo primas en segundo y en tercer grado, y así sucesivamente, hasta que al fin ha quedado una masa de individuos de común origen, parientes, por supuesto, llenos de recuerdos de familia, pero viviendo los de cada rama en su casa, en regiones apartadísimas.

No veo en nada de esto las relaciones que se suponen de padres á hijos, y mucho menos derecho en ninguna de las dos agrupaciones de gobernar á la otra á título de autoridad paterna. No hace á mi propósito discutir ahora los títulos con que España gobernaba en América, que probablemente eran los mismos con que todos los Gobiernos gobiernan en el mundo, ni qué títulos asistan á los Gobiernos cuando no tienen la fuerza, aunque no gobiernen con la fuerza.

Lo único que sostengo, y que creo que Ud. no me negará, es que la autoridad de España no imperaba en América sobre el principio de la constitución de la familia cristiana con que Ud. gobierna á la suya y yo á la mía. Por eso cuanto Ud. dice sobre efectos desastrosos que han de seguirse, y mares de sangre que deben correr el día en que los hijos, por haber llegado á la mayor edad, quieran poner casa aparte, se me antoja ininteligible y consecuencia de aquel erróneo concepto, único que ha podido engendrar criterio tan inseguro para apreciar las relaciones de pueblos de común origen.

Vea Ud. las cosas como en realidad son, y convendrá conmigo en que á este respecto se ha llevado la ficción demasiado lejos. A menudo decimos nosotros, siempre que la ocasión lo requiere, y con mezcla de gratitud y orgullo, que España es nuestra madre, y madre patria la llamamos, como Ud. lo ha visto en los párrafos de mi escrito antes citado. Ud. comprende que con esto queremos decir que reconocemos en España la casa solariega de la familia, la heredad de nuestros mayores, y por eso venimos aquí á no considerarnos extranjeros y á ver en cada español un hermano nuéstro. Pero ni á Ud., ni á Catalina, ni á Menéndez Pelayo, ni á Moraza, voy á considerarlos por ende padres ni abuelos míos, ni cosa que se parezca; ni fue muy fraternal que digamos, el recibimiento que les me-

recí el día que nos conocimos en Monasterio de Piedra, de donde me hicieron Uds. venir *cantando*. Y no que no sea muy sincero y muy grande el amor de familia que me une á Uds. y á muchos otros que Ud. conoce, del cual es una prueba lo pronto que olvidé aquel desaguisado, y lo á menudo que me siento á compartir la sal y el pan en su mesa de Ud., en donde si no ya aquel amor, me lo habrían hecho olvidar con su exquisita amabilidad la Sra. D.^a Paulina y la encantadora Paulinita con toda su gracia.

Prescinda Ud., pues, mi amigo, de esas dos preocupaciones; no insista en ver la acepción odiosa del verbo "vengar"; déjese de estar creyendo que la guerra de nuestra independencia fue el alzamiento de unos hijos desnaturalizados en rebelión contra la autoridad de sus padres, y verá que el verso

Tu diestra de los Incas *vengadora*,

no pasa de ser, como muy bien ha dicho Caro, una frase hecha, especie de medalla acuñada con el consentimiento universal de todos los escritores americanos, para aludir en forma poética á la guerra de emancipación. Y si todavía el más delicado oído español europeo percibe algo de malsonante en aquella frase, debe tener en cuenta, para apreciar su verdadero significado y alcance, las opiniones y sentimientos notorios de quienes la emplean.

De Bello y de Baralt, así como de Caro y de mí, que también la he usado, y que sólo por esa consideración me permito unir al de ellos mi obscuro nombre, puedo afirmar que hay muchas pruebas preconstituídas de que jamás hemos desconocido ni dejado de agradecer y ensalzar los títulos que á la gratitud americana tiene nuestra madre España; que para nosotros la independencia jamás ha significado otra cosa que un mero accidente en las transformaciones políticas por que están llamados á pasar todos los pueblos. Pues por lo demás, aquéllos estuvieron y nosotros estamos hoy más unidos á España por relaciones de familia, por simpatías de raza, por comunidad de sentimientos, por aficiones literarias y por idéntica aspiración á ver crecer y prosperar y ser felices á cuantos pueblos llevan en sus venas sangre española, que no lo estaban nuestros padres el siglo pasado, cuando sólo los ligaban á ella lazos de fuerza que la fuerza pudo romper tan fácilmente.

Y si esta carta, en que mi pluma ha corrido con tanta libertad, ha resultado demasiado larga y va á causarle á Ud. demasiada fatiga su lectura, llévelo Ud. en amor de Dios, que

para eso estamos en Semana Santa, y justo es que de cuándo en cuándo haga Ud. alguna penitencia.

Su buen amigo y estimador sincero,

Q. B. S. M.,

CARLOS HOLGUÍN.

OPINIÓN DE D. MIGUEL CANÉ

ESCRITOR ARGENTINO, SOBRE D. MIGUEL A. CARO

Puede Colombia á justo título estar orgullosa de dos hombres, jóvenes aún, pero cuya reputación de sabios y profundos literatos ha salvado los mares y extendídose en la península española. El primero es D. Miguel Antonio Caro, hijo del inspirado poeta D. José E. Caro, cuyas nobles estrofas “ En boca del último Inca ” son conocidas por todos los americanos.

M. A. Caro es el autor de la soberbia traducción de Virgilio, en verso español y de una fidelidad aterradora; se siente frío al pensar en la labor perseverante que ha sido necesaria para encerrar cada verso latino, de la rica lengua virgiliana, en el correspondiente español. Así, los que leen la traducción de Caro encuentran en ella el mismo sabor delicioso que se desprende de la lira del cisne de Mantua, la misma fuerza y aquella suavidad exquisita é insuperable que ha hecho de Virgilio el príncipe de los poetas latinos. Ese trabajo ha sido ya juzgado por la crítica eminente de España y el nombre de su autor se pronuncia hoy en la Academia Real con el mismo respeto que el de los más grandes peninsulares (1)....

Las introducciones de Caro á la “ Historia General.... ” de Piedrahíta, á las “ Poesías ” de Bello etc., son simplemente obras maestras, en las que se encuentra, al par de una riqueza y galanura de lenguaje á que estamos poco habituados en nuestra América, la vasta y sólida erudición de un filólogo que no ignora uno solo de los progresos de esa ciencia nueva en el mundo moderno.

.....

MIGUEL CANÉ.

(1) Menéndez Pelayo en su obra “ Traductores de la Eneida ”, juzga la traducción de Caro como “ la mejor que existe en español ”.—Madrid, 1879.

SR. MIGUEL ANTONIO CARO.

Serrezuela, 28 de Noviembre de 1871.

Mi muy estimado señor y amigo :

Oportunamente recibí la atenta carta de Ud. del 14 de este mes, y los dos números de *El Tradicionista* á que ella se refiere. Después he recibido también el número 3.º Doy á Ud. por todo las más cordiales gracias.

Esa publicación llena un vacío que se hacía sentir en nuestra prensa periódica ; y así por lo grave y trascendental de los pensamientos que Ud. expresa, como por el firme y bien templado estilo y lenguaje de que Ud. se sirve, me parece *El Tradicionista* impreso, no en dúctiles tipos de liga común, sino en otros del noble metal de que se hacían las antiguas espadas toledanas. El vigor, tino y mesura con que Ud. escribe, recuerdan el lema que aquéllas llevaban y me inspiran la esperanza de que por larga y penosa que sea la obra que Ud. emprende, al fin tendrá Ud. la satisfacción de darle remate con aplauso de todos los buenos ; es decir, de todos los que mediten seriamente en nuestro estado presente y se interesen por la suerte futura del país.

Reciba Ud., pues, mis sinceras congratulaciones, y permítame acompañarlas de una amistosa súplica. Economice Ud. sus fuerzas, no eche exclusivamente sobre sus hombros la carga, y prepárese á soportar con serenidad los ataques bruscos ó insidiosos de los adversarios que probablemente tendrá Ud., y que, si no me equivoco, serán tan heterogéneos como los que se refugiaron en la cueva de Adullam. “El que tiene la conciencia de su fuerza no se cura de balas de papel.”

En cuanto á dar importancia y utilidad á su periódico, en vano he buscado algo qué indicar. El objeto á que Ud. se encamina y la habilidad con que discurre, nada dejan qué desear. Sin salir de su pejugar, Ud. tendrá siempre con qué llenar provechosamente los artículos que llaman de fondo ; y por mi parte vería con satisfacción reproducir en ellos algo de lo mucho y muy bueno que Ud. ha dado á luz en otros papeles de escasa circulación. Los escritos de Ud., fuera de otras recomendaciones, tienen el alto mérito de la imparcialidad y de una finísima discriminación ; inducen á meditar y por todo esto merecen más de una edición. Por otra parte, el rico repertorio de que Ud. dispone para inserciones, la sección literaria y la noticiosa, la gacetilla y otros artículos menudos que comple-

tan y sazonan el festín con su correspondiente polvito de sal, no sólo concurren á sostener el interés general del periódico, sino que le dan muchísima amenidad.

La introducción á las obras de Virgilio me parece en todo sentido digna de la pulcra y erudita pluma de Ud. Aunque por mi desgracia no poseo los conocimientos necesarios para hablar con propiedad en la materia, tengo natural disposición á gustar de lo que es bello y delicado. Todavía está fijo en mi memoria y fantasía, con el hechizo de lo que no se ha de olvidar jamás, el episodio que Ud. cita del Mahabarata de los hindús; y con igual encanto se me vienen á la imaginación otros pasajes de dicha introducción.

.....

PEDRO FERNÁNDEZ MADRID.

TRADUCCIÓN DE VIRGILIO

Obras de Virgilio, traducidas en versos castellanos, por Miguel Antonio Caro, Bogotá, Imprenta de Echeverría Hermanos, 1873.

Preceden á la traducción una dedicatoria á la Academia Española, un estudio preliminar extenso (CXIX pp.) y algunas advertencias.

El tomo II contiene los seis primeros libros de la *Eneida*. El tercero (1876) los restantes, con adiciones al estudio preliminar y (al fin) correcciones al texto. Ofrece publicar más adelante el texto latino con comentarios y una introducción, un estudio sobre las imitaciones y reminiscencias virgilianas en poetas de España y América, los *Poemas Menores* atribuidos á Virgilio y un *Índice*.

La traducción del Sr. Caro es sin duda la mejor que poseemos en castellano, á lo menos tomada en conjunto. Hay pasajes débil ó vagamente traducidos, y adolece además del vicio capital de estar en octavas reales, forma sumamente artificiosa, y que quita al traductor mucha libertad, y al traslado mucha concisión. Pero admitido este pie forzado, sólo hay motivos de admiración en el trabajo del Sr. Caro. Cierto que se encuentra algún giro exótico, alguna construcción violenta, alguna frase traída de lejos; pero ¿qué importa esto al lado

de tantas frases expresivas y gallardas, al lado de tantos giros felices como embellecen la traducción del poeta bogotano? El cual es además notabilísimo y concienzudo latinista, y nunca, ó raras veces, se desvía de la recta interpretación. Debe aplaudirse, sobre todo, en su trabajo la pureza y galanura con que maneja la lengua castellana, como dueño y señor de todas sus preseas y tesoros, cosa rara en las regiones americanas. Fuera de Bello y Pesado, no conozco hablista americano comparable al traductor de Virgilio.

.....

“ *Obras de Virgilio traducidas en versos castellanos, con una introducción y notas por Miguel Antonio Caro. Tomo I. Bogotá: Imprenta de Echeverría Hermanos. 1873.*”

Contiene CXIX+239 págs. de estudio preliminar, texto castellano y suplemento ó notas. Las *Églogas* y *Geórgicas*.

Sobre esta elegantísima traducción poco hay que decir, puesto que va en el volumen á que han de servir de prólogo estas notas. Además, la traducción del Sr. Caro ha sido ampliamente juzgada en dos estudios notables, uno de D. Rufino José Cuervo (egregio latinista) en el *Anuario de la Academia Colombiana* (Bogotá, 1874, tomo I, págs. 213 á 238), y otro de D. Juan María Gutiérrez con el título de *Virgilio en América*, en la *Revista del Río de La Plata*. Ambos convienen en estimarla como un monumento de gloria para nuestra lengua.

Para las *Eglogas* y *Geórgicas* ha preferido el Sr. Caro la silva con mejor ó peor acuerdo, que esto no hemos de discutirlo ahora. Poco importa el metro en que una cosa se dice si la cosa está bien dicha, y estas silvas no son ligeras y abandonadas como las de Arona, sino trabajadas con el mismo amor y esmero que las octavas de la *Eneida*.

Lo que sí escasea en esta parte del trabajo del Sr. Caro (y á mi entender es un mérito) es el uso ó abuso de giros y locuciones desusadas, que da un aire de extrañeza á ciertas páginas de los otros dos volúmenes de la traducción. Es más natural y espontáneo, menos limado y rebuscado el estilo de las *Geórgicas*, y agrada más por esto mismo.

Es observación delicada del Sr. Cuervo, que siendo las lenguas antiguas de carácter sintético, conviene traducir sintéticamente el pensamiento del autor, y no reproducir, en obsequio á una mentida fidelidad, todo género de adjuntos y de partículas, ni mucho menos explicar el texto como un comentarista: defecto en que suele incurrir Hermosilla en su *Homero*. Pero todo tiene sus límites, y me parece que no ha hecho bien

el Sr. Caro en omitir en el *Qualis populea moerens....* el *amissos* (adjetivo tan tierno y tan bien colocado) y el *moerens*. No es Virgilio poeta en quien los adjuntos sobren ó sean de pura fórmula. Este excesivo amor á la concisión se nota también en otros pasajes. Paréceme más penetrante y recogido, por decirlo así, y no salgamos de los versos antes citados, el *late loca quaestibus implet* que el

en ecos por los campos se derraman.

La traducción del Sr. Caro es un tesoro de lengua y de versificación, y nunca será bastante leída y aprovechada; arcaísmos felices, inversiones audaces, modos de decir traídos á nueva y más lozana juventud y vida, epítetos no de los convencionales y de troquel, sino aplicados como los aplicaba Horacio, discretas asociaciones de palabras (*callida junctura*), versos llenos de color y de energía, un dominio absoluto del arte clásico, y un espíritu latino de bonísima ley.... todo esto se admira en la traducción del filólogo de Bogotá, á quien envío desde este lado de los mares mi amistoso y cordial parabién.

Recomiendo sobre todo el libro IV de las *Geórgicas*.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

CARTA DEL SR. CECILIO ACOSTA

AL SR. JOSÉ MARÍA VÁSQUEZ, SECRETARIO DE LA LEGACIÓN DE COLOMBIA EN CARACAS

Esta mi primera carta para Ud., si no alcanza toda la solemnidad de la ocasión, como me gustara para enaltecerla, sí quiero que lleve toda la ternura de mi afecto, en correspondencia de algún modo al que Ud. se ha servido dispensarme como un regalo, y que yo acepto como una honra. Tan reconocido estoy de la que Ud. me hace en su amistad, que no poseyendo yo otra cosa qué darle en cambio, le doy la mía, ya que no joyas. No soy lisonjero, y Ud. puede creérmelo: lo que ofrezco no es tesoro, pero es verdad.

Con lo que, y prescindiendo de picos de más ó menos sobre si quien gana soy yo y quien pierde es Ud., y hasta quitándole á mi manifestación lo que tenga de impropia, con tal que se le deje lo galante, pienso que estamos ya en el caso de que Ud. me trate como á otro Ud., y yo á Ud. como á otro yo.

Pues entre los motivos que hacen interesantes mis relaciones con Ud., está como el que más el modo que las produjo. Ya Ud. comprenderá que voy á hablarle de nuestro distinguido amigo D. Miguel Antonio Caro, cuyo trato, hoy sólo por cartas, es ya para mí tanto como necesidad ejecutoria. Aquí en el seno de la confianza he de decir á Ud. lo que siento de él: lo tengo en la punta de la lengua, y he menester soltarlo, siquiera por desahogo de cariño. Poniendo á un lado sus grandes talentos, tan cultivados y hermosos, me encanta su corazón.

En Caro la madurez se ha adelantado á los años, y me parece verle en la flor de ellos con aquella circunspección reflexiva que es, tanto como decoro, ornato de conducta; ni en palabras liviano, ni en pensamientos frívolo, ni en afectos descarnado; para la amistad, cuando la ofrece, caballero; para los deberes, que siempre cumple, apercebido. Medita lo que dice, y dice lo que conviene; notándose en su expresión, su aliño y gala, compostura, como si fuese un verbo heráldico.

Tiene un culto tierno, el de su ilustre padre, cuyo nombre lleva tan dignamente; tiene otro íntimo, el de las grandes tradiciones. Concibe el progreso como un resultado de ideas de enlace, y halla este enlace en el entroncamiento con un principio único, que para él es el principio religioso.

Si la materia en su variedad de formas casi inagotable está sometida á una ley que la encadena, el espíritu en su desenvolvimiento progresivo debe estar sometido á otra, que no pudiendo ser el criterio interno, porque la inteligencia es limitada y la voluntad antojadiza, tiene que ser el externo; es decir, lo abstracto, lo inmutable, lo justo. Para convencerse de esto, basta ver la obra humana representada por la Historia, océano éste de sangre, lágrimas y errores. La filosofía puede observarlos y delatarlos; pero sólo la religión revelada, corregirlos.

Nuestro inteligente amigo ha penetrado hasta el corazón de las cosas y encontrado en él estas verdades, que ora por lo que ellas valen, ora por lo que él las ama, si es que no forman el fondo de su carácter, emplea él como arma, como reserva ó como tesoro, en la polémica, en la política y en la enseñanza.

De aquí la rigidez que algunos pudiesen hallar en sus principios, lo cual no es más que la fuerza de sus convicciones y la honradez de sus creencias. Los hombres de alto pensamiento participan con frecuencia de éste, que no es orgullo, sino decoro.

El que distingue á Caro en porte, maneras y escritos, le es tan innato, que nunca lo busca sino que lo tiene. En el

chiste parco, tal vez negado; en la conversación medido, tal vez solemne; y siempre está, por miramiento á los demás, tanto como por el que se debe á sí mismo, ó en traje propio ó de armadura puesta.

De sus combates, cuando los tiene por la prensa, puede salir el rayo pero no el libelo; de su dialéctica el azote, pero no la ira; de su doctrina indignación, pero no amargura; y muchas veces, después de haber llevado lo mejor en el palenque, sale de él olvidado de todo, de luchas y de triunfos, contento sólo con haber sostenido la causa de Dios que es la causa del progreso.

Como escritor, sus faces son varias. Si es en tendencias, se distingue por la impersonalidad de la causa, lo cual, aunque conduce á ideas exclusivas, nunca á partidos excluyentes; ventaja grande, porque las ideas oyen y los partidos no. Si es en doctrinas, se ha fijado en el catolicismo, que es quien las enseña castas, sin mezcla de intereses que pasan como las olas, ni de opiniones que cambian como las nubes; institución admirable por su vitalidad eterna, la única que ha atravesado los siglos incólume, y la única también que en las transformaciones incesantes de la sociedad queda siempre de pie, para continuar el hilo orgánico y dar la voz de rumbo y de destino. Por lo que hace á lengua y estilo, Caro no sabe vaciarlos sino en moldes antiguos. No ama otras formas que las bellas, ni quiere otro arte que el puro.

Su traducción castellana de la Eneida, de la cual he visto un trozo, sabe á latín: tiene la grandeza de Ercilla, la sencillez de León, y muchas veces, hasta donde cabe hacerlo, el contorno de la frase y los versos mórbidos, graciosamente dormidos, numerosos y espléndidos del original. Ya éste es lauro suyo, y yo no envidiaría nada más para mi gloria.

Bajo otro aspecto, Caro tiene su fisonomía particular. En las luchas, ni se fatiga ni se abate; en la fe, ni es fanático ni tibio. Es enemigo de toda familiaridad y con frecuencia serio; pero debajo hay una alma que se agita y una sensibilidad delicada, á la cual son tan comunes las fruiciones como los martirios. Como patricio, ardiente; como ciudadano, bueno; como miembro de familia, mejor; y para terminar su carácter en dos palabras más, podría decirse de él que se encuentra siempre satisfecho, cualesquiera que sean las vicisitudes de su vida, si está bien en su conciencia, en su decoro y sus deberes.

Tal es el amigo que llevo en mi imaginación, por sus escritos, sus cartas y hasta el rumor de la fama, que siempre da

facciones. Si hubiere puesto de menos, aunque él pierda, yo gano, porque eso más tengo que no tenía.

.....

CECILIO ACOSTA.

VIRGILIO EN AMÉRICA

(Extracto de un artículo del distinguido escritor argentino D. Juan M. Gutiérrez, publicado en "La Revista del Río de La Plata", año de 1876.)

.....

Vamos ahora á comunicar á nuestros lectores nuevas pruebas de la aptitud de los literatos sudamericanos para aclimatar en el terreno de las lenguas vivas, desafiando las trabas de las combinaciones métricas más ajustadas, el espíritu, las ideas, los sentimientos de los poetas de la antigüedad clásica. Y, como vivimos los americanos en completo divorcio intelectual unos de otros, ignorando comúnmente aquello que cada sección del continente conquista y cosecha á favor de la civilización y de la honra de la patria común, creemos hacernos gratos á los argentinos revelándoles el secreto de dos bellas y serias traducciones de la obra virgiliana completa, que aparecen en este momento, debidas á la erudición y al estro de un neogranadino y de un mexicano: *Arcades ambo....*

Llámase este último D. Fermín de la Puente y Apezechea, miembro de la Academia Española. Para estimar el mérito de la traducción de los libros I y VI de la Eneida, que hasta ahora son los únicos que ha dado á luz este señor, tenemos que referirnos al análisis que de ellos hace, en un artículo crítico, otro americano bien conceptuado en España como hombre de letras y de buen gusto, el Sr. D. José Antonio Calcaño, venezolano avecindado á la sazón en las cercanías de Liverpool.

El crítico ha sometido la obra del mexicano á una prueba dura, pero eficaz y decisiva. "Cuando se nos viene á las manos, dice el Sr. Calcaño, la traducción de un autor clásico, no podemos prescindir de ir á ver, antes que todo, cómo han sido vertidos aquellos pasajes que, los que hemos hecho particular estudio del texto, tenemos en la memoria." Trayendo á la suya el mismo crítico los pasajes más célebres de los mencionados libros de la Eneida, ya por sentenciosos, ya por patéticos, ya por la belleza rítmica, ó por la propiedad de las onomatopeyas,

parangona el original con la versión, resultando que en la mayor parte de los casos sale airoso el traductor y sin ofensa el poeta original. No es esto corto elogio para el Sr. Apezchea. En cuanto al mérito de la versificación, el crítico le es favorable hasta el entusiasmo, exclamando al cerrar la lectura de los cantos traducidos: “¡Qué octavas, qué octavas hay en ellos! ¡Cómo honra su autor nuestra América!!!”

El Sr. Calcaño justifica su ponderativo elogio copiando algunos trozos de la traducción mexicana. Despechada la ternísima y orgullosa Dido, al verse abandonada por Eneas, dirígile el enérgico apóstrofe que anda en la memoria de todos:

*Nec tibi diva parens, generis nec Dardanus auctor.
Perfide....*

Nó! no es tu madre, pérfido, una diosa;
Ni tus padres de Dárdano manaron:
Del Cáucaso en la entraña cavernosa
Entre sus duros riscos te engendraron;
Las tigres de la Hircania pavorosa
A sus pechos, crüel, te amamantaron,
Ya ¿por qué disimulo? ¿por qué tardó?
¿Á qué mayores males ya me aguardo?
Por ventura, ¿gimió por mi gemido?
¿Tornó á verme la vista vacilante?
¿Le vi llorar con lágrimas vencido?
¿Sintió piedad de su infeliz amante?
¿Qué más he de decir? ¡Y han conseguido
Juno así y Jove á la maldad triunfante!
¿Dónde hallaré piedad, dónde consuelo?
¡Ya no hay fe ni en la tierra ni en el Cielo!
Desnudo te lanzó la mar é inerte
Sobre mis playas: te acogí rendida:
Partí, loca, contigo reino y suerte,
Tu flota reparé rota y perdida:
Yo liberté á los tuyos de la muerte;
Y ¡ay de mí! (que ardo en furias encendida!)
Hoy Apolo.... el oráculo te guía:
Un mensajero Júpiter te envía.
¡Por cierto! á eso los dioses atendiendo
Están.... ¿ese cuidado los agita?
Yo no sé lo que has dicho.... ni te entiendo;
Mas respuesta ninguna necesita.
Vé, márchate á Italia. Por el mar horrendo,
Ese tu nuevo reino solicita.
Yo espero (si piedad hay en el Cielo)
Que los escollos vengarán mi duelo.
A Dido entonces llamarás turbado;
Yo en negros fuegos seguiréte ausente;
Y cuando el alma deje el cuerpo helado,
Sombra doquier, te aterrará presente:

Tu pena entonces sufrirás ; malvado !
Y hasta en el centro del Averno ardiente
Yo lo oiré, y á mis manes la noticia
La misma Fama llevará propicia.

Veamos ahora de qué manera ha trasladado, también á octavas castellanas, este mismo apóstrofe el poeta neogranadino :

No fue tu madre, pérfido ! una diosa,
Que descienes de Dárdano es mentira ;
.....
; Hircana tigre te crió á sus pechos !
Ya ¿ qué hay qué disfrazar ? ¿ qué más espero ?
Ve llorando á su amante, ¿ y se contrista ?
¿ Le merecí una lágrima, un ligero
Signo de compasión ? ¿ Volvió la vista ?
; Cielos ! ¿ de qué me quejaré primero ?
¿ Cuál dios habrá que á vindicarme asista ?
Ni Juno ya, ni Jove ; oh desengaño !
Con justa indignación miran mi daño.
; Oh justicia ! ; oh lealtad ! ; nombres vacíos !
Yo, náufrago, desnudo, falleciente,
Le recogí, le abrí los reinos míos,
El imperio con él partí demente !
Yo los restos salvé de sus navíos,
Yo libré de morir su triste gente !....
¿ Adónde me despeña el pensamiento ?
Llevada de furor, arder me siento !
Y ahora la voz de oráculo divino
Fuerza su voluntad ! ; Febo le guía !
Ni há mucho el nuncio de los dioses vino,
Y es heraldo que Júpiter le envía !
Y en los aires abriéndose camino
Le trae la orden fatal ! ; Quién pensaría
Que hubiesen de alterar cuidados tales
La alta paz de los dioses inmortales !
Nada te objeto, ni partir te impido !
Vé, y por medio del mar, en seguimiento
Camina de ese imperio prometido,
Búscala esa Italia con favor del viento !
Mas si justas deidades, fementido,
Algo pueden, te juro que el tormento
Hallarás, entre escollos, que mereces,
Y á Dido por su nombre allí mil veces
Invocarás ; y Dido abandonada,
Con tea humosa aterrará tu mente ;
Y cuando á manos de la muerte helada
Salga del cuerpo esta ánima doliente,
Yo, vengadora sombra, á tu mirada
En todas partes estaré presente !
Tu crimen pagarás ; sabráse, oirélo :
Eso en el Orco irá á acallar mi duelo !

Indudablemente que la ventaja la lleva Caro sobre Puente y Apezechea, como traductores de este desahogo magistral del

amor burlado de una mujer. El granadino se mueve con mayor desenvoltura, y sabe envolver y amoldar mejor que el mexicano, con la masa dócil de sus tersos endecasílabos, los pormenores de la ironía, del dolor, de la rabia de la cartaginense. Para entender al primero es necesario hacer algún esfuerzo, mientras que el segundo es transparente y armonioso, y disimula la fatiga de la tarea complaciendo al lector. La libertad en la versificación de Caro va á par con la que emplea para interpretar las imágenes del poeta latino: vuela con el pensamiento de éste; no se arrastra calcando sus expresiones. Así, por ejemplo, el “*Sequar atris ignibus absens*”, del hemistiquio de Virgilio, nos parece más poética y exactamente interpretado en este verso:

..... *Dido abandonada*
Con tea humosa aterrará tu mente,

que no en este del mexicano, aunque tenga el mérito de ser más literal:

Yo en *negros fuegos* seguiréte ausente.

Volvamos al traductor neogranadino. Debemos á este caballero una especial mención. Hemos hecho conocimiento con él por una especie de milagro, pues tál lo es la llegada hasta nuestras manos, pasando de correo en correo, desde las puertas del Pacífico colombiano hasta las orillas del Plata, de dos de los preciosos volúmenes de su traducción. Pero como no hay gusto sin su gota de acíbar para los bibliófilos americanos, el primero de estos volúmenes, que contiene las *Églogas* y las *Geórgicas*, comienza para nosotros en la cuarta de aquéllas, en la página 26: lo demás del comienzo del tomo se ha quedado en el camino. Si del autor nos viene directamente este obsequio, le damos en esta ocasión las más expresivas gracias, asegurándole habernos proporcionado una verdadera satisfacción con la lectura de tan notable trabajo.

Sólo conocíamos del Sr. D. Miguel Antonio Caro, el título con que publicó sus poesías líricas en un volumen en octavo, el año de 1866 en Bogotá, y la fama de su apellido en las letras de su país natal. Los Caros descenden de un gaditano nacido á la mitad justa del siglo XVIII, conocido en Bogotá como Magistrado y como literato, y especialmente por su afición á la literatura clásica, de que dio muestras anotando magistralmente el “*Arte Poética*” de Horacio. Su descendencia conserva, según parece, como religión del hogar, la inclinación

del ilustre abuelo, atestiguándolo la traducción en que nos ocupamos. Es de advertir que en aquella República de vida agitada, tanto ó más que la nuestra, y en donde los ensayos de las formas más peregrinas de Gobierno democrático vertieron torrentes de sangre generosa, y en donde la novedad á este respecto llegó á rayar en delirio, jamás declinó el amor á la bella literatura, ni se rompió el nudo que une la antigua con la moderna. Allí hubo siempre quién recordara con hechos repetidos el consorcio indisoluble, que hasta por razón del idioma debe existir entre las letras latinas y las contemporáneas. Y de aquí, probablemente, nace también el esmero con que en Nueva Granada se defiende contra las invasiones extranjeras y los malos usos locales la integridad de la lengua heredada. “Mirar por la lengua, dice un bogotano, vale para nosotros tanto como cuidar los recuerdos de nuestros mayores, las tradiciones de nuestro pueblo y las glorias de nuestros héroes; y cuando varios pueblos gozan del beneficio de un idioma común, propender á su uniformidad es avigorar sus simpatías y relaciones, hacerlos uno solo.” (1)

Nuestro traductor de Virgilio piensa á este respecto como su compatriota, á punto que al leer sus excelentes versos nos sentimos transportados al afamado siglo de oro de la literatura castellana. Campea en ellos un respeto llevado hasta el arcaísmo por las formas sintáxicas y los vocablos predilectos de Herrera y de León—achaque perdonable y aun meritorio al trasladar al castellano la obra de un antiguo, porque así parece la imitación más cercana al original.

Se equivocaría quien hiciera torcidas y desfavorables aplicaciones de lo que dejamos dicho sin detener la pluma, al estilo y lenguaje del distinguido traductor neogranadino. Es el Sr. Caro un excelente humanista, un literato entendido, y al emprender su ardua tarea, sabía bien el peso que echaba sobre sus hombros, robustos á fe.

Tales son, expresadas con generalidades, las impresiones que causa en el ánimo del lector esa realidad indefinible que se llama “estilo virgiliano”. De esta impresión moral que supo grabar el mantuano, es de la que convendría hacer partícipe al mayor número posible de lectores, por medio de las vulgarizaciones de la Eneida, trasuntando en ellas, antes que

(1) *Apuntaciones Críticas sobre el lenguaje bogotano*, por Rufino José Cuervo.—Bogotá.—1867, 1872.—1 v. en 8.º de 527 páginas.

todo, su estilo, porque éste es el alma misma de Virgilio, la más bella y humana del mundo pagano.

Guiados por este criterio, hemos leído las *Eglogas*, las *Geórgicas* y cuatro de los libros de la Eneida, traducidos hasta ahora por el Sr. Caro. Delante de un trabajo que requiere aliento y fuerzas poco comunes para emprenderle, la crítica debe mostrarse circunspecta y fundada, so pena de cometer más que una ligereza, una mala acción. Nos guardaremos de incurrir en ella, limitándonos á señalar, según nuestro entender, algunas de las brillantes cualidades de que á cada momento da pruebas el literato neogranadino: *aere perennius* será, sin duda, el monumento que erigirá en honra de las letras americanas, si lleva á cabo su empresa, ya tan adelantada. Al final de estas líneas trasladamos íntegra la IV de las *Églogas*, para que los lectores de la Revista formen juicio propio acerca del mérito del traductor y de su manera de comprender el original. Verdad es que el poeta, levantando, como él mismo lo dice, el tono bucólico, se aparta de la juvenil inspiración y del humilde tono de la flauta del bosque, que generalmente predominan en estas risueñas y tiernas composiciones, para dejar entrever al provento cantor de los destinos de Roma. Sin embargo, en razón de concertarse en esta égloga á Polión, el estro solemne y la sencillez bucólica, es, entre sus hermanas, la que mejor da á conocer á Virgilio en aquella época de la vida en que el épico futuro gozaba de los encantos de la naturaleza y del comercio con las gentes del campo, en el seno de la heredad paterna.

El Sr. Caro es felicísimo en muchos pasajes de las *Geórgicas*, en las cuales se encierran la ciencia y la experiencia agrícola de los romanos, embellecidas con los encantos del sentimiento y de la imaginación. En nuestro concepto, es ésta la obra de Virgilio más ardua para los traductores, y al mismo tiempo la que de preferencia debiera ponerse desde temprano en manos de los discípulos de humanidades en las escuelas americanas. Un arado fue el cetro de Cincinato, y debe ser el instrumento con que los hijos de las Repúblicas prefieran labrar su fortuna. El autor de la "Agricultura de la Zona tórrida" hizo con sus admirables versos un valioso presente intelectual y económico á la juventud americana, tentándola á admirar y á aprovechar los pingües tesoros de los variados climas en que habita, al mismo tiempo que con mano maestra le mostraba cómo el espíritu de las letras clásicas puede animar, embelleciéndolas, las producciones de la moderna literatura. La obra incompleta de Bello pudo convertirse en *Georgicón*

sudamericano si hubiera tenido imitadores inspirados, como el iniciador, en un pensamiento de patriotismo y de civilización á un tiempo (1).

La agricultura es la generosa nodriza del hombre, y nadie mejor que Virgilio la ha idealizado en versos que jamás perecerán, por mucho que los aleje el tiempo : oigámosle en la traducción neogranadina :

Al hombre urgiendo, la escasez le educa,
Y el trabajo tenaz todo lo allana.
Ceres sabia, maestra, á los mortales
El seno de la tierra á abrir indujo
Cuando faltaron en las sacras selvas
Bellotas y madroños, y Dodona (2)
El sustento habitual negó cansada.
Creció en esmeros el cultivo, en cuanto
Funesta á las espigas la ímpia nubla,
Y hórrido á los sembrados sobrevino
El torpe cardo. Y ya la mies fallece,
Que la áspera maleza en torno crece,
Y el abrojo la invade y el espino ;
Oprimen ya el espléndido sembrado
Triste cizaña, estériles avenas.
Tú, pues, como afanado
Las gramas no persigas
Con incansable rastro ; si no alejas
Con ruido las aves enemigas ;
Si, hiriendo ociosas ramas,
El asombrado campo no despejas,
Ni con voto eficaz la lluvia llamas,
Triste ! con sesgos ojos de vecina
Heredad mirarás la parva enhiesta,
Y tu hambre en la floresta
Aliviará la sacudida encina.

Ni uno sólo de los prolijos detalles con que pinta Virgilio la lucha del labrador con la naturaleza, ha escapado á la sagacidad del traductor: no crecerán las mieses si no se extirpan á tiempo el cardo y las importunas cañas ; si no se espantan las aves atraídas por el apetito del grano. La pereza condenaría al labrador á contemplar con tristeza la cosecha abundante del vecino, y á alimentarse con el insípido y grosero fruto de las encinas.

*Hen, magnum alterius frustra spectavis acervum ;
Concussaque famen in silvis solabere quercu....*

(1) La "Agricultura de la Zona tórrida", fragmento de un poema titulado *América*, apareció por la primera vez en Londres en las columnas valiosísimas y llenas de patriotismo de la Revista titulada *Repertorio Americano*, redactada por los Sres. Bello, García del Río etc.—1826.

(2) *Dodona*, ciudad del Epiro, en Grecia, rodeada de bosques de encinas consagradas á Júpiter. (G.)

La agricultura fue considerada por los antiguos como el arte que enseña al hombre á apropiarse por el trabajo y la industria, no sólo los dones de Ceres, sino cuantos distribuye Cibele, uno de cuyos atributos es la *llave* con que abre y cierra, según las estaciones, los tesoros de la naturaleza, y gobernando los leones que conducen su carro dice simbólicamente que nada hay tan feroz é indómito que no se someta á la amorosa paciencia de la maternal agricultura. Si nuestro menguado código rural hubiera tenido presente el gran código rural de Virgilio, de cierto que las laboriosas abejas, dulcemente cantadas y acariciadas en las *Geórgicas*, no habrían sido desterradas á muchas leguas de los escasos plantíos y sembrados de nuestros incultos campos. Los animales útiles atraen de preferencia la atención de Virgilio, haciéndonos amar al buey paciente, á su hembra de ubres generosas, á la oveja que se despoja de su vellón para vestirnos, al caballo que se asocia á nuestros viriles placeres, á nuestras hazañas de valor, y arrastra la carroza elegante del rico como la reja del arado del humilde labriego.

Las llanuras colombianas, como las argentinas, son propicias á la noble raza del caballo. En ellas, ha dicho Buffón, es donde debe estudiarse al potro en toda su belleza y libertad, al caballo, que, según el mismo naturalista, es la más gloriosa conquista del poder inteligente del hombre. El americano nace contemplando al caballo, y ensaya sus primeras fuerzas manejándole por la brida: en él atraviesa el desierto, vadea los ríos, y sobre sus lomos y ancas conduce á su querida y á sus hijos al poblado ó al nuevo techo que ha construído de totora á la margen de la laguna lejana. El caballo es para el llanero y el gaucho el personaje principal de sus idilios en acción ó de sus yaravís y cielitos, acompañados de la guitarra. A esta intimidad entre el nobilísimo bruto y el hombre americano, atribuímos el acierto con que el traductor bogotano ha interpretado el siguiente pasaje del libro 3.º de las *Geórgicas*:

.....
 No menos diligencia
 A la elección de los caballos debes.
 Tú desde tierna edad á los que fies
 El incremento de la raza, aplica
 Laboriosa atención. El potro nuevo
 De estirpe generosa
 Gallardo ya campea,
 Y en noble porte y generosos pasos
 Las blandas coyunturas ejercita:
 Toma la delantera en el camino,
 A la crespá corriente vado tienta,

A puente ignoto avánzase el primero,
Ni de estrépitos vanos se intimida.
La cerviz tiene erguida,
Aguda la cabeza, el vientre breve,
Grupa redonda, el pecho
Con músculos soberbio que le abultan.
Noble es el rucio azul, noble el castaño,
De blancos y melados desconfío.
¡Con qué ingénito brío
El pisador lozano
Sale del puesto y sosegar no sabe
Si armas de lejos resonar ha oído!
Las orejas aguza, se estremece,
El encendido aliento
Por la abierta nariz bramando arroja;
El cabello sacude aborrascado,
Le esparce al diestro lado;
Y doble mueve la dorsal espina,
Y recios cascos sobre el suelo asienta
Que batido á compás hueco retumba.
Sofrenado de Pólux Amicleo
Tal Cílaro soberbio braveaba;
La copia de trotones
Que Marte unció, tál era; tales fueron,
Ya de griegos poetas celebrados,
Los del carro veloz del grande Aquiles;
Y Saturno agilísimo, la hermosa
Crin derramando sobre el cuello equino,
Así también, al asomar su esposa,
Hirió, rápido huyendo,
El alto Pelión con relincho agudo.

Al que así contemplaste
Animoso corcel, cuando abrumado
Por las enfermedades, ó vencido
Le vieres de la edad, pónle á cubierto,
Y dá á su honrada senectud descanso.
Para enlaces de Venus
Frío el caballo viejo, afán estéril
Apura en ellos, y tal vez si llega
A la amorosa lid, se enciende en vano,
Cual sin fuerza en la paja un alto fuego.
Obsérva de antemano
Los bríos y la edad de cada potro,
Su raza y vocación disciérne luégo;
Míra si causa en él, y en qué manera,
La ignominia dolor, celo la gloria.
¿No has visto cuando en rápida carrera
Parten de la barrera
A cubrir el palenque émulos carros?
Mancebos que en la faz muestran bizarros
El ansia de vencer, mientras el pecho
La duda palpitante les devora,
Con retorcido látigo aguijando,
Tendido el cuerpo, van, suelta la brida;

En férvido valor arden las ruedas ;
 Y ora se inclinan, y ora
 Parecen remontarse arrebatados
 En vuelo aéreo á superior esfera.
 No hay descanso, no hay paz. La arena roja
 En nubes se levanta :
 Fogoso al delantero el de atrás moja
 Con la espuma que arroja ;
 Tánto es el pundonor, la ambición tánta !

Estos versos, fuerza es confesarlo, no se parecen en nada á los que generalmente nos regala la Musa Sudamericana, libertina, indómita, sin más consejero que el oído, á veces mal educado, y excesivamente democrática en el estilo, en la elocución y en las formas sintáxicas, casi siempre cortadas al talle de la prosa. Si muchos han de saborearlos y deleitarse con ellos, no faltarán quiénes los hallen desabridos al paladar, oscuros á la inteligencia y aun ásperos para leídos corrientemente. Pero nosotros, que nos declaramos pertenecer á los primeros, es decir, á los admiradores de la noble versificación del Sr. Caro, entendemos que el verso debe tener siempre poesía en su estructura, y participar, hasta en la ordenación de las palabras, del juego de la imaginación, que es la primera de las facultades distintivas del poeta. El verso debe pasar por delante de la vista, como el diamante bruñido, destellando luz por cada una de sus facetas ; ondear como airosa culebra ó como la corriente de las aguas, y sorprender por la novedosa variedad de sus movimientos, para que, como la música á la letra, acompañe armoniosamente los giros originales é inspirados del pensamiento. Desdénase sin razón esta parte material de la versificación, y ni se reflexiona sobre ella, ni se estudian sus condiciones, como si no constituyera parte del arte de escribir en verso, del mismo modo que es en el pintor la distribución de los tonos del colorido, y las gradaciones de la modulación en el músico. Hay idiomas en que la frase en el verso sigue la misma línea recta que en la prosa, y toda la poesía consiste, en ellos, en el fondo ó en la substancia de la idea. Pero el castellano no es de ese número. En la prosa misma es garboso, lujoso, erguido, y exige de quienes le usan en verso, y con intenciones de poetas, que levanten y acentúen esas cualidades, defectos ó virtudes de su índole, según quiera juzgarlos el juicio humano, generalmente vario y voluntarioso.

En el caso presente existe una razón más para que los versos que quedan copiados merezcan la aprobación de las personas instruídas y de buen gusto, por cuanto traducen al más encumbrado y más delicadamente noble y pulcro de los poetas

latinos, en quien brilla la tersura de la palabra y el pudor de la imagen. Sienta bien á su intérprete el dejo clásico, la solemnidad antigua, de que tan discretamente hace uso, logrando acercarse, cuanto es posible á un moderno, á semejante original.

JUAN M. GUTIÉRREZ.

UNA NUEVA TRADUCCIÓN DE VIRGILIO (1)

Aquel conocido verso de Campbell,

'Tis distance lends enchantment to the view,

consigna un hecho que claramente explica el atractivo con que nos seduce la antigüedad: el hombre no nació para lo presente, y en ello no encuentra reposo, pues las propias miserias y las ajenas por todas partes le punzan; de donde, ó sube la corriente de los años en busca del *buen tiempo pasado* y se apacienta en la representación de la paz y la abundancia de la edad de oro, ó se imagina risueñas perspectivas en lo venidero; pero éstas se deshacen conforme se acerca á ellas, como los aparentes lagos del desierto, mientras lo pasado no está sujeto al desengaño de la experiencia, antes la imposibilidad de conseguirlo excita la fantasía y se lo presenta más cautivador. Por otra parte, lo nuevo como que por el hecho de recordar su nacimiento, ofrece á el alma la idea de su fugacidad; al paso que lo antiguo, aquello que siempre hemos visto, y que vieron nuestros padres, se conforma mejor con el tipo de eternidad que llevamos en nosotros y al cual lo comparamos todo: la belleza siempre antigua y siempre nueva que la vista enamorada de la teología mística ha columbrado en la Soberana Esencia, es la que buscamos dondequiera, cuando el alma, olvidada de lo que la rodea, tiende de suyo á la querencia de su origen. De aquí el particular deleite que á las almas sensibles ofrecen las obras del arte antiguo; en la ruina de esperanzas é ilusiones que nos circunda, se asemejan á aquel laurel, *veterrima laurus*, á que se acogió la familia de Príamo, y que presencié la caída del infortunado rey, después de haber sido testigo de las grandezas de sus mayores.

(1) *Obras de Virgilio traducidas en versos castellanos, con una introducción y notas, por M. A. Caro.*—Bogotá, Echeverría Hermanos. Tomos 1 y 2. 1873.

No obstante, semejante amor de la antigüedad no se expresa en todos los hombres por su admiración á las reliquias que de ella eternizaron la poesía y las bellas artes, pues como éstas han nacido de aquella necesidad inherente en el alma humana de dar cuerpo á sus concepciones tomando por tipo cuantos objetos se ofrecen á su contemplación, no ha podido menos de suceder que sus obras salgan á luz, como los rebaños de Jacob, con los colores que las rodearon al engendrarse; así que en ellas se reflejarán las creencias, las costumbres de la época, los lugares, el carácter mismo del artista y el poeta, y á éste aun el lenguaje, en el cual van como almacenadas toda la ciencia y todas las ideas de los pueblos, le hará pertenecer á cierto tiempo y á cierta nación. En los partos del ingenio moderno acaso no percibimos en tanto grado estas influencias, por el activo comercio intelectual que tiende á hacer cosmopolíticos arte y literatura; pero conforme subimos por la escala de los siglos, vamos viendo mejor demarcados los lineamentos hoy algo indecisos de los pueblos, hasta encontrar la ancha raya que divide á griegos de hindúes y á unos y otros de hebreos y árabes. Tal es la principal causa que nos dificulta gustar las bellezas de la antigüedad; pues como lo dice Donaldson, “si no tenemos vastos y precisos conocimientos arqueológicos, si no vemos las costumbres antiguas con los ojos de los antiguos, y nos trasladamos en espíritu á otras tierras y otros tiempos, y nos bañamos en la clara luz de las edades pasadas, no pueden menos de ser inciertas, obscuras é insuficientes nuestras ideas acerca de los que desaparecieron siglos há, y las pinturas que de ellos nos hagamos serán inanimadas y sin interés como pedazos sueltos de una estatua rota.” Por aquí se echa de ver con cuánta razón se ha dicho que saber dos lenguas (literariamente, se entiende) es tener dos almas, y se comprende cómo los poetas antiguos no pueden llegar á ser populares en nuestros tiempos, populares digo en el sentido en que lo son los de hoy, los que hablan en nuestras palabras nuestras ideas, y visten, si me es permitida la metáfora, á traza de los más recientes figurines; ni lo serán aunque se les cubra de moderno ropaje, cual lo hizo Pope con Homero: hoy en día su culto florece fervoroso y reverente en el estudio de las personas de esmerada educación, pero no en los cafés y tocadores, y por cierto no lo han menester. No dudo afirmar que por ninguna cosa se puede calcular mejor el grado de cultura intelectual de los individuos, que por su afición á los clásicos y el conocimiento que de ellos tengan; pues sus bellezas están las más veces ocultas tras un velo que sólo se puede penetrar

con el auxilio de variada erudición. En efecto, fuera de muy raras excepciones en las cuales se ve que la mano dadivosa de la Providencia ha privilegiado ciertas almas con una como potencia intuitiva para percibir y comprender la belleza ora moral, ora intelectual, ora estética, tal que parecen adivinarla y naturalmente hacerla objetiva, la generalidad de los hombres sólo consiguen ser buenos, sabios ó artistas, ó á lo menos apreciar los actos de tales, á fuerza de ímprobo trabajo. Se me figura como si el hombre, perdida la posesión del Paraíso y malbaratada la gracia que le hacía capaz de beber la bondad sobrenatural en su fuente, hubiese cegado juntamente la que le daba la compresión del orden natural; si con violencia se conquista el reino de los cielos, con violencia también logramos penetrar al cielo de la tierra, á la esfera de la inteligencia y el sentimiento, en la cual se presienten las grandezas de esotro. Todos ven el magnífico cuadro de la naturaleza, y muy pocos son sensibles á sus encantos; innumerables individuos pasarían de largo sin fijarse en las obras maestras del arte antiguo y moderno, si su guía no les picase el amor propio, diciéndoles ser ésas aquellos prodigios que tanto pregona la fama; y en lo literario acaso todos hemos hecho la prueba, pues para gustar la sencillez clásica de Homero y Fray Luis de León, hemos tenido que prepararnos con muchos y variados estudios.

He hecho estas consideraciones preliminares para hablar de la traducción de Virgilio que actualmente está sacando á luz mi amigo D. Miguel Antonio Caro, porque deseo llamar la atención del público á una circunstancia en que quizá no todos reparan, y es que el emprender una obra de esta clase, ocupar largos años en darle cima y al fin imprimirla con recursos particulares, prueba que el autor abriga una elevadísima idea de la sociedad en que vive, y da para el mundo civilizado un argumento muy grave en favor de nuestro adelanto literario. Y al extender estas líneas, inconexas tal vez y mal pergeñadas, como que se han escrito en los cortísimos intervalos de prosaicas ocupaciones, es mi ánimo hacer ver que si ya con sólo acometer su obra se hizo el Sr. Caro acreedor á la estimación pública, la manera en que la va acabando corresponde á la expectación motivada por su alto renombre como poeta y humanista, y que por tanto es deber de patriotismo cooperar á la pronta terminación de este que con justicia puede llamarse monumento de gloria nacional.

Por lo dicho pudieran algunos pensar: si yo no he de entender á Virgilio, ¿para qué lo leo? Pero les bastará el sabio

y amenísimo estudio preliminar del Sr. Caro, que ocupa 119 páginas del tomo primero, para simpatizar con el poeta, quien aparece allí como el más moderno entre los antiguos, especie de media luz gratísima que anuncia los esplendores de la civilización cristiana. Sus primeras obras, las *Églogas* y las *Geórgicas*, inspiran amor á la naturaleza y las labores campestres, y exhalan un aroma más regalado que aquel *tomillo* á que en concepto de un académico olía *La Vida del Campo* de Meléndez, con el cual se repara el alma, quedando como empapada en aquella apacibilidad que sólo pueden darle los aires libres del campo cuando está ahogada en el bullicio de las ciudades. Mejor que mis palabras lo probarán algunas cortísimas muestras, por las cuales se ve que este género de poesía tiende á satisfacer la necesidad que sentimos de un contacto íntimo y afectuoso con la naturaleza, cual lo gozaron nuestros padres en el Edén.

Obligado el pastor Melibeo á abandonar sus tierras, pinta así la felicidad de Títiro, que ha logrado recobrar las suyas :

¡ Oh anciano muchas veces venturoso !
 Tú en medio reclinado
 De estas fuentes sagradas conocidas,
 Gozarás en reposo
 Airecillos fragantes á deseo ;
 Mientras la flor de salce en el cercado
 Libando, en torno del panal hibleo,
 Las doradas abejas
 Con zumbido te aduermen regalado :
 Dará á los vientos su cantar, subido
 El podador en la vecina loma ;
 Y desde el olmo con sus blandas quejas
 Tórtola amante halagará tu oído,
 Y con sordos arrullos la paloma.

(Egl. I.)

Hé aquí trozos del célebre elogio de la vida del campo :

¡ Oh una y muchas veces venturosos
 Los labradores, si estimar supiesen
 Los bienes de que gozan ! ¡ Venturosos
 Los que del seno de la madre tierra
 Centuplicados los suaves frutos
 En posesión pacífica reciben,
 Lejos del ruido de civil discordia !
 Palacios no hay allí que en pompa regia
 Por sus pórticos todos desde el alba
 A oleadas los áulicos derramen.....
 En cambio paz segura
 Y un sabroso vivir libre de engaños
 Y en la copia profuso de sus dones,

Tiene el agricultor. Aquella holgura
Y alma serenidad de la campaña,
Umbrosas espeluncas, vivos lagos,
El fresco valle y verde, los mugidos
Del perezoso buey, los apacibles
Sueños gozados bajo amenas sombras,
A su dicha no faltan. En el campo
Sobria, fuerte, á fatigas avezada
Verás la juventud. ¿Cazar te plugo?
Bosques tendrás, enmarañados bosques,
Fieras y grutas. ¿La virtud te guía?
Aquí verás la religión honrada,
Honrada la vejez. Cuando del suelo
Impuro se ausentaba la Justicia,
Dejó en los campos sus postreras huellas.....
Sus hijuelos en tanto
Cuélganse en torno á disputar sus besos:
Fe conyugal y honesto amor guarece
Su immaculado hogar. La mansa vaca
Para él dilata sus lecheras ubres;
Y en los herbosos prados,
Fieros ya de sus cuernos se acometen
Los bien medrados juguetones chivos.
Fiel las fiestas celebra: reclinados
Sobre la hierba donde en medio brilla
El fuego del altar, sus compañeros
Cíñenle en flores el colmado varo,
Y él le empina en tu honor, oh buen Leneo!
Premios allí propone á los pastores,
O ya en el olmo erguido el blanco fije
Adonde asesten las veloces flechas,
O ya á rústica lucha aderezados
Desnudos muestren sus fornidos miembros.

(Geórg. lib. II).

Aconsejando el poeta el evitar á los ganados las ocasiones amorosas, describe así sus efectos en los toros:

Detrás de una agria sierra,
En medio de anchos ríos
Ceba sus toros el pastor prudente,
O en provistos establos los encierra;
Que roba una hembra los vitales bríos
Con halago sutil, y el que la mira
Se abrasa de mirarla, y no lo siente,
Con amoroso fuego
Que del pasto y la sombra pone olvido;
Y el dulce poseella
A recursos de ira
Tal vez remiten dos rivales. Ella,
Novilla hermosa, en honda selva pace;
Ellos en tanto emvístense sañudos,
Toros valientes en igual porfía;
Heridas menudean,

Negra sangre chorrean,
 Los cuernos traban con bramar tremendo,
 Y las florestas y el lejano Olimpo
 Repiten de la riña el sordo estruendo.
 Y no será que retornar se vean
 A un mismo establo entrambos contendores :
 Destiérrese el vencido,
 En remotas comarcas ignoradas
 Su afrenta va á esconder y sus dolores,
 Y á llorar sin venganza el bien perdido ;
 Volviendo las miradas
 A su nativo establo, así se aleja
 Del que reino fue ya de sus mayores.
 Pero no para siempre : allá rehace
 Sus fuerzas en silencio : lecho duro
 Mulle en medio de peñas donde yace
 Noches enteras : espinosas hierbas
 Y agudos juncos pace.
 Embistiendo algún tronco se ejercita,
 O al aire corneando : tal se ensaya,
 Y esparramando polvo, á la pelea.
 Luégo, al sentirse reparado y fuerte,
 Tiendas levanta, al enemigo busca
 Descuidado, y sobre él se precipita.

(*Geórg. lib. III.*)

Acabando de copiar estos bellísimos lugares en que campean la frase y la versificación castellanas en toda su gallardía, empiezo á dolerme de no haber citado otros, pues especialmente en las *Geórgicas* la traducción tiene tanto mérito, que no sabe uno qué trozo es el más feliz, y me complazco en dejar á los lectores el deleite de notar esta especie de competencia entre período y período. Sería inacabable, si hubiese de trasladar aquí las descripciones del caballo, del toro apestado, de la tempestad, de los jardines del buen viejo Coricio etc.

Viene luégo la *Eneida*, poema nacional en que Virgilio cuenta la venida de Eneas desde Troya á echar los cimientos de la nación romana y poner las semillas de sus futuras glorias. La naturaleza de la epopeya la hace más exclusivamente propia de un pueblo y una civilización ; pero esto no impide que cualquiera persona medianamente culta pueda leer con gusto esta parte de Virgilio, pues el poeta ha hermoñado su asunto con tantas bellezas y sabe siempre sentir con tanta pureza, que dondequiera cautiva. Eterna es la impresión que dejan el imponente cuadro de la última noche de Troya, la pasión y triste fin de Dido, la bajada de Eneas á los infiernos. Aquí ha adoptado el traductor la octava rima, como que es la forma consagrada para la epopeya por los mayores poetas ita-

lianos y españoles, y es innecesario recalcar sobre el trabajo y la habilidad que se requieren para reducir á estos períodos simétricos el seguido raudal de los hexámetros originales. Como muestra de lo contenido en el segundo tomo, véanse las siguientes valentísimas octavas del libro IV, que recuerdan las mejores de Valbuena y Reinoso, y bastan á desvanecer cualquiera objeción que pudiera presentarse contra la elección de esta estrofa. Ya el poeta nos ha pintado á Dido vencida de amor á Eneas, y ha acabado su descripción con este admirable símil :

Tal la Reina abrasada incierta gira
Así también en la selvosa Creta
Algún vago pastor de lejos tira
A cierva incauta rápida saeta ;
El, que clavó el arpón, tal vez no mira ;
Ella en bosques y valles huye inquieta,
Y en vano huyendo de librarse trata,
Que va con ella el dardo que la mata.

Viene en tanto un mensajero celestial que ordena á Eneas seguir su rumbo á Italia, y él obediente dispone en secreto la partida, pero

¿ Cómo engayar á un corazón que ama ?
Ella todo lo sabe, lo adivina ;
Fue quien primero descubrió la trama,
Y, aun en horas serenas, de ruina
Amagos presintió. ¿ Qué más ? La Fama
Sus ocultos recelos amotina,
Maligna susurrando que aparejan
Naves los Teucros ; que á Cartago dejan.

Fuera de tino la soberbia amante
Corre por la ciudad, como se agita
En las orgias solemnes la bacante
Cuando oye en torno la vinosa grita,
Y los tirsos descubre, y resonante
A sus misterios Citerón la invita :
Tál va la Reina, y tál sin más recato
Vuela á afrentar al amador ingrato :

“ ¿ Disimular ¡ oh pérfido ! esperaste
Tu malvada intención, tu felonía ?
¿ Y tu nave en mi puerto imaginaste
Que en silencio las velas soltaría ?
¿ Cosa no habrá que á disuadirte baste ?
Ni mi amor, ni la fe jurada un día ?
Ni reparar en Dido sin ventura,
Que por ti morirá de muerte dura ?

“¡ Y que en lo crudo de hibernales meses
Quieras de presto aderezar tu flota!
¡ Que tanto en levar ferro te intereses
Cuando más aquilón la espuma azota!
Díme, cruel, si en lejanía vieses,
No extraños campos, no ciudad ignota,
Mas renaciente á Troya, ¿á tus hogares
Cruzando irías procelosos mares?”

“¡ Huyes de mí! Mas nuestra uión te pido
Que recuerdes; y este único tesoro
Que reservé, mi corazón herido,
Mírale aquí y las lágrimas que lloro!
Si algo te merecí, si hallaste en Dido
Algo de amable, tu clemencia imploro!
¿ Mi trono hundirse ves sin sentimiento?
¡ Ah! si aun vale robar, muda de intento!”

“ Nómades gentes, reyes confinantes
Me odian por ti; mi pueblo me desama;
Por ti inmolé el pudor, y la que antes
Me alzaba á las estrellas, limpia fama.
¡ Oh huésped! en mis últimos instantes
Me abandonas, y ¿ á quién? Mi voz te llama
Huésped; fuiste mi esposo. Mas ¿ qué tarde?
¿ Al extranjero ó al hermano aguardo?”

.....
Él, que de Jove, mientras ella hablaba,
Guarda en su mente el mandamiento impreso.
Fijos los ojos en el suelo clava,
Mudo resiste del dolor al peso.
“ Mi gratitud tu esplendidez alaba”,
Esto al fin dijo apenas; “ y confieso
Que si arguyes ¡ oh Reina! con mercedes,
Muchas y grandes recordarme puedes.

“ Yo llevaré al recuerdo de esos dones
La imagen tuya dulcemente unida,
Mientras guarde mis propias tradiciones,
Mientras mi pecho aliente aura de vida.
Mas oye, en la cuestión, breves razones;
No pensaba ocultarte mi partida,
Ni de unión conyugal te hice promesa;
No así te engañes: mi misión no es ésa.

“ ¿ No ves que si el destino me otorgara
Guiar las cosas, reparando males,
Ya hubiera visto por mi patria cara?
¡ Podría de sus héroes los mortales
Restos honrar; al golpe de mi vara
Se alzarán sus alcázares reales,
Y poderosa, como en antes era,
Troya de sus cenizas renaciera!”

“ Mas ¡ ay ! la voz de oráculo divino
Fuerza mi voluntad, Febo me guía ;
Navegar para Italia es mi destino,
Ya éste es mi amor, y ésta es la patria mía !
Cual hoy troyano á Ausonia me encamino,
Tiria á Cartago tú viniste un día ;
Ya en paz la riges : en igual manera
Buscamos, dó reinar, zona extranjera.

“ Mi padre Anquises, cuando en alto vuelo
La noche entolda el orbe de la tierra
Y brillan las estrellas por el cielo,
En sueños me habla, y su actitud me aterra :
Mi hijo Ascanio me es causa de desvelo,
Y en él mirando, el corazón se cierra ;
Que aquí, distante del confín hesperio,
Yo le defraudo el prometido imperio.

“ No há mucho el nuncio de los dioses vino ;
Por vida de ambos que le vi te juro,
Enviado por Júpiter, camino
Por los aires á abrir, y entrar el muro :
Estoy mirando su esplendor divino ;
Oyendo estoy su mandamiento duro !
No me des más, no más te des tormento ;
Llévanme á Italia y con dolor me ausento ! ”

Mientras hablaba, fiëra y desdeñosa
Con ardiente inquietud ella le mira ;
Mirándole en silencio, ira rebosa,
Y luégo á voces se desata en ira :
“ No fue tu madre ¡ pérfido ! una diosa,
Que descienes de Dárdano es mentira ;
Cáucaso te engendró entre hórridos lechos,
Hircana tigre te crió á sus pechos !

“ Ya, ¿ qué hay qué disfrazar ? ¿ qué más espero ?
Ve llorando á su amante, y ¿ se contrista ?
¿ Le merecí una lágrima, un ligero
Signo de compasión ? volvió la vista ?
Cielos ! De cuál me quejaré primero ?
Qué dios habrá que á vindicarme asista ?
Ni Juno ya, ni Jove, ¡ oh desengaño !
Con justa indignación miran mi daño.

“ Oh justicia ! oh lealtad ! nombres vacíos !
¡ Yo náufrago, desnudo, falleciente
Le recogí, le abrí los reinos míos,
El imperio con él partí demente !
Yo los restos salvé de sus navíos,
Yo libré de morir su triste gente !.....
Adónde me despeña el pensamiento ?
Llevada de furor, arder me siento !

“¡Y ahora la voz de oráculo divino
Fuerza su voluntad! Febo le guía!
Ni há mucho el nuncio de los dioses vino,
Y es heraldo que Júpiter le envía!
¡Y en los aires abriéndose camino
Le trae la orden fatal! ¡Quién pensaría
Que hubiesen de alterar cuidados tales
La alta paz de los dioses inmortales!

“Nada te objeto, ni partir te impido;
Vé, y por medio del mar, en seguimiento
Camina de ese imperio prometido;
Busca esa Italia con favor del viento!
Mas si justas deidades, fementido,
Algo pueden, te juro que el tormento
Hallarás, entre escollos, que mereces,
Y á Dido por su nombre allí mil veces

“Invocarás; y Dido abandonada,
Con tea humosa aterrará tu mente;
Y cuando á manos de la muerte helada
Salga del cuerpo esta ánima doliente,
Yo, vengadora sombra, á tu mirada
En todas partes estaré presente!
Tu crimen pagarás; sabráse, oirélo:
Eso en el Orco irá á acallar mi duelo!”

Antes de pasar adelante y para contrarrestar la mala impresión que producen algunos eruditos acusando á Virgilio de falta de originalidad y clasificándole entre los ingenios de segundo orden, alegaré brevemente en su defensa. Quien abra los Estudios Griegos de Eichhoff, podrá creer que las obras de nuestro poeta no pasan de ser un centón de retazos traducidos de libros de Grecia: no niego que Virgilio imitó varias veces, pero la proporción de los pasajes en que eso es obvio con respecto á los que pueden ser meras coincidencias, me parece muy pequeña; yo á lo menos no concibo cómo un escritor que ha producido cosas originales admiradas aun por sus mismos detractores, y que, según confesión de éstos mismos, alcanza siempre á embellecer los que llaman sus hurtos, se viese forzado por pobreza de ingenio á coser dos ó tres pasajes de Homero y otros para producir un sólo símil. Especialmente en arranques de sentimiento todos los hombres usan un mismo lenguaje, y no es extraño que los grandes maestros, conocedores de la naturaleza, y sus pintores, coincidan en este caso. Recuerdo que Cantú cita tres idilios, uno hindú, otro griego, otro árabe, de iguales proporciones, en que se desenvuelve un mismo pensamiento; y si entre poetas de naciones que ninguna comunidad inmediata de ideas han tenido, se hallan sor

prendentes coincidencias, ¿qué mucho que Virgilio, formado en el estudio de los griegos, acostumbrado á sentir y pensar como ellos, brotase inconscientemente bellezas de la misma escuela?

Como muy bien observa Göthe, toda poesía ideal tiene por base la realidad, lo verdadero es la fuente de todo lo bello, y por eso de ahí mismo han de sacarse todos los materiales de la creación poética; para aquel gran crítico obras construídas con nubes y suspendidas en los aires son como si no existiesen, y nadie logra más segura base para escribir que quien toma un argumento popular y de todos conocido, pues lo que vulgarmente se llama creación es casi siempre desordenado, turbio y confuso. Estas ideas tan exactas, profesadas por uno de los talentos más originales que ha tenido el mundo, demuestran por una parte la sinrazón de los que censuran á Virgilio por haber pintado á Eneas como hombre y no como semidiós, conforme á un ideal inexacto de la humanidad, y por otra explican la grandeza de Homero y de las epopeyas verdaderamente nacionales. El célebre artista Schnorr, alegorizando la composición del poema de los Nibelungen, nos representa al poeta en medio de una muchacha rubia, coronada de encina, que con la inspiración de una sacerdotisa, acompañándose de su arpa, canta antiguas hazañas, y de una vieja con el huso en la mano y de semblante agradable, si bien gastado por la edad: felicísima concepción en que simboliza las dos clases de tradición en que bebe el poeta épico: una que, embalsamada y resguardada en las formas poéticas, se perpetúa casi intacta en la memoria de los pueblos, cual sucede con los antiguos romances caballerescos españoles, hasta tal punto que aquí en un desconocido valle de los Andes he oído á un inculto campesino recitar los de Bernardo del Carpio (que él llama *Bernardino Alcarpio*) y de los infantes de Lara; la otra que se va desfigurando hasta convertirse en cuentos caseros, ciencia con que el cariño de madres y abuelas entretiene al amor de la lumbre imaginaciones infantiles. En épocas de gran vigor nacional y uniformidad de costumbres y conocimientos, cuales deben encontrarse en la mañana de las razas, el genio se apodera de los cantos é historias del pueblo, que entonces es la nación, los compila, pule y unifica, y forma una obra que se gana todos los sufragios. Pero vienen tiempos de cultura y de desigualdad social; y entonces la poesía se parte en dos ramas; patrimonio la una del pueblo, suele descaecer por falta de esmerado cultivo, en tanto que la otra, docta, va siguiendo la dirección que le imponen los varios gustos y tendencias de la sociedad

educada; entonces ya no puede escribirse epopeya verdaderamente nacional, sino imitaciones de ella; pero no por eso debe menos el poeta procurar el deleite de la clase de lectores á quienes destina su obra, con medios análogos á los que emplearía en otras circunstancias para satisfacer á toda su nación. Así lo comprendió Virgilio, pues, al intentar la de su patria, vio que no podía granjearse la aceptación de aquellos para quienes había de escribir, que eran Augusto y sus cortesanos, sino valiéndose de las tradiciones poéticas que éstos conocían y vaciándolas en un molde nuevo; tomado su argumento, le era forzoso presentar las personas, los lugares, las costumbres con los mismos colores que ya tenían en la mente de sus lectores, so pena de faltar á la verdad del arte; y en esta evocación halló su genio recursos admirables, como el de la aparición de Héctor en la última noche de Troya, que no hace una impresión tan profunda sino porque nosotros ya conocíamos al valeroso hijo de Príamo, y le habíamos visto en el cuadro de Homero en la misma situación; de igual manera, no nos sintiéramos tan conmovidos del infortunio de Aqueménides, si ya no tuviésemos evidencia de la crueldad del monstruo Polifemo. Sólo hija del genio me parece aquella sabiduría que se apropia pormenores conocidos, los refunde, embelleciéndolos, junto con las creaciones propias en un plan original, pues el de la Eneida en nada se parece á los de Homero, y aprovecha para cautivar á sus lectores el conocimiento que de ellos tienen.

La imitación servil y estéril es la que merece el ceño de la crítica: nadie tildará de plagiarlo al que ideó el capitel corintio por ver el canastillo de flores entre las hojas de acanto, ni habrá fuerza de eruditos gigantes que arranque á Rafael su aureola de gloria porque imitó á Giotto en la Transfiguración.

Introducidos ya los lectores á la amistad de Virgilio, es tiempo de hablarles de la traducción, llamada á extender la simpatía de su nombre y la admiración de sus bellezas.

Suficientemente se han ponderado ya por otros las dificultades que ofrece una buena traducción. En efecto, las lenguas se diferencian unas de otras como los pueblos que las hablan, y saber una lengua es lo mismo que saber las ideas, la historia de una nación; y si este conocimiento se aplica á la interpretación de aquellos escritores que personifican una época, casi la vida de un hombre se necesita para adquirir la suma de erudición suficiente para desentrañar en todas sus partes el verdadero sentido. Logrado esto, resta todavía estar dotado de muchas cualidades poco comunes para transplantar una

obra nacida en otros climas sin que pierda su lozanía y vigor. Los preceptistas advierten que metáforas y expresiones naturales en una lengua son inaceptables en otra: en la Sagrada Escritura, por ejemplo, lo mismo que en los autores latinos, se toma *cuerno* por fuerza, pero nadie se atrevería á conservar la metáfora en castellano, como tampoco lo haría con el *arrectis auribus* y otras; pues fuera de algunas circunstancias, ó casuales ú ocultas, sucede que las lenguas se desarrollan por aquel lado hacia donde se deja llevar el pueblo á que pertenece; hojeando un diccionario árabe nos sorprende la infinidad de voces relativas al cuidado del ganado, á los camellos, á las palmeras y otros objetos del desierto, y toda la poesía y la conversación misma de esta raza va empedrada de alusiones á su vida ordinaria. Es cierto que, respecto al latín, la poderosa influencia que en el Renacimiento ejerció en las lenguas y literaturas de Europa, franqueó algo el camino á los traductores; pero como las lenguas romances nacieron de entre las ruinas de la civilización pagana, todavía han quedado muchas divergencias que pudieron decirse de origen social. Pero esta dificultad, que al cabo no reside sino en ciertos pasajes, es insignificante comparada con la que resulta de la diferencia orgánica de las lenguas: sintéticas las clásicas, dicen mucho en pocas palabras, condensan el pensamiento, y á veces sólo producen en el alma como una vibración que, multiplicándose, magnifique el concepto; analítica la nuestra, como lo son sus congéneres, todo lo define y particulariza, presentando la idea cual en un espejo para que en la mente de los demás se refleje ni más ni menos que se concibió en la de su autor; por lo cual hay el riesgo de desvanecer en castellano un cuadro que en latín ó en griego es vigoroso y enérgico, tál como si la misma cantidad de color se extendiese en mayor espacio de lienzo. Muchos traductores llegan á figurarse que el mérito de su trabajo ha de cifrarse en no omitir nada de cuanto sugiere el original, incluso los prefijos y expletivos y hasta las glosas de los comentadores: lo cual, vertiéndose de lenguas sintéticas á analíticas es, en mi sentir, un error gravísimo, como no sea que la traducción se destine tan sólo á los escolares para que aprendan sus lecciones, pues los que así hacen se vuelven tan difusos, que no hay paciencia que los sufra. Ni puede ser de otro modo: en los grandes escritores el pensamiento original se ha concebido en el ámbito de cierto período retórico, dentro del cual cada miembro tiene la extensión que exige su importancia con respecto al conjunto, y al ensanchar el período haciendo acaso resaltar accesorios muy secundarios en el

original, siente el ánimo como un vacío que le fatiga. Sucede, además, que las lenguas sintéticas ofrecen de por sí mayor campo á la exornación, y por eso es necesario muchas veces al pasar de ellas podar sabiamente el texto, no sea que en la traducción aparezca el pensamiento original ahogado entre un vicioso follaje. Como el punto es importante, trataré de esclarecerlo con algunos ejemplos.

Hé aquí cómo traduce Iriarte el

..... *Sequar atris ignibus absens* : (A. IV, 384)

..... Con negras llamas,

Como Furia, aunque ausente, he de seguirte ;

al leer esto se le figura á uno tener á la vista la edición *ad usum Delphini*, pues el *como Furia* y el *aunque* son pura glosa, y el todo es prosa pura, y mala prosa.

Cuando en el libro VI de la Ilíada dice Hermosilla :

Otórgame la vida, hijo de Atreo,
Y tu cautivo sea,

hace una exposición etimológica del verbo *Zógrei*, único que hay en el original, y contribuye á alargar el discurso de Adrasto, que ve sobre sí á Menelao con su larga pica.

El mismo traductor de la Ilíada dice en el libro XXII describiendo el trato que usó Aquiles con el cadáver de Héctor :

..... Los tendones

De ambos pies le horadó junto al tobillo

Detrás hacia el talón ; y atravesadas

Por la abertura sólidas correas

Hechas con piel de buey, detrás del carro

Le ató de modo que arrastrando fuese

La cabeza ;

prescindiendo de que Homero no dice, porque era innecesario, lo de *la abertura*, bastaba con *sólidas correas*, pues *hechas con piel de buey* (que está por un adjetivo que significa *boyuno*) introduce en la descripción una acción inoportuna, y ya que el traductor añadió por su cuenta el epíteto *sólidas*, no debía remorderle la conciencia quitar esotro ; además, aquellas señas de *junto*, *detrás* y *hacia*, aunque son del original, descaminan al más listo. Conservando la misma escabrosidad y prosaísmo en los versos, y sin omitir todavía nada del texto, pudo haberse dicho ahorrando dos renglones :

..... Los tendones

Abriendo de ambos pies entre el tobillo

Y el talón, le pasó duras correas,

Que ató al carro, dejando que arrastrase

La cabeza.....

Baste esto para comprobar lo de que una extremada fidelidad es una extremada infidelidad, y sirva también para conocer por qué en la traducción de Hermosilla aparece Homero como el escritor más flojo y descolorido.

Paso ahora á citar unos pasajes de la traducción del Sr. Caro en que oportunamente ha abreviado el original. En la pintura de Polifemo después de cegado por Ulises, hallo :

Hácenle sus ovejas compañía,
 Consuelo sólo de su adverso estado.
 (*Lanigeræ comitantur oves ; ea sola voluptas
 Solamenque mali. A. III, 660—I.*)

Veamos el bellísimo símil con que nos pinta el poeta el duelo de Orfeo por su querida Eurídice :

*Qualis populea maerens Philomela sub umbra
 Amissos quaeritur fetus, quos durus arator
 Observans nido inplumis detraxit ; at illa
 Flet noctem, ramoque sedens miserabili carmen
 Integrat, et maestis late loca questibus inplet.*

(G. IV, 511—15.)

De un álamo á la sombra Filomena
 Así sus hijos llora
 Que duro labrador, dentro del nido
 Mirando implumes, le robó en mal hora ;
 Y en la noche serena
 Repite allí en la rama
 Su endecha lamentable, y el gemido
 En ecos por los campos se derrama.

No creo engañarme al afirmar que aquí no se echa menos el *maerens*, ni el *amissos*, ni el *sedens*, así como tampoco daña la libertad de la última parte.

El verso, por más importancia que se dé á la forma, no es toda la poesía : las ideas, el lenguaje, el estilo han de tener tales condiciones que satisfagan el ideal de la belleza que existe ó se ha de evocar en las almas : escríbanse versos bien medidos, pero fofos, prosaicos, fríos, y es seguro que hasta métricamente parecerán malos ; á la inversa, buenas ideas, en versos desgarrados é incorrectos, perderán inmensamente. Como el lenguaje y el estilo poéticos no se corresponden literalmente de una lengua á otra, resulta que al traducir se destruyen los del original, ni más ni menos que el metro ; y si no se reemplazan ventajosamente, es decir, si el traductor no es también poeta para sentir como el autor, si no maneja su lengua como aquél la suya, escogiendo para cada idea la expresión más adecuada, perderá el trabajo de armar sus versos, y

mejor le fuera hacerlo en prosa ó escribir un comentario sobre el texto. Además, el verso es una expresión material de la poesía, y cuando en lo demás no corresponde á esta apariéncia, ofrece un contraste repugnante y desventajósísimo; entonces aquella fidelidad de que hablé arriba es mentida, pues se roban al poeta cualidades de tanta monta como la energía y el colorido.

Ya oigo que muchos al leer esta doctrina la tacharán de herética y vitanda; pero ha de recordarse que no es lo mismo una traducción poética, que una interlineal ú otra de aquellas en que se quiere dar una copia exacta de sólo las ideas del original, como si dijéramos, de un libro científico: la primera es una obra nueva en que se propone el poeta (que por fuerza ha de serlo) ofrecer el tema extranjero de suerte que agrade al lector, dando belleza por belleza, armonía por armonía. Me parece que con grande exactitud se ha comparado la labor de quien traduce á la del grabador que copia una pintura: el asunto es idéntico, los medios que emplea, diferentes; debe, pues, penetrarse de la concepción del pintor, y valiéndose de los recursos que le ofrece su arte, expresarla con energía y exactitud. El engaño de los que se empeñan en que una traducción ha de ser el mismísimo original, procede de la facilidad con que nos prendamos de la forma en obras extranjeras, sobre todo cuando las hemos leído antes de conocer bien la lengua en que están escritas; cosa naturalísima, pues no estando familiarizados con sus expresiones, ni estando éstas desgastadas para nosotros con el uso cotidiano, nos parecen mucho más expresivas y vigorosas; sin que deje de influír el particular deleite que, tras el fastidioso estudio de los elementos gramaticales, nos causa entender un pasaje, lo cual lo esculpe gratuitamente en la memoria, lo mismo que sucedería á un amante con la primera sonrisa que su amada le dio en pago de largos obsequios.

Por las muestras arriba dadas, si se tienen en cuenta las consideraciones precedentes, se habrá visto que la traducción del Sr. Caro, sin una supersticiosa sujeción á la letra, aun cuando lucha con estrofa tan artificiosa como la octava, es sumamente exacta y transparente con perfecta claridad las ideas del texto, sorprendiendo por dos circunstancias especialmente: la concisión del estilo y lo atinado de la interpretación. Para dar una prueba de la primera, no hallo manera más adecuada que comparar un pedazo con el correspondiente de otra docta y elegantísima versión, de la cual lamento no conocer sino una muestra, digna por cierto del ilustre y simpático nombre de su

autor, que lo es D. Fermín de la Puente y Apecechea, la cual ha excitado en mí un ardiente deseo de ver completa esta nueva obra con que el feliz y galano poeta entreteje el laurel de Virgilio á los que ya tiene ganados.

El pasaje es aquel famoso del fin del libro VI de la Eneida en que se hace el elogio fúnebre de Marcelo, y que produjo tan profunda impresión en Octavia. Dice el Sr. Apecechea :

Cuántos gemidos de ínclitos varones
Resonarán después por cualquier parte,
Desde el campo inmediato y sus legiones
Hasta la gran ciudad del propio Marte !
¡ Cuánta fúnebre pompa y libaciones,
Tíber, presenciarás al deslizarte
Junto al piadoso túmulo que, nuevo,
Los restos contendrá de ese mancebo !

No saldrá, no, de la raíz troyana,
Ni de latina gente mozo alguno
Que á tan alta esperanza eleve ufana
La altiva raza á quien persigue Juno.
No la romúlea tierra se engalana,
Cual con este mancebo, con ninguno :
¡ Oh piedad ! ¡ Oh fe antigua no perdida !
¡ Oh diestra, en guerra, por jamás vencida !
¡ Oh ! nunca nadie impune contrastara
Contrario en armas, su ímpetu en el suelo,
Si á pie las rudas haces asaltara,
O del potro excitara el noble anhelo !...
¡ Oh pobre niño !... si tu estrella avara
Romper lograras, tú serás Marcelo !...
Lágrimas dadme, dadme á manos llenas
Cárdenos lirios, blancas azucenas !

Dice el Sr. Caro :

Del Campo Marcio á la romana plaza
¡ Cuántos gemidos herirán los cielos !
Y si ya tu onda su sepulcro abraza,
¿ Qué, oh Tíber, no verás de acerbos duelos ?
Ningún mancebo de troyana raza
Tanto alzará, como él, de los abuelos
Latinos la esperanza ; hijo más bueno
Nunca otro criarás, Roma, á tu seno !
¡ Oh tipo de fe antigua y piedad rara !
¡ Oh, qué brazo invencible en lid guerrera !
Ninguno, si viviese, le retara
Impune, ó ya á pie firme combatiera
O caballo brioso espoleara.
Oh ! qué suerte llorosa no le espera ?
Mas si logras trocar males con bienes,
Tú un Marcelo serás, sombra que vienes !
Azucenas me dad con mano larga.....

La interpretación arguye un profundo conocimiento del texto, basado no sólo en el estudio de los más famosos comentadores antiguos y modernos, sino en investigaciones propias seguidas con la doctrina y sagacidad que exige la crítica moderna; así es que veo con gusto rechazadas interpretaciones que la filología ha convencido de falsas después de haber corrido con crédito por siglos, é introducidas otras que aclaran ó mejoran el sentido. Por ejemplo:

El *aristas* de la Égloga I, v. 69, se traduce en su significado propio, y no en el figurativo de *años*, que reprueban el contexto y la sintáxis.

El *nuper* de la Égloga III, v. 2, le toma rectamente nuestro traductor por *há tiempo*, acepción exigida por los adjuntos y comprobada con autoridades terminantes que pueden verse en Hand y Freund.

Desde el verso 250 del libro III de las Geórgicas se halla cambiado el orden de varios períodos, para conseguir una gradación más natural en la enumeración de los efectos producidos por el amor en los animales y el hombre. Aquí parece que el traductor ha seguido la sugestión de Ribbeck.

El pasaje que comienza en el verso 197 del libro VI de la Eneida se traduce muy acertadamente como si el punto viniese después de *pascentes*, lección autorizada por el códice Mediceo, según le cita el propio Ribbeck.

Como muestra de interpretaciones propias del Sr. Caro, citaré tan sólo la siguiente: sabida es la discordancia que desde Servio y Donato ha habido sobre el sentido de la expresión *nec cedit honori ú honore*, como leen otros (A. III, 484); pues bien, él traduce “excusando cumplimientos vanos”, lo cual tiene en su favor que la misma acepción de *honos* ocurre diez versos antes en un lugar que parece hacer juego con el citado: en efecto, primero habla Heleno á Anquises con mucha ceremonia y respeto, oficialmente, digamos, como sacerdote de Apolo (*multo compellat honore*); luégo Andrómaca, viendo en Ascanio la viva imagen de Astianacte y conmovida con la idea de una separación eterna, *excusa cumplimientos* y le hace afectuosos regalos.

Al llegar aquí y antes de pasar adelante, pido perdón á los lectores por este trozo de literatura pesada, que no me he animado á introducir sino con el fin de que las personas que no se han consagrado á estos trabajos juzguen por esta brevísima enumeración cuántas dificultades se ofrecen en ellos, y se convenzan de que la traducción de un autor clásico no es un liviano pasatiempo.

El lenguaje del Sr. Caro es de lo más esmerado y correcto. Comprendiendo muy bien que no debía buscar una popularidad inasequible, según arriba apunté, ha estudiado y ricamente beneficiado nuestros clásicos así antiguos como modernos, y en su traducción ofrece una muestra abundantísima de todo el caudal de la lengua, presentándola con las magnificencias del pasado y al propio tiempo enriquecida con sus recursos actuales. El traductor de Virgilio no es en su lenguaje un poeta del siglo XIX; en su obra se encarna todo el período corrido desde Garcilaso hasta hoy, es decir, la lengua castellana en su virtual copiosidad y elegancia. Quizá sería objetable esta vasta comprensión del idioma en fugaces inspiraciones ó sentidos desahogos personales; pero en un libro que no pertenece á nuestra época ni á nuestra civilización, sino que antes bien debe mirarse como un monumento de la musa hispánica á la latina, me parece muy justo que se haga alarde de las creces y mejoras que en manos de la hija ha recibido la herencia materna. Por otra parte, esta veneración al pasado de nuestra lengua corresponde gloriosamente en Hispano-América á los esfuerzos que en el presente siglo han hecho los pueblos para avivar el sentimiento nacional con el estudio de la propia literatura y la vulgarización de sus grandes escritores, y contrarrestar así preponderancias extranjeras servilmente acogidas por la moda. De ahí resulta, como lo ha notado Marsh, que los estudios gramaticales y filológicos, en lugar de ser como en la edad de hierro de la literatura romana, señal del agostamiento del ingenio, son ahora prenda de vigor y fianza de renacimiento; fuente de pureza y abundancia ha sido para el alemán la investigación y conocimiento de sus antigüedades, según el testimonio de Federico Schlégel, y el mismo resultado vemos conseguido en castellano con los esfuerzos de Capmany y Quintana.

Lenguas que como la nuestra y la inglesa extienden su dominio por comarcas vastísimas, requieren para su nivel y conservación el constante estudio de unos mismos autores universalmente reconocidos por clásicos, en cuyas obras, cual en amplias cisternas, se hallan recogidos sus más puros raudales para reparo de las fuerzas que cada día se pierden. Por esto para el lenguaje literario se requiere un tipo más elevado que el habla de cierta época y de cierto lugar; y ése nos lo suministran los grandes maestros de nuestra edad de oro, con las modificaciones que ha exigido el nuevo espíritu de los tiempos actuales. No de otra manera, pues, que el estatuario se desentiende de las modas corrientes, y para sus obras busca en las

edades pasadas un vestido libre de la veleidad de aquéllas, el escritor que desea dejar una *posesión para siempre*, como Tucídides por un presentimiento confirmado por los siglos dijo sería su historia, debe tratar de ganar para sí la admiración conquistada ya á los doctos por aquellas obras que son como el núcleo de la literatura á que pertenecen.

Fuera de esta riqueza de voces, expresiones y giros, que están guardados pero no destruídos, y por lo mismo dan al estilo majestad y, aunque parezca paradójico, le comunican cierta frescura y novedad, introduce el Sr. Caro algunos arcaísmos. Pero debe notarse que no hay que llamar anticuada una voz sino cuando el uso universal la haya reemplazado con otra; ni tampoco puede tildarse de arcaico un giro ó expresión sino cuando los elementos de que se compone no comportan ya el sentido que tiene el conjunto: además, puede éste como aquélla pertenecer al lenguaje literario y no al familiar; dígalo, por ejemplo, la frase *poner olvido*, que no sé la emplee nadie en la conversación ni en la prosa diaria, y sin embargo gusta tánto en Fray Luis de León como en el Sr. Caro.

Veamos algunos ejemplos de oportunos arcaísmos:

Si, hiriendo ociosas ramas,
El asombrado campo no despejas,
Ni con voto eficaz la *pluvia* llamas,
Triste! con sesgos ojos de vecina
Heredad mirarás la parva enhiesta,
Y tu hambre en la floresta
Aliviará la sacudida encina

(Tomo I, pág. 83);

pluvia es forma más suave que *lluvia* y evita la concurrencia de dos elles.

El enorme dragón acá se espacia
Y por medio y por cima de las Osas

(Ibíd. pág. 89);

la repetición de la *y* imita felizmente el giro latino, conservado también en italiano y en francés, y tiene sobre el uso común de poner una sola vez la conjunción la ventaja de dar á los dos miembros unidos igual importancia, para que el segundo no aparezca como un apéndice.

Bañados con aceite reluciente
Las desnudas espaldas, y *ceñidos*
Con ramaje de álamo la frente,
Al banco acuden los demás, fornidos

(Tomo II, pág. 208);

el empleo de los participios como activos, conforme también con otras lenguas, sobre enérgico, es aquí oportuno, porque llama desde el principio la atención al sujeto de la frase, y le pone en acción.

En esto, pues, se ha seguido el ejemplo del propio Virgilio, quien formó su lenguaje sobre el de Enio, Lucrecio y demás que le precedieron, y si bien le pulió y suavizó admirablemente, todavía dejó muchos vocablos y modos de hablar que en su tiempo ya no corrían. El poeta latino hubo también de ser gran neologista, y aunque los cálculos que á este propósito hacen hoy sus comentadores no pueden menos de ser inexactos, es posible que, como algunos lo entienden, su amigo Horacio salió á su defensa por los cargos que con este motivo se le hacían, cuando dijo :

¿ Quid autem
Caecilio, Plautoque dabid Romanus, ademptum
Virgilio, Varioque ?

El Sr. Caro ha imitado también en esto á su autor, con menos libertad, eso sí, por razón de la diferencia en que para uno y otro se ha encontrado su respectiva literatura.

No quiero dar fin á este escrito sin manifestar el realce que cobra la traducción del Sr. Caro, si se tiene en cuenta lo impropicio de las circunstancias en que se ha trabajado. Las letras y las artes nunca florecieron sino donde pueblos ó gobiernos las alentaron. Sabido es que todo país pobre y nuevo, hallándose en presencia de la grandeza y prosperidad de otros, convierte sus esfuerzos á igualárseles en lo que más á las claras se presenta á su vista, que es la riqueza y las comodidades; los capitales representan un afanoso trabajo que no ha permitido á los dueños consagrarse á las letras, y por tanto éstas no tienen cultivadores sino pobres y en corto número, ni más estímulo que un corto y estéril aplauso. Agrégase á esto que la lejanía de los grandes centros literarios dificulta sobremanera la adquisición ó consulta de buenos libros, no menos que el continuado seguimiento del rumbo que toman los estudios y la noticia de los múltiples adelantos con que cada día se ensancha el saber humano. Esto precisamente sucede por desgracia en nuestra patria, de suerte que, en vez de haber estímulo, hay obstáculos positivos en la carrera literaria, y por lo mismo mayor motivo de admiración ofrece el libro del Sr. Caro, pues son superiores á todo elogio su perseverancia para dar cima á una obra colosal aun si dispusiera de recursos europeos, y la gran copia de erudición que deja ver no sólo en pun-

tos exclusivamente relacionados con la interpretación del texto, sino en todos los ramos colaterales de la filología; en lo cual presenta un nuevo título á la pública estimación, pues no es poco timbre en estos tiempos de frío positivismo la abnegación de consagrar la vida á lo que el mundo nunca llamaría una *buena empresa*, dándose á las letras no como á una provechosa especulación, sino como á un culto puro y desinteresado. ¡Envidiable dicha la que con tamaña laboriosidad y grandeza de alma ha logrado nuestro compatriota! Yo por lo menos no adivino otra mayor que, salvados apenas los términos de la juventud, ganar un nombre que, apareado con los de León, Delille, Dryden y Voss brillará por siempre en el monumento que la admiración de los siglos ha levantado al más dulce, al más cristiano poeta de la antigüedad gentílica.

R. J. CUERVO.

CARTA DEL SR. CARO

SR. D. JUAN ANTONIO ZULETA, DIRECTOR DE "LA NACIÓN".

Mi querido amigo:

Sorprendido primero, y abrumado luégo, por el número extraordinario de LA NACIÓN que Ud. dedicó ayer á honrar mi humilde persona, no encuentro términos adecuados para corresponder á su mucha bondad.

Sólo sabré decirle que la agradezco con toda el alma, y que la agradece de igual modo mi familia; y al mismo tiempo, por medio de estas líneas, presento la expresión de mi profundo reconocimiento á los respetables miembros del Congreso Nacional y de la Magistratura, á los jóvenes y ya distinguidos profesores y abogados de excelente escuela, á los dignos y numerosos representantes de la industria y del trabajo honrado y fecundo, y á todos los compatriotas que han tomado parte en esta espléndida manifestación.

Y por lo mismo que la estimo en lo mucho que vale, y que no quiero hacerme indigno de la parte que de ella me corresponde, acepto cordialmente las amistosas felicitaciones, y como intermediario refiero el honor de la ovación á la causa á que pertenezco. No sirve á intereses personales ni adula á las pasiones una pluma doctrinaria; y en la aprobación pública

que se le ha dispensado en los momentos en que impugna una superstición política que todavía fascina á algunos, recibe desinteresado homenaje la verdad que ella defiende.

La gloriosa transformación de la República es obra de más de una generación, final resultado de los esfuerzos y sacrificios de muchos que murieron en la demanda, y de otros que felizmente sobreviven y ocupan hoy los puestos debidos á sus méritos.

Pero estos esfuerzos, aunque apoyados por robusta opinión tradicional y popular, se perdían antes en tentativas imprudentes, ó se agotaban en estériles luchas, por andar disgregados los buenos elementos, y chocar á las veces entre sí los que debieran coligarse para un fin común; faltaban organización vigorosa, jefatura unipersonal no discutida, y severa disciplina, condiciones que resultan del dón de gobierno, en quien dirige, combinado con la virtud de la obediencia en los que siguen una bandera, y sin las cuales no se alcanza conquista política ninguna, y con ellas alcanzada, no se conserva tampoco si tornan á faltar. ¡Pluguiese á Dios que nunca olvidásemos esta verdad comprobada por hechos que todos recordamos! Llegó al fin el hombre providencial, que reunió los dispersos elementos, bien que no sin vencer grandes dificultades, organizó el Partido Nacional, y llevó el sentimiento público, como soplo de vida, á las leyes fundamentales de la Patria reconstituída.

En esta magna labor, ilustrada por hechos heroicos y consagrada por víctimas preciosas, yo he ocupado un lugar bien secundario; y si algún mérito tengo es únicamente el de haber concurrido á la defensa común, como anónimo voluntario de la prensa, sin vocación ni ambición política. La paz es el fin de la guerra; y nada deseo yo tanto como la concordia de los ánimos, que no es la inercia de las inteligencias, sino su actividad en el bien, la adopción de bases axiomáticas, para que las controversias no sean combates por la existencia, sino honrada investigación de la verdad, y noble emulación científica, madre de todo verdadero progreso. Empléese la libertad amplísima que hoy se concede, en inquirir y discutir todo lo que cae bajo el dominio propio del entendimiento; pero no se abuse más de ella para atacar los fundamentos de la sociedad en que vivimos, y de la autoridad legítima, que es su necesario complemento. Cese la necesidad de estar en la brecha para rechazar día y noche las negaciones radicales que amenazan con reacciones de barbarie; y entonces, bajo el seguro reinado de la paz, lograré el descanso que anhele, llevando conmigo LA

NACIÓN de 10 de Noviembre de 1888 como honroso florete de retiro de la campaña periodística.

Ud., que con tanta lealtad y brío ha servido á esta misma causa, tanto aquí como en el extranjero, sabrá apreciar la sinceridad de estos sentimientos, y de los votos que hace por su dicha quien se repite de Ud. afectísimo agradecido amigo y compañero,

MIGUEL ANTONIO CARO.

Bogotá, 11 de Noviembre de 1888.

UNIVERSIDAD

EAFFIT



Sala de Patrimonio Documental

ADHESIONES

AL HOMENAJE TRIBUTADO POR "LA NACIÓN" AL SR. D. MIGUEL A. CARO

CARTA

DEL ILMO. SR. ARZOBISPO

Bogotá, Noviembre 15 de 1888.

SR. DR. D. JUAN ANTONIO ZULETA, Redactor de LA NACIÓN.

Sr. Redactor :

Se me dice que Ud. me buscó para pedirme algunas palabras para el número del periódico que dedicó Ud. á pagar tributo de honor á los múltiples méritos del ilustre colombiano D. Miguel Antonio Caro, en ocasión del aniversario de su natalicio. Doloroso me ha sido más que los males físicos que me habían hecho salir de la ciudad, el que á causa de dicha ausencia no hubiera podido yo en ese día y en el número de su periódico manifestar á Ud., á la Nación y á cuantos fuera del país admiran las dotes intelectuales y morales del Sr. Caro, no ya mi personal amistad antigua y honda y cada día creciente, fundada en el conocimiento que de sus serias virtudes tengo de largo tiempo atrás adquirido, sino mi gratitud en mi carácter de Metropolitano de Colombia por la fe honda y práctica, por el valor á toda prueba y la alteza de miras, que siempre ha mostrado en su carrera pública tan temprano empezada, y especialmente al demoler el edificio de oprobio que levantaron, apoyado en constitución y leyes impías, quienes creyeron que se podía legislar sin Dios y en su contra y en contra de su Cristo y de su Iglesia; y al erigir hoy ese monumento armónico, apoyado en la justicia, iluminado por la verdad, protector de todo interés legítimo, que se llama la Constitución de

1886. Sin quitar nada á ninguno de los que con él trabajaron en esa grande obra, á él correspondió haber sido el campeón, el luchador, el unificador y condensador de todos los elevados principios que allí ponen las bases de una sociedad verdaderamente cristiana y por lo mismo ordenada. Hoy habrá quién eso mire como vergonzoso retroceso; pero llegará el día y no tardará, en que las naciones que no quieran volver disueltas á la barbarie, han de tomar nuestra Constitución como norma de las suyas. La Constitución por lo mismo ha de inmortalizar á Caro, ya por tantos títulos inmortal en el campo de las letras, y en el de los polemistas católicos, y hoy en el de los sabios en ciencias políticas, sociales y económicas. ¡ Qué bien sientan esas glorias sobre una de las frentes más modestas que he conocido en mi vida! ¡ Ah! él no sabe, porque sabe que la adulación no cabe en mí, con cuánta ternura le bendigo, cada vez que le veo salir á la palestra, armado de todas armas, pero humilde y sencillo, no para lastimar al enemigo sino para derramar torrentes de luz sobre cuestiones arduas, y formar de ese modo el criterio cierto y claro que necesitan las inteligencias para no ser extraviadas en puntos de importancia moral, civil y religiosa. Él es el adalid en Colombia de Cristo y de su Iglesia. Por esto en mi corazón de Arzobispo tiene un trono que hace tiempo le levantó mi gratitud; y estoy seguro de que al hablar así, habla conmigo todo mi clero que lo admira y ama, y habla también la juventud generosa y el pueblo fiel, como se ve en los sueltos por Ud. publicados y leídos por mí con enternecimiento en el citado periódico. Si para Colombia el Sr. Dr. D. Rafael Núñez es el hombre providencial que destronó y arrojó de este suelo la anarquía demoleadora y sacó del abismo la nave del Estado, no es menos providencial el Sr. D. Miguel Antonio Caro, en quien Dios ha puesto la luz del genio, la fuerza que nada teme, y la decisión por la verdad, que son necesarias para guiar á los pueblos á su moral grandeza. Estos dos egregios hombres se comprenden y se respetan, no se envidian; y se aman, y de acuerdo trabajan por fundar la sociedad sobre bases incommovibles.

Más que en mármol ó en bronce que al fin inutiliza el tiempo, la gloria que se han conquistado quedará en la historia de América para ejemplo y estímulo que no han de morir.

Sírvase Ud., Sr. Redactor, acoger estas líneas en su periódico y aceptar mis consideraciones.

† JOSÉ TELÉSFORO,

Arzobispo de Bogotá.

MIGUEL A. CARO

Todas las grandes transformaciones tienen precursores. De la que se ha realizado en Colombia en los últimos años lo ha sido el Sr. D. Miguel A. Caro por medio del periódico *El Tradicionista*, cuyo correcto estilo y nítido lenguaje todos ó casi todos admiraron, pero cuyas ideas fundamentales parecieron á muchos inaceptables por atrasadas. El que escribe estas líneas fue de los pocos que prestaron seria atención á esas ideas como asunto digno de examen, en circunstancias de hallarse ya convencido (encontrándose en Europa) de que aquí se había errado completamente el camino, tanto en política como en letras.

El Tradicionista, no obstante su moderación ejemplar, fue violentamente suprimido, en 1876, por un Gobierno que se llamaba liberal.

Él resucitó entero en la Constitución de 1886, aunque el Sr. Caro no ha ejercido ni autoridad oficial ni ha esgrimido espada.

Los dioses paganos se fueron para nunca volver.

Pero la obra íntima, invisible del Sr. Caro, vale más todavía, por haber sido de irradiación, de fe. La Historia en sus profundidades siempre puede revelar secretos resortes como causa principal, ó muy importante, de grandes acontecimientos. Octavio, por ejemplo, es inseparable de Agrippa como vencedor en Actium y fundador del Imperio Romano.

Cuando una pluma imparcial y competente narre con filosofía los hechos extraordinarios de la Regeneración de Colombia, tendrá que señalar en ellos al Sr. Caro el puesto más culminante.

RAFAEL NÚÑEZ.

Cartagena, Noviembre 10 de 1888.

Del número 322 de LA NACIÓN, correspondiente al 13 de Noviembre de 1888, tomamos lo siguiente:

Las numerosísimas felicitaciones que hemos recibido por el número de 10 de Noviembre, dedicado al Sr. D. Miguel A. Caro, nos prueban que hemos sabido interpretar los nobles sentimientos de los amantes de las glorias patrias, expresados ya por toda la República, cuando había declarado por medio del plebiscito del *Papel Periódico*, que el Sr. Caro era el colombiano más distinguido. Muchas personas han manifestado que ellas hubieran firmado gustosísimas alguna de las manifestaciones publicadas en dicho número, de lo que estábamos seguros; pero la premura del tiempo de que se disponía para

prepararlo, no permitió á los que se encargaron de hacerlas firmar, el solicitar muchas otras firmas.

FELICITACIÓN

Tunja, 19 de Noviembre de 1888.

SR. DR. MIGUEL A. CARO.

Correo de hoy trájome LA NACIÓN del 10 de Noviembre, consagrado á vos, que leí con verdadero júbilo. Adhiérome entusiasta á las manifestaciones que os hacen miembros del Congreso, artesanos, jóvenes distinguidos y respetables patriotas. Recibid, pues, la calurosa felicitación de vuestro admirador y compatriota,

BELISARIO LOSADA.

Del *Correo de las Aldeas* cortamos el siguiente suelto:

LA NACIÓN ha celebrado el natalicio del Sr. D. M. A. Caro (10 de Noviembre de 1843) con la circulación de un número extraordinario, adornado con un magnífico retrato y las felicitaciones de muchos ciudadanos, jóvenes, artistas y Senadores. Reproduce varios juicios de sus obras poéticas, en los cuales se leen las firmas de D. José Caicedo Rojas, D. Marcelino Menéndez y Pelayo, D. Enrique Piñeiro, D. Pedro Antonio de Alarcón, D. Pedro F. Madrid, D. Carlos Holguín, D. Miguel Cané, D. Cecilio Acosta, D. Juan M. Gutiérrez, y al pie de un artículo titulado *Miguel A. Caro, poeta*, la del Redactor de LA NACIÓN, Sr. D. Juan A. Zuleta.

Este obsequio de amistad, es al mismo tiempo justísimo homenaje debido á las prendas que adornan al Sr. Caro, á los importantes servicios que ha prestado á la causa católica, á la del orden, á la de la literatura, y á sus exquisitas dotes como prosista, como traductor, como poeta. El *Correo de las Aldeas* une complacido sus aplausos á los de LA NACIÓN.

De *La Unidad* de Tunja tomamos lo siguiente:

D. MIGUEL A. CARO

Un entusiasta y lucido artículo editorial. Varias manifestaciones, firmadas por Magistrados, Senadores, Representantes, jóvenes de los más distinguidos de Bogotá, Jefes militares, artesanos (ésta con más de 300 firmas), en fin, por los hombres más prominentes en las letras, la política, el foro, la

milicia y en las artes.—Un artículo MIGUEL A. CARO, *Poeta*, en el que se muestran las bellezas que encierran sus poesías.—Un sentido recuerdo de D. J. Caicedo Rojas, en el que transcribe lo que el insigne Vergara y Vergara dice sobre “aquella rara dinastía (la de los Caros), en la que la Musa lírica viene á ser un numen familiar y casi un deudo”.—Transcripciones de los conceptos en que manifiestan la alta opinión que sobre él tienen D. Marcelino Menéndez y Pelayo, D. Gaspar Núñez de Arce, D. Manuel Cañete, D. Antonio Rubió y Lluch, D. Juan Valera y D. Pedro A. de Alarcón (españoles), D. Aristides Rojas (venezolano), D. Enrique Piñeyro y D. Rafael M. Merchán (cubanos), D. Martín García Mérou y D. Miguel Cané (argentinos).—Una honrosa carta de D. Pedro Fernández Madrid, del año de 1871—y varios encomiásticos estudios sobre la traducción de Virgilio y un magnífico retrato grabado por Rodríguez. Hé aquí el brillante obsequio que hace el Sr. Redactor de LA NACIÓN á D. Miguel A. Caro el 10 de Noviembre, cuadragésimoquinto aniversario del día en que le plugo á la Providencia traer al mundo á este egregio defensor de la buena causa, á quien, en asocio del Dr. Núñez, debe más la Regeneración en Colombia.

LA UNIDAD, que se asocia en un todo á las manifestaciones de gratitud y admiración que al Sr. Caro se le tributaron, siente no poderlas insertar siquiera en su mayor parte.

En los números siguientes de nuestro estimable colega encontramos las dos importantes cartas, que no podemos prescindir de insertar á continuación.

(Aquí inserta el periódico expresado las cartas de que ya tienen conocimiento los lectores de LA NACIÓN, firmadas por el Ilmo. Sr. Arzobispo de Bogotá, la una, y por el Sr. D. Miguel A. Caro, la otra.)

JUSTO TRIBUTO

(De *El Tolima* de Ibagué)

El Sr. D. Juan Antonio Zuleta, actual Director de LA NACIÓN, dedicó un número especial de este distinguido y excelente periódico á honrar los merecimientos del Sr. D. MIGUEL ANTONIO CARO, que se destaca hoy como astro luminoso en el cielo de la Patria.

En esa edición están representadas todas las clases sociales, rindiendo la merecida ovación al que tan bien ha interpretado los deseos y sentimientos de la Nación en la reciente gloriosa transformación llevada á cabo.

El Ilmo. Sr. Arzobispo, Dr. D. José Telésforo Paúl, esa lumbrera de la Iglesia colombiana, ha venido á completar el cuadro, irradiándolo con luz más bella en la expresiva carta que se registra en el número 323 de dicho periódico.

Nosotros, aunque colocados en escala demasiado inferior, es decir, desde el último puesto, también unimos nuestras felicitaciones al coro de los que las han entonado, siquiera sea para que no falte en el concierto la voz del último soldado.

Y fuerza es que transcribamos aquí la carta con que el ilustre Sr. CARO da las gracias por la manifestación de que ha sido objeto.

(Aquí pone *El Tolima* la carta que conocen nuestros lectores.)

FELICITACION

Sr. Dr. D. MIGUEL A. CARO.—Bogotá.

La justa ovación de que ha sido objeto vuestra eminente y simpática personalidad, en el número 321 del periódico *LA NACIÓN*, nos ha causado la más viva y legítima complacencia, porque aquellos de vuestros compatriotas de esa capital, que tuvieron la feliz inspiración de rendiros tan espléndido homenaje, han interpretado los sentimientos de que se hallan animados todos los que admiramos en vos al sabio profundo y al virtuoso ciudadano de indiscutibles merecimientos para con la Patria, que se precia de contaros en el número de sus hijos distinguidos; pues que la colmáis de honra y de fama en el mundo de las letras, en las controversias de la política, en los debates parlamentarios y en las polémicas de la prensa, sin esquivarle nunca el valioso contingente de vuestra preclara ilustración, siempre que ha necesitado que vuestra palabra ó vuestra pluma brillen para enseñar las sanas doctrinas ó para sostener los principios tutelares de la sociedad.

Servíos, señor, incluir nuestros nombres entre los signatarios de las espontáneas y públicas manifestaciones que se os han dirigido, y aceptar el testimonio de nuestra especial y sincera estimación.

Cartago, 28 de Noviembre de 1888.

Anselmo Soto Arana, Eudaldo Soto A., Marco A. Quintero D., Pedro Cerezo G., Jesús M. Zorrilla, Carlos Hoyos R., José Ignacio Ramírez, Pablo Herrera, Ramón Vélez P. Pastor Mendoza, Juan N. Pinto, Benjamín Lucio, Federico Morales, Joaquín Emilio Botero, José Pío Durán, Fidef

Abadía Méndez, Vicente Meléndez, Elías Recio, Salomón Aragón, Ezequiel García, Gabriel Martínez M., Daniel Sanz, Julio Jaramillo R., Wenceslao Bueno, Manuel Vicente Estrada, José Arana, Manuel José Feijoo, David Martínez S., Alejandro Méndez, Hermenegildo Méndez, Judas T. Escobar, Uladislao Navarro, Roberto Pino, Francisco María Delgado, Otoniel Arana, Agustín Quintero B., Alcides Herrera H., Fortunato Buenaventura, Lisandro Torres R., Ulpiano Angel, Aurelio Mazuera, José María Mondragón, Benjamín Moriones, Federico Rivera D., Lisímaco Delgado, Nicolás Durán L., Milcíades Anfía, Clodomiro Jordán G., Manuel Martín Ortiz, Rubén Vernaza, Benjamín Rivera, José Antonio Delgado, Miguel Gamba R., Vicente Romero D., Tiberio Cadavid, Domingo Recio, Lino Rafael Galindo, Ezequiel Campo M., Vicente Montaña, J. Crisóstomo Lucio, Pedro Sanz Rivera, Nicolás Méndez S., Eustaquio Bonilla, Jorge Martínez, Justiniano Romero, Joaquín Gálvez, Hipólito Lizalda R., Camilo Melo, Julio Rivera, Carlos N. Rosales, José Ignacio Abadía, Julio A. Rojas, Tomás R. Quintero, Pascual Roche L., Francisco Gamba, Ramón Antonio Delgado, Mariano Mercado, Nicolás Durán M., Primitivo Buenaventura, Pablo A. Bueno, Francisco Zamora, Remigio Vinasco, Mario García, Agustín Payán, Ramón Antonio Grajales, Alejandro Concha P., Carlos A. Copete, Mauro Delgado, Custodio Sanz, Ramón Ignacio Buenaventura, Pedro T. Delgado, José Antonio Martínez, Napoleón Estrada, José León Bermúdez, Miguel J. García, Leandro Rayo, Estanislao Vélez Soto, Gaspar Arce S., Sebastián López, José María Vinasco R., Jesús María Bueno S., Francisco Meneses, Jesús María Martínez, Marco A. Mondragón, Milcíades Betancur, Francisco Ayala, Juan de Dios Aguado, Camilo Aguilar, Santiago Restrepo, Nicolás García, Elías Rentería, Ricardo Jimeno, Basilio Ramírez, José Bruno Arenas, Gonzalo Gutiérrez, G. Rentería T., Joaquín Gregorio Delgado, Jesús María Estrada, Isaac Rentería, José Galindo, Carlos José Vélez O., José María López, Ramón Saavedra O., Leopoldo Rubiano, Francisco Jordán B., Evangelista Sanz, Ramón Delgado R., Aquilino Cerezo, Apolinar Polanco, Gabriel Castillo, Adolfo García, Benjamín Delgado M., Joaquín Lasprilla, Rubén Rivera, Pedro Alejandrino Ayala, Jesús Cerezo, Ignacio Herrera, Marciano Rivera L.

Sala de Patrimonio Documental

Barranquilla, 30 de Noviembre de 1888.

SR D. JUAN ANTONIO ZULETA.—BOGOTÁ.

Muy estimado amigo :

Cuánto me es grato escribir á Ud. para felicitarlo por el noble pensamiento que tuvo de consagrar el número 321 de LA NACIÓN, correspondiente al 10 de este mes, á festejar el aniversario del natalicio del insigne y benemérito D. Miguel Antonio Caro, pues que eso y mucho más merece el gran escritor colombiano, cuyo nombre llena hoy los espacios del saber. Ingenuamente le digo, mi amigo, que todo lo que en honor de este eximio sujeto se refiera, me llena de regocijo y de entusiasmo como de cosa propia : de tal manera ligan las excelcitudes de la Patria. Es tal la fuerza de simpatía que la

completa uniformidad de ideas establece en las almas, que trasciende á largas distancias, y á esto debo la que siento por el señor Caro.

De tiempo atrás, desde que él empezó á figurar en la prensa, vengo notando, como si él me adivinara, esta exacta y muy completa unidad de ideas. Casi con orgullo veo ahora que fui uno de los que llevaron su voto al lamentado Director de *El Papel Periódico*, proclamándolo como uno de los más notables ciudadanos, lo que nadie osa dudar hoy; pero contuvo mi verdadera expresión el temor de causar impresión desagradable, pues que mi pensamiento fue aplicarle el superlativo y decir “el más notable”. Y en efecto, cuando pienso en la energía moral de sus convicciones, lo redondamente ajustadas que son á los principios que defiende luminosamente, más me afirmo en aquel voto, y con respecto á su esencia, al íntimo parecer que infirma, me trae á la memoria aquel voto con que el Libertador se expresó del General Sucre al dar cuenta á la Nación de dejar instalado el Congreso admirable, bajo la Presidencia del más digno General de Colombia, que engendró con tal elogio celos de parte de algunos personajes políticos de aquellos tiempos; pero tengo la ventaja de que mi parecer, humilde y escondido, no puede despertar los celos que la olímpica palabra del Libertador. Hay en el país otra eminencia literaria y política que podría llamarse á tal sentimiento, si fuera capaz de sentir los aguijones de la envidia, y sobre tales miserias y flaquezas está el alma del Excmo. Sr. Presidente titular de Colombia, Dr. Rafael Núñez, orgullo de una raza, quien es el primero en reconocer los méritos del Sr. Caro, su hermano en letras y merecimientos, como dos almas templadas bajo el mismo crisol, se comprenden y se aman sin reservas, unificadas en el culto sagrado de la Patria y del deber, y la historia contemporánea llevará estos nombres unidos á los resplandores de unas mismas idénticas glorias.

Quedo de Ud. afectísimo antiguo amigo,

ELOY J. MOLINO.

HOMENAJE AL SABER

(Del *Boletín* de Curazao)

LA NACIÓN de Bogotá, cuyo Director y Redactor actual es el Sr. D. Juan Antonio Zuleta, notable escritor colombiano, á quien otras veces hemos tenido el gusto de referirnos en

estas columnas, dedicó su número 321, correspondiente al 10 de Noviembre próximo pasado, á rendir un homenaje de respeto y estima al Sr. D. Miguel Antonio Caro, que cumplía ese día 45 años de edad: las cuatro grandes planas del periódico están todas llenas de manifestaciones particulares, brillantes escritos y juicios literarios muy valiosos en honor del Sr. Caro. Aparece allí una importante crítica del mismo Sr. Zuleta, en que el Sr. Caro es juzgado como poeta: esa sola pieza bastaría á la reputación literaria de su autor, si ya no la tuviese conocida.

En esas mismas columnas hemos releído con mucho gusto los conceptos de grandes escritores americanos y españoles, entre otros de Cecilio Acosta, que fue muy admirador de Caro, publicados antes en obsequio de justicia al mérito de este eminente literato colombiano.

Dejando aparte lo que en la política del momento pueda significar esa manifestación, por ser ese un terreno que en absoluto nos es vedado, y abstrayéndonos de toda circunstancia ó interés transitorio, nos regocijamos altamente de ver así honrado el gran talento, la vasta ilustración y las definidas convicciones de un hombre de letras tan ilustre ya, como lo es el Sr. D. Miguel Antonio Caro, conocido en la República literaria como erudito, como lingüista, como poeta y como un prosador eximio, que puede competir con los más castizos de España, y que es, por tanto, honra de las letras americanas.

D. MIGUEL ANTONIO CARO

Barcelona, 5 de Febrero de 1889.

SR. D. JUAN A. ZULETA, DIRECTOR DE "LA NACIÓN".—BOGOTÁ.

Señor de todo mi respeto y aprecio:

Al leer el número extraordinario de LA NACIÓN de 10 de Noviembre de 1888, dedicado á mostrar las simpatías y la respetuosa consideración que el pueblo colombiano en general siente por nuestro común amigo el Sr. D. Miguel Antonio Caro, experimenté vivísimo placer por la merecida honra que se le hacia, pero al propio tiempo cierto disgusto, nacido de no poder tomar parte, yo, el último de sus amigos, mas no el menos entusiasta de sus admiradores, en aquel plebiscitario homenaje de aprecio, tan caluroso como sincero. Bien es verdad que Ud., con delicada atención que jamás agradeceré bastante,

unió mi obscuro nombre en aquel magnífico número al de tan egregio patricio y escritor, prez de Colombia, con quien me pusieron hace años en comunicación mi buena fortuna y la amistad de Menéndez Pelayo. Empero deploré vivamente que mi tributo fuera de todos el más insignificante, y que la larga distancia que nos separa me hiciera de todo punto imposible acudir con otro de mayor valer con la oportunidad debida, y lo deploré tanto más cuanto los motivos de gratitud que para con el Sr. Caro me obligan, así como los de sincera admiración, quizás no pueda ostentarlos iguales ninguno de los escritores castellanos que con su trato se enorgullecen.

El acertado pensamiento de Ud. de publicar en un cuaderno ó folleto aparte cuanto vio la luz en el número de LA NACIÓN de 10 de Noviembre (pensamiento que apareció formulado en el 329 del mismo periódico, correspondiente al 7 de Diciembre último), venía á enmendar mi involuntario apartamiento (contando siempre con su hidalga condescendencia) permitiéndome escribir algo que fuera más concreto y más pensado y que reflejara con mayor fuerza mis sentimientos respecto del Sr. Caro, que la brevísima alusión que Ud. tomó del *Correo de las Aldeas*. Mas cabalmente llegó aquel número á mis manos con considerable retraso, y me sorprendió además en el lecho, víctima de una indisposición que, si bien ligera, me impedía toda comunicación con libros y papeles, y ambas circunstancias, unidas, robáronme de nuevo una oportuna ocasión, que con pesar grande he visto malograda.

Pero de todas suertes yo no puedo dejar pasar la que se me ofrece de manifestar á Ud., el iniciador del delicado pensamiento de festejar el aniversario del natalicio del Sr. Caro con un brillante homenaje literario, mis entusiastas plácemes y con ellos mi admiración por el personaje á quien tan dignamente se honrara. En su excesiva modestia quizás le molestarán mis parabienes y felicitaciones. Ud., que conoce más á fondo su carácter, sabrá presentárselos, aumentando con su elocuencia su valor, y despojándolos con su talento de cuanto no pudiera agradarle.

Reflexionando más sobre mis frustrados deseos de sentar plaza al lado de tan eximios escritores colombianos y extranjeros, en el interesante volumen que Ud. publicará próximamente, casi debo confesar á Ud. que quizás no tenga qué arrepentirme de no haber llegado á tiempo. Pues después de todo, ¿qué pudiera yo añadir á lo que plumas tan excelentes han escrito del Sr. Caro? Ud. le ha juzgado admirablemente como poeta; Menéndez Pelayo nos ha retratado con su diestro pin-

cel al eminente humanista á quien nuestra lengua debe la mejor traducción poética de Virgilio; D. Rafael M. Merchán nos hace admirar sobre todo al filólogo, cuyos estudios sobre el *Americanismo en el Lenguaje*, y sobre el *Uso*, califica con razón de Evangelio de la lengua, comparando el *Tratado del Participio* y la *Gramática Latina* que, si mal no recuerdo, escribió con el Sr. Cuervo, á dos pirámides levantadas en el campo de la Filología; el castizo escritor D. Cecilio Acosta penetra en el santuario de su corazón, hablándonos de su circunspección reflexiva, la rigidez de su conducta, la honradez de sus creencias, su decoro exquisito, su delicadeza, y del culto por su padre, por su patria y por su familia; José María Vergara canta las glorias de la dinastía poética de los Caros, cuyo apellido quedará grabado con letras de oro en las puertas del Parnaso castellano que alza su doble cumbre á uno y otro lado del Atlántico, y por último han venido á poner el sello á estos justos elogios y á los de otros escritores, como los de los argentinos Miguel Cané y Juan María Gutiérrez, del venezolano Aristides Rojas, y de los españoles Pedro Antonio Alarcón y Manuel Cañete, los de la lumbrera de la Iglesia Católica colombiana, y honra suya en el extranjero, conocida y admirada en todos los centros científicos de la Europa culta, el Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Bogotá, y los del autor de la actual regeneración política de Colombia, el Excmo. Sr. Presidente Núñez, que le llama precursor de esta dichosa y grande transformación.

Vea Ud., pues, mi respetable Sr. Director, cuántos motivos me asisten para abrigar desconfianza y sentir temor al tratar de hablar del gran poeta y crítico colombiano, y cómo estos motivos son bastante poderosos para acallar en mí todo disgusto por mi casi obligado silencio y mi involuntario alejamiento en la fiesta literaria que Uds. han celebrado. Desconfianza y temor, repito, después de la distancia, han sido la causa principal de aquéllos, puesto que por otro lado, mi calidad de colaborador de LA NACIÓN, iniciadora del homenaje, y la de español, me ponían en el caso de tomar en él parte activa. Sobre todo esta última condición, tratándose de una gloria literaria de un pueblo hermano, era lo que más me impulsaba á asociarme al regocijo de los colombianos. Con la independencia de las antiguas colonias americanas no se ha roto la fraternidad literaria. Ante la poesía, ante el arte divino de la palabra rítmica y pintoresca, españoles y americanos formamos un solo dominio, una sola nación. En su templo los trofeos literarios de España y los de Hispano-América están uni-

dos en un solo haz; sus laureles se entrelazan y confunden, y los triunfos de una y otra región se celebran indistintamente con el mismo aplauso. España se enorgullece con las glorias poéticas de Colombia; así como esta nación debe de sentir vivísimo contento cada vez que descubre en el cielo de la poesía española el brillo refulgente de nuevos astros de primera magnitud.

Estas consideraciones me llevan por la mano á indicar á Ud. los motivos especialísimos de simpatía que los españoles sentimos por Caro, que tanto ha trabajado para que no se rompiera, antes se aumentara, esa fraternidad literaria, que ha suplido con ventaja á la antigua política, no siempre bien llevada, la cual nos hizo vivir largo tiempo juntos en un mismo hogar. Caro es uno de los escritores americanos que con más viveza siente gratitud y afecto hacia la antigua madre España, cuya sombra, como la de Roma para los pueblos latinos, continúa velando y continuará por largo tiempo, sobre los diez y seis actuales estados trasatlánticos que un día cobijó bajo su manto, y á los cuales infundió como savia vigorosa su religión, su lengua, sus costumbres y sus leyes, comunicándoles ese admirable sello de unidad y semejanza al cual sólo pudo hallar fronteras y lindes la Geografía, y formando de ellos un grupo interesantísimo de naciones hermanas, que en la Babel de los pueblos se distinguirán y reconocerán siempre por llevar la semblanza materna en el rostro y un acento común en los labios; grupo interesantísimo, repito, como no puede presentar otro igual ninguna otra raza en el universo mundo.

A conocer á fondo el sincero *españolismo* del Sr. Caro, tal vez nuestro simpático novelista D. Pedro Antonio de Alarcón no se hubiera sentido tan mortificado por la licencia poética de la oda manzoniana *A la Estatua del Libertador*,

Tu diestra de los Incas vengadora,

promoviendo una polémica (en la que terció también el actual Excmo. Sr. Presidente de Colombia, D. Carlos Holguín), de la que por otra parte no hemos de arrepentirnos, pues lejos de ahondar diferencias ya olvidadas, despertó más poderosas corrientes de mutuas simpatías, y alardes de ingenio y recíprocas atenciones y delicadezas. Entonces no le hubiera pasado por las mientes que un espíritu tan ilustrado y tan independiente como el del Sr. Caro, renegara de su sangre, creyéndose de raza india, ni desconociera las glorias de sus antepasados, de las cuales parece haberle venido, por herencia *española*, el genio para la poesía. Entonces se convenciera de que la frase que empleó

el escritor bogotano está recibida, con mayor ó menor gusto, por todos los poetas americanos como un poético modo de aludir á la emancipación del Perú, por más que en el calor de la discusión sostuviera ser no sólo poética, sino moralmente verdadera; y quizás el propio Sr. Alarcón hubiera combatido esta última aseerción con el magnífico y discretísimo comentario que aquél opuso, en otra ocasión, á la insensatez del gran cantor de la batalla de Junín, que dio en la flor del mal gusto retórico, al hacer hablar contra los españoles á la sombra del Inca Huaina Capac del modo que lo efectúa.

Yo quisiera que esta carta fuera digna de los honores de la publicidad tan sólo para convencer á mis compatriotas, y entre ellos al conspicuo Sr. Alarcón, del *españolismo* de Caro, que aumenta mis simpatías por él, ligándolas con el dulce lazo del fraternal afecto. “En la declamación contra la conquista (decía muy cuerdamente hace algunos años, á propósito de Olmedo, el citado escritor colombiano, en el *Repertorio* del mismo nombre), aunque en boca del Inca, se ven en parte los sentimientos del poeta, que en este trozo estuvo injusto en lo que dijo y desgraciado en el modo de decirlo. Tratar á *todos, sí, todos* los descubridores y conquistadores, sin perdonar á Colón, de *estúpidos, viciosos y feroces*; decir que los sacramentos que trajeron eran *sangre, plomo y cadenas*; hacer solamente una excepción en favor del nombre de Las Casas, condenando á olvido ó á ignorancia la multitud de varones apostólicos que evangelizaron la tierra americana, muchos de los cuales sellaron la fe con su sangre muriendo á manos de salvajes, es un *rasgo de flagrante injusticia é ingratitud, una blasfemia y sacrílego insulto á la verdad histórica.*” “El lazo federal que el Inca recomienda á sus hijos (exclama en otro lugar), es decir, á todos los americanos (!), es en su boca tanto más extraño, cuanto *la unidad de nuestra civilización se basa precisamente en los elementos que trajo la conquista*, y el Inca empieza por maldecirla.”

No puede hacerse mayor justicia á los beneficios que de España y de su heredada civilización reportaron los pueblos americanos, si se exceptúa el magnífico himno de gratitud que ellos arrancaron del pecho de mi distinguido amigo el Sr. D. José Joaquín Ortiz, el Quintana colombiano, en su poesía *Los Colonos*, que Marcelino Menéndez me hizo admirar por vez primera.

Mas también puede ostentar Caro, junto á Ortiz y otros poetas americanos, un hermoso ditirambo en honor de la civilización española. No se me ha borrado de la memoria desde

que lo leí, hace ya algún tiempo, en el *Repertorio Colombiano*, y me ha de permitir Ud., Sr. Director, que se lo recuerde, aunque Ud. lo tenga hartó conocido. Es un desahogo de gratitud de un pecho español á quien conmovió profundamente aquel grito de simpatía expresado con solemne grandeza. Se titula la composición *Los Padres de la Patria*, y en ella se lee el siguiente correctísimo soneto que cualquier español gozoso suscribiría:

Hijos! Si honrar queréis nuestras faenas,
Conservad esa herencia íntegra y pura,
Os dimos habla, religión, cultura,
Y la sangre que corre en vuestras venas.

Repetid nuestro abrazo! En las serenas
Moradas de la luz, de guerra dura
El odio se extinguió, y amor perdura;
¡ De vivífico amor atad cadenas!

No con vapor de sangre, con aroma
De virtud propiciad á vuestros lares,
Amad á España, venerad á Roma:

Y á un lado y á otro lado de los mares
A un tiempo, en el canoro patrio idioma
Suene el himno de paz en los altares.

También es D. Miguel Antonio Caro de los escritores colombianos que más popularizan nuestras letras en esa región americana con sus juicios y sus elogios de nuestros más renombrados escritores. ¿Quién mejor que él dio á conocer en ella el del precoz Menéndez Pelayo? Su estudio acerca de él, impreso primero en *La Verdad* y reproducido luégo con notables adiciones en el mencionado *Repertorio Colombiano*, es de lo más completo y concienzudo que haya yo visto, y ni en entusiasta é imparcial le gana el mismo prólogo del donoso Valera á sus *Odas, Epístolas y Tragedias*. Ignoro por qué la seria crítica española ha temido por lo común medir sus armas con aquel portentoso ingenio. Tal vez obedezca su silencio á desconfianza en sus propias fuerzas para juzgarle; mas no por esto es menos cierto que mientras no faltan pomposas gaceticillas para el más vulgar engendro, las obras admiradas del joven Tostado español salen á luz sin ruido alguno, y sólo son por algunos eruditos con fruición saboreadas y no con menor anhelo apetecidas. En cambio, no escasea la crítica torpe y maldiciente, que trata de herirle de soslayo y á traición y en bruscas acometidas, abandonando luégo vergonzosamente el campo.

Volviendo al citado estudio del Sr. Caro, diré á Ud. que

he observado en él un conocimiento profundo de todas las obras del escritor montañés, el cual se revela en un análisis psicológico-literario tan acabado y exacto, como si el crítico hubiera podido completarle con el trato personal del escritor. Su agitada vida intelectual, su falta de templanza en sus primeras luchas literarias por él luégo cristianamente confesada, la fogosidad de su temperamento, sus deliberadas y por fortuna no muy numerosas excentricidades, y su espontaneidad admirable y noble cuanto española sinceridad, juntamente con su intuición rápida y asombrosa que le hace escribir siempre improvisando, y pensar siempre adivinando: todo lo ha puesto el Sr. Caro en su justo punto, á la vez que con imparcialidad para con el escritor, con veneración respetuosa, para con el genio excepcional y extraordinario.

Allí corrige alguno de sus entusiasmos horacianos que le lleva á afiliarse en la escuela del cisne de Venusa á poetas que en rigor no lo son, como Valera, Cabanyes y Laverde: el primero porque carece de imágenes, el segundo porque sólo tuvo el horacianismo en potencia, y no en la forma, y el tercero por su carácter lamartiniano. Y á este tenor va siguiendo el Sr. Caro paso á paso las opiniones estéticas, religiosas y filosóficas del catedrático de la Universidad Central, armonizando sus acendrados sentimientos católicos con su paganismo literario y mostrándole entusiasta horaciano teórico y profundamente latino, pero hijo de su siglo en la ejecución poética.

Sus simpatías por España las ha manifestado asimismo el escritor bogotano dedicando algunas de sus hermosas composiciones líricas á literatos españoles, y hasta á quienes, como el que estas líneas á Ud. dirige, no puede envanecerse con aquel título, sino con el más modesto de aficionado á las bellas letras. Recuerdo á este propósito la afectuosa dedicatoria á D. Manuel Cañete del *Himno á las Estrellas*, del cual dice Ud. con mucho acierto que es una oda vigorosa, que sólo puede compararse á las mejores de Fray Luis de León, y que trae á las mientes la *Noche Serena* del gran lírico castellano. Véncelo en mi concepto en corrección el colombiano, pero no en aquel dulce abandono y en aquella facilidad que tan amable le hacen. Y aunque esta epístola resulte llena de digresiones, no quiero callar á Ud. una opinión mía que me asoma ahora á los labios, deseosa de deslizarse por los puntos de mi pluma, y es, la mayor analogía que hallo entre el Sr. Caro y otro literato catalán, que escribió casi siempre en castellano, y que á pesar de sus grandes cualidades, como poeta, nunca fue popular en España.

Refiérome al malogrado Sr. Coll y Vehí, el cual vive

fuera de Cataluña brillante vida literaria, gracias al culto á su memoria tributado por la Real Academia Española, y á los entusiastas elogios de su admirador Menéndez Pelayo. Ambos son sinceramente cristianos, ambos igualmente correctos y enamorados de la belleza clásica; ambos escriben con la misma nitidez y encerrando el pensamiento en formas elegantes y de soberana concisión; ambos, por último, dedicaron una labor incesante y trabajosa á la custodia de la pureza de la lengua castellana, de la que son dueños y maestros. No hay más diferencia, á mi modo de ver, sino que Coll y Vehí es todavía más horaciano y leonino que Caro, en quien se cruzan además influencias manzonianas, lamartinianas y de otros escritores extranjeros.

Llena de inspiración solemne y sosegada se muestra la poesía *La Pampa*, que me dedicó cariñosamente nuestro ilustre amigo á mediados de Marzo de 1883, al recorrer la sabana de Bogotá, que desde las alturas de esa ciudad se domina espléndida. ¡Con cuánta y legítima satisfacción refiero á Ud. este honroso episodio de mi obscura vida literaria! Si no temiera fundadamente que la citada poesía debe ya de ser conocida en esa capital, por haberla publicado el Sr. Caro en alguna edición de sus producciones que yo desconozca, de buena gana le transcribiría algunas estrofas elegidas al azar, porque todas las hallo igualmente correctas é inspiradas. Me tomaré, con todo, la libertad de copiar las siguientes:

Aquí, de aislada altura,
Te admiro ¡hermosa pampa! cual del puerto
El ponto descubierto;
El, líquida llanura,
Tú eres piélagos inmenso de verdura.

.....

En tu recinto abierto
Ciudades que fundó la gente hispana,
¿Qué son ¡oh gran sabana!
Más que el aduar incierto
Que el nómada levanta en el desierto?

Que si á tu linde asoma,
Medrosa la cultura ciudadana
Huye, y no te profana,
O su soberbia doma,
Y simple vive, y traje agreste toma.

Aun á riesgo de dar á esta epístola mayores dimensiones que las generalmente consentidas, y pasando por el temor de serle molesto, experimento vivo regocijo, como catalán, en declarar á Ud. que á pocos poetas americanos deben nuestras

letras regionales la gratitud que á Caro. ¿ Hay por ventura en América muchos escritores que conozcan á nuestro Cabanyes, á quien va ahora á alzarse en este suelo tardío monumento? Caro es de los muy contados que en las pampas del Nuevo Mundo han leído con deleite las geniales creaciones del lírico catalán, haciéndole más justicia que muchos críticos de allende el Ebro, los cuales se contentan con emitir de él el arrogante juicio, ya lugar común en ellos cuando de escritores catalanes se trata, que no escribió nunca en castellano. Caro, que le saboreó en todas sus bellezas, reconoce sí que su sintáxis es imperfectísima, pero afirma también que el dón de pensar como Cabanyes no le tuvo Moratín, que pasa, por su limpísima forma, por superior poeta.

Además de saber Caro de nuestros líricos y escritores en lengua castellana, ha entrado con segura planta en el campo de la literatura catalana, ayudado por sus grandes conocimientos filológicos, é impulsado por esa sed de saber en él tan insaciable, ante la cual no ha podido ocultarse tesoro alguno de las letras antiguas y modernas. El entendido filólogo Sr. Cervo, que desde Bogotá ha venido á enseñar á los españoles las riquezas ignoradas y las leyes de su idioma, y que, como Bello y Baralt, es custodio fiel de su pureza, llamóle la atención sobre nuestra olvidada literatura, y como él mismo me decía en una de sus cartas, que más estimo, Ausias March y Rubió y Ors fueron los autores de quienes solía mostrarle largos pasajes que cautivaban su atención.

Por último, ahora que hablo de Caro como *catalanista* (*passsez-moi le mot*), quiero también indicar en esta carta, que entre sus numerosas traducciones castellanas de diversos autores extranjeros, si no estoy mal informado, se encuentra alguna de nuestro eximio Verdaguer, el cantor de la *Atlántida*, y una de mi querido padre, á quien dedicó igualmente un galante soneto. Ambas composiciones verán la luz en la edición poliglota que aquél prepara de su tomo de poesías, primero que en catalán se publicó en este siglo, con motivo de sus Bodas de oro con la Musa catalana.

Años hace (fue en Marzo de 1882) que nuestra Real Academia de Buenas Letras, cual si quisiera premiar el amor del Sr. Caro por las catalanas, le admitió en el número de sus miembros. Debo advertir á Ud. que aquella Corporación literaria es la más antigua de España, y nuestro amigo, el primer escritor americano que la ha honrado, franqueando sus puertas.

La fama de Caro es grande en los círculos literarios de

España, y hasta en manuales de Retórica y Poética que corren por las aulas, he visto su nombre con elogio citado; pero principalmente ha llegado á ellos la del poeta, no la del escritor polígrafo ni la del hombre de estado, cuya visión política es una de las más altas dotes con que le galardonara el Señor, y que corre parejas con su visión poética. Pocos saben que el modesto cuanto egregio hijo de Bogotá entra y se mueve en el campo de las ciencias políticas, morales, filosóficas y jurídicas con igual desembarazo que en el terreno de la crítica y de la filología, y alza el vuelo con igual felicidad á las alturas de las ciencias, como á las encantadas regiones de la poesía, y que sus poderosas alas de águila no se fatigan ni en unas ni en otras.

También tardé yo largo tiempo en admirar al pensador y al político. El *Repertorio Colombiano* me había familiarizado con el cantor del *Tequendama* y de las *Estrellas*; con el traductor de Horacio y de Virgilio; con el escritor erudito y el crítico imparcial y preciso en sus juicios. Al publicista no le conocí hasta que cayó en mis manos LA NACIÓN. Tengo muy presente que uno de los artículos que primero solicitaron mi atención fue el titulado *Actualidad*, que le mereció justos honores del Excmo. Sr. Presidente Núñez y de muchas personas de viso de Colombia. Después me sorprendieron, entre otros, su eruditísimo estudio *Las Definiciones Dogmáticas* de tanta aplicación á ciertas cuestiones candentes político-religiosas de nuestros días, y viniendo á más recientes, su *Tradición unitaria* y los muy valiosos artículos que constituyen un tratado completo en la materia, sobre *Libertad de Imprenta*. Nunca en la prensa se habrá tal vez estudiado por modo más detenido y con más vastos horizontes esta cuestión tan debatida, este problema candente puesto sobre el tapete en todas las naciones por el moderno liberalismo. Muchas veces he deplorado que los escritores católicos de nuestro país no conocieran más á Caro. Los libros americanos no son sin embargo por aquí fruta tan rara, que los mismos admiradores y entusiastas de las letras transfetanas, no encontramos, sobre todo en provincias, libreros que se encarguen de nuestros pedidos. Con vergüenza lo confieso, y me duele confesarlo no tanto por la ignorancia que esta falta supone, cuanto por la fea ingratitude que ella lleva consigo. No son Uds. los colombianos para con nosotros tan descorteses, y no merece semejante comportamiento Colombia, la región hispanoamericana donde se tributa mayor culto al habla de Cervantes; la República que puede ostentar entre todas las del continente trasatlántico más

espléndida corona de poetas líricos ; la que á España disputa hoy la primacía del Parnaso castellano.

Concluyo esta carta por donde debiera haber comenzado ; pidiéndole mil perdones por haberme dirigido á Ud. sin tener el gusto de conocerle personalmente, ni de tratarle por escrito, ni haber llamado antes á la puerta de ningún amigo suplicándole me hiciera las veces de padrino para presentarme á Ud., aunque supongo que lo habrá hecho ya el Sr. Caro, cuando fui nombrado corresponsal de LA NACIÓN, de la que es Ud. Director dignísimo. Debo también solicitar su benevolencia por la desmedida conversación con que le molesto la vez primera que me he tomado la libertad de escribirle. Y descargada en cierto modo mi conciencia con estas sinceras frases de satisfacción y de desagravio, aprovecho esta ocasión para ofrecer á Ud. mi inutilidad y suscribirme de Ud. muy respetuosamente su atento servidor q. b. s. m.

ANTONIO RUBIÓ Y LLUCH.

UN LIBRO DE VERSOS

No he pretendido siquiera ofrecer á mis lectores un ensayo crítico sobre el Sr. D. Miguel A. Caro. La extensa labor intelectual de este insigne escritor no es para juzgada en breve término. Ya el Sr. Merchán, en un libro que sólo ha cosechado aplausos, publicó un interesante aunque incompleto estudio, en que se le considera principalmente como crítico. Acaso el distinguido literato cubano haya concluído algún nuevo trabajo, en el cual sea mirado el Sr. Caro desde otro punto de vista. Si fuere así, confieso que estoy afanoso por leerlo. Todos sabemos que la fama del Sr. Merchán, con ser mucha, es inferior á sus talentos.

El tiempo urge ; el libro que el cariño, la gratitud y la admiración van á dedicar al Sr. Caro no espera más que el cumplimiento de mi promesa. Y apenas me he comprometido á decir mis impresiones sobre las rimas, aquí poco conocidas, que forman el precioso tomito de las *Horas de Amor*. No hablaré de sus otras composiciones, porque ya han sido juzgadas, ni menos de traducciones, porque sólo quiero hallarme con el poeta íntimo. Lo que siento de veras es no poder presentar algo que fuese digno del amigo que hace esta ofrenda, y de aquel á quien la ofrenda se reserva.

*
* *

No sé en qué parte se queja D. Juan Valera del desdén

que en su Patria ha recogido como poeta. Sus dotes eximias de prosador han eclipsado las del bardo, y tal vez el fallo de la opinión pública tiene mucho de justicia. En todo caso, abundan seguramente en España los buenos jueces para las obras rimadas del Sr. Valera; así es que el ilustre autor de *Pepita Jiménez* no tiene por qué atribuir á ignorancia audaz ó á prevención sistemática la sentencia en que le han negado un puesto en el Parnaso. Aquí tampoco se le quiere conceder al Sr. Caro el título de poeta. Pero, al revés de lo que pasa con el célebre novelista peninsular, se puede decir, sin temor de equivocarse, que al Sr. Caro no lo juzgan mal sino aquellos que no lo han leído.



Verdad que la magnífica oda que se publicó en el Centenario de Bolívar fue un paréntesis abierto por la evidencia de los hechos ante la negación sin pruebas de unos cuantos críticos malévolos; porque esos críticos apenas creyeron en un raptó aislado de inspiración casi milagrosa. No podía, sin embargo, desconocerse que aquellas cinceladas estrofas eran la expresión palpitante de un sentimiento profundo. La imagen radiosa del guerrero se nos aparece al mismo tiempo que su sombra: diríase que en las grandezas humanas sólo hay la vanidad de lo efímero. La gloria le cede el paso á la envidia; el genio se doblega ante las muchedumbres que representan el empuje brutal del número. A los esfuerzos viriles sucede el desaliento; la angustia de la final derrota amarga la satisfacción de las victorias anteriores. De las fiestas ruidosas con que se celebró tanta hazaña legendaria no queda más que el silencio del olvido. Y al triunfador sólo le resta una playa para confundir allí su último aliento con la eterna voz del océano. Pero antes de morir adquiere dón como de profecía; y, vueltos los ojos del espíritu á la Patria que acaba de redimir, el grande hombre exhala su queja postrimera, arrepentido y perdonando. Adivinó el escultor la melancolía del Libertador abandonado, y el poeta se impregna de ella en las últimas estancias de la oda. La majestad épica parece aquí velada por el dolor humano. Bien se ve que no estamos en los tiempos de Homero, cuando los dioses bajaban del Olimpo á mezclarse en la palestra ó á confortar á sus protegidos. Manos divinas cuidaron del cadáver de Héctor, á pesar de la cólera de Aquiles; pero el Padre de Colombia cayó en la soledad, sospechado y aborrecido, para después alzarse en la estatua con la serena transfigu-

ración de la muerte... Sí! todo esto lo comprendió el Sr. Caro con la intuición de los grandes maestros. La contemplación artística de una alma soñadora se confunde ahí con la grave meditación del pensador entristecido. El corte del verso tiene la pureza de un bajo relieve antiguo. La sobriedad clásica corre parejas con lo severo de la idea. En la combinación del metro se oye algo como la armonía profunda de un himno fúnebre.



Entonces, ¿quién había de negar que la admirable composición levantaba á su autor á la altura de los primeros líricos castellanos? Porque en materias literarias la abundancia no es siempre la grandeza ni la fecundidad el genio. Si así fuese, nadie conocería á Gilbert ó á Jorge Manrique, y, de antemano, tendrían asegurada la inmortalidad escritores y poetas como hay muchos. Hasta en gigantes como Víctor Hugo el trabajo de selección es necesario. Todas sus obras no tienen igual valor y muchas no valdrán nada á los ojos de la posteridad. Ni de Shakespeare se puede decir que sus dramas sean igualmente magníficos. Goethe, á pesar de la flexibilidad de su poderosa inteligencia, no campeó en la escena como Schiller, quien en cambio no era un verdadero lírico. No hay quién no haya leído, sin saciarse nunca, la *Epístola Moral* del, hasta hace poco, desconocido Capitán Fernández de Andrada. Creo que acentos tan altos no han sido superados en ninguna lengua; creo que ningún poeta se ha recogido más íntimamente para contemplar con serenos ojos la miseria de todo lo humano y la belleza infame de la vida del alma en sosegado retiro. ¿Quién, pues, echará de menos otras producciones de ese cantor? Bástale con su gloria que no empañarán obras menos felices. Sin duda es mejor haber escrito sólo la inmortal *Epístola*, que no muchos de los sonetos, romances y poemas de Lope de Vega, llamado por su siglo, con excesiva admiración, el fénix de los ingenios. El Sr. Menéndez Pelayo, en prólogo reciente al *Gayter del Llobregat*, del poeta catalán Rubió, ha dicho con razón: “No hay historia que más se olvide ni que más importe recordar y renovar á cada paso que la historia literaria. Feliz el que sobrevive en ésta, aunque sea por una sola oda, por una sola estrofa! Nadie le preguntará en qué país nació ni á qué escuela pertenece, ni se quebrará la cabeza averiguando la cronología de sus obras. *Musa vetat mori*. Un alma humana que ha sentido con sinceridad y ha encontrado en este ó en aquel día la expresión adecuada para su sentimiento tiene la seguridad de en-

contrar siempre otras almas humanas que sientan con ella; y el que tal consigue ha creado verdadera poesía; de la que el tiempo no marchita ni envejece.”

Así, el Sr. Caro no tendría para qué envidiar más extensa fama.



Pero el discreto y elegante traductor de Virgilio tenía títulos anteriores para sentar reputación más verdadera que la de versificador amanerado y frío. Sin mentar la oda *A Maximiliano* (que no tengo á la vista y que me ha parecido siempre una de las mejores composiciones del Sr. Caro por la altivez del pensamiento, la vehemencia de la frase y la gallardía de los sentimientos), afirmo, con toda seguridad, que en las *Horas de Amor*, publicadas en 1871, hay páginas enteras dignas del poeta más renombrado. *Amor vult esse sursum* es el epígrafe de la colección; y en verdad que ahí el amor no es pasión desenfrenada sino casta simpatía. No hay un estremecimiento voluptuoso, ni siquiera una mirada ardiente. Apenas parece, si así puedo expresarme, un deseo recóndito, casi impalpable por lo espiritual, esa ternura delicada, aunque firme, que se abisma en una especie de contemplación subjetiva. Es, valiéndome de la frase de un pensador contemporáneo, el excelso idealismo consagrado por la religión y la moral. El poeta es quien lo dice:

Pero no de tus cándidos amores
 ¡ Oh noble corazón! por tipo escojas
 La aura sutil que en trémulas congojas
 Va robando á los árboles sus flores
 Y á las flores sus hojas;
 Ni el bullente arroyuelo
 Que agradece con tímido murmullo
 Tiernas primicias del fecundo suelo,
 Ni las aves de Venus, que en su cielo
 Gozosas giran con amante arrullo.

Mas al ímpetu vén de raudas alas
 Animado de excelsos pensamientos
 Al campo de los grandes elementos
 Donde ostenta natura augustas galas
 Y solemnes acentos:
 Tu vuelo el aire hienda
 Y viendo aquí morir onda tras onda
 Cuando la noche sobre el mar descienda,
 Vén un genio á esperar que te comprenda
 Y una voz digna que á tu amor responda.

¡ Oh ! ve la inmensidad abrirse en calma,
Oye en su fondo de natura el grito,
Lee en los cielos tu destino escrito,
Que ese espacio es profundo como el alma
Y como ella infinito ;
Mira cielos y mares
Extenderse magníficos, redondos,
Y mira entre sus pompas seculares
Rutilar los más altos luminare
En los líquidos ámbitos más hondos.

Cuando del opulento paraíso,
No bien salieran de sus propias manos,
Hizo Dios á los hombres soberanos,
Su imagen inmortal dejarles quiso
En cielos y oceanos.
“ Buscad mis perfecciones ”,
Dijo el Señor á la pareja amante,
“ En las etéreas últimas regiones ” ;
Y su dedo á inocentes corazones
Mostró la hermosa eternidad delante.

(Himno—De HORAS DE AMOR.)

Y más lejos, hablando del infeliz, para quien es muda y
pobre la naturaleza toda y á quien

La estrella de la tarde no le inspira
La santa suspensión de la tristeza,

Radiante de inocencia y de ternura,
La mujer á sus ojos aparece,
La llama de la vida
Su corazón abrasa
Y á iluminar su pensamiento pasa
En purísimo rayo convertida....
Llama que vivifica,
Que ni el dolor la enturbia y aminora,
Antes la adversidad la purifica....

Así, la existencia diaria con sus inevitables combates, no
alcanza á destruir la confianza de este creyente, para quien el
mundo de aquí abajo es apenas mezquino lugar de tránsito. Y
si no, leed esas estrofas llamadas *Las Aves*, llenas de inefable
melancolía por un anhelo infinito :

.....
Va á perderse el incienso allá en el cielo
Y allá en la mar el río ;
No sé dónde, siguiendo vuestro vuelo,
Vuela á perderse el pensamiento mío.

Para la eterna inmensidad nacida
Gime el alma, y quisiera
En edades lanzarse sin medida,
En espacios hundirse sin ribera....

Leed *El Arca del Diluvio*, donde al dolor de la vida, á la amargura de esta miseria que llevamos en nosotros mismos, á la tristeza de las tumbas, se junta la aspiración tranquila de la inmortalidad; leed *La Confusión de Lenguas*, donde el recuerdo del bien perdido, el sueño de un instante, las recias agonías del pecado, la impotencia misma del vate que

Siente la insuficiencia del gemido
¡ Cuando el daño común gemir quisiera !

se vuelven en definitiva esperanza celeste de la redención por el amor divino; leed, finalmente, *Las Almas Buenas*, donde uno ve sonreír el Dolor; donde el sacrificio voluntario se yergue sin esperar recompensa de los hombres; donde sentimos que Dios entra al fondo de esas almas para mirar su llanto silencioso; donde para el poeta la hermosura es casi una mística transfiguración.

Resplandores de ultratumba iluminan hasta los cuadros de la naturaleza, como sucede en *La Noche*, diáfano paisaje en que no hay contornos oscuros, porque la mente ha caído en el éxtasis:

Calló la voz de los hombres,
Cesó el bullicio: ya sola
Percibo de la natura
La voz solemne y recóndita;
Voz que en secreto nos habla
O que se aleja y solloza
En la fuente fugitiva,
En el aura vagarosa.

.....
Ved ! algo amaga en los aires,
Algo se oculta en las hojas :
Muda escena en que parece
Van á salir las personas.

.....
De mi alma, en tanto, en el fondo
Presentimientos, memorias
Se elevan, que de tu seno,
Noche ! los matices copian.

Antes yo te desdeñaba,
Mas hoy mi corazón llora,
Y tu silencio comprende
Y en tu soledad se goza.

Y las contrariedades, para nadie escasas, de un amor exclusivo y sincero, son para el poeta una angustia sin testigos que apenas si se atreve á confesar. En *El Baile*, arrinconado el amante sigue con triste mirada el torbellino del vals; conoce que aquél no es su reino; y no quiere que á su mansión oculta, donde vive á solas con su pensamiento y sus emociones, le acompañe su dama; porque

Fuéramos extranjeros
Los dos viviendo juntos;
Tú no quieres mi patria,
Yo no entiendo tu mundo.

Pero en *El Desengaño*, si su fe es escéptica y su amor amargo; si se resiste á creer y á esperar; si sólo ve en su redor sombras de muerte, al fin, el grito de la esperanza ahoga casi aquel sollozo de desesperación, y acaba por postrar ante su amada el corazón resucitado.

En *Siempre contigo* la redondilla corre tan fácil que se nos antojara juguetona si no viese en el fondo del cuadro el iris trémulo de una lágrima. Risueña está la naturaleza, así en los rumores de la mañana como en el silencio de la soledad nocturna; pero el alma doliente llora en la ausencia congojas indefinibles. Esta pequeña composición, tan bellamente sentida, me trae, no sé por qué, vaga reminiscencia de aquellas dulces quintillas de Gil Polo en que tan bien se pinta la indiferencia y hermosura de Galatea, y en que tan bien se expresan las quejas doloridas del desdeñado Licio. Pero, en verdad, no se parecen, á no ser en la fluidez, notable en ambas.

Inmortalidad es como el resumen del libro, como la sinfonía de todas esas voces que el poeta ha exhalado en situaciones tan diversas. En estos tercetos el amor del hombre es casi un amor seráfico, porque ni apetitos terrenales lo turban, ni el tiempo lo cambia, ni la muerte lo aniquila. Aquí la pasión, depurada de toda escoria, se encierra en un tabernáculo; no hay más que santidad en esa adoración. Por lo que el poeta exclama al fin:

Oh Cintia! ángel de paz, que los umbrales
Franqueas de otro mundo con tu lloro,
No desprecies de amor promesas tales!
Alza en tus alas el común tesoro,
Tú que sabes orar, tú que eres buena,
Alzale al cielo, y con anillo de oro
Fija en la eternidad nuestra cadena!

*
* *

Pero, en mi concepto, las mejores composiciones de *Horas*

de Amor son Sueños, *El Asilo*, las octavas de la *Hora XIV* y las quintillas de la *XXIV*. Sueños son bien conocidos: mi amigo Rivas Groot, en su aplaudido prólogo á *La Lira Nueva*, habló de ellos con delectación de artista, y el Sr. Merchán, en su mencionado estudio, copia unas dos estrofas como muestra de sentimiento poético. Hasta me parece que Ribas atribuye á tal composición cierta influencia literaria sobre la generación que compuso *La Lira Nueva*. Lo cierto es que esa poesía tiene la frescura y los rumores del sitio ameno que la ocasionó. Todo es en ella misterioso y vago como las obscuras claridades del bosque de alisos; los pensamientos se deslizan tranquilos como el río de armoniosas ondas; no hay notas disonantes en la naturaleza que rodea al poeta, y por eso las emociones de éste son espiritualmente voluptuosas, y su melancolía, dulce y soñadora, tiene veladas transparencias de neblina. No así *El Asilo*, que, á juzgar por el principio, parece inspirada por el mismo paraje de la anterior, comparado con el hermoso retrete de la mujer querida. Pero; qué diferencia entre ambas poesías! Ni la situación es la misma, ni los sentimientos se asemejan, á pesar de su aparente identidad. Si en la primera hay la somnolencia perezosa de aquel paisaje apacible, en la segunda se ve que los sentidos vigilan: parece que el poeta, al penetrar en la perfumada estancia, se lleva la mano al corazón para comprimir las tumultuosas palpitaciones:

Mas aquí, á poco, sufre el alma y gime
De afectos tiernos é inquietud llevada;
El placer que respira la anonada,
Y al corazón desfallecido oprime
Enfermedad sagrada.

Antes, viéndose junto á la que ama, el cantor había apurado, por decirlo así, la grata embriaguez de aquella soledad de dos, y desdeñado el Universo entero para refugiarse por completo en el regazo cariñoso:

Y en balde con ciudades populosas
Me cerca el mundo, y de esplendor profano;
Natura su ancha escena me abre en vano,
Y en vano á ver sus ondas majestuosas
Me invita el oceano.

Que la piedra preciosa recatada
Vale más que los montes de granito;
Un eco dice más que un alto grito;
Presta más un rincón de esta morada
Que el espacio infinito.

Lástima que la composición acabe con la quintilla final. Trivialísimo, á mi juicio, es el símil de la mariposa que se quema en la llama, sobre todo cuando viene después de la *enfermedad sagrada* que aqueja al amante: expresión feliz esta última, que recuerda aquel terror divino de que Platón habla en su diálogo sobre la belleza.

En las quintillas de la *Hora XXIV* vuelve el poeta á la melancolía de los *Sueños*; mas no con la indolencia propia de aquella sombría soledad que arrullan las aguas corrientes y embalsaman las flores de la orilla. El alma quiere desligarse de la terrena vestidura y volar á regiones excelsas:

Oigo que de amor patrio se gloria
La humana vanidad. Saber querría
Si es la patria este mísero recinto
Do nacimos acaso. Hay un instinto
Que de otra patria le habla al alma mía.

Y esta patria es país no circunscrito
A linde injusto, á humano circüito;
Es aéreo país, región serena
Cuyo ambiente el contagio no envenena;
Gózase en un rincón y es infinito.

Esta patria, empezando en lo pasado
Se extiende al porvenir; país sagrado
Que adornan bosque ameno y mustia ruina;
Es la patria de una alma peregrina;
Sueño de oro que tanto yo he soñado!

Las rotundas octavas de la *Hora XIV* están todas repletas de una apasionada ternura que no por lo ideal deja de ser francamente humana. La nota final con su aspiración á lo eterno, no alcanza á apagar el grito de angustia producido por la separación. La pintura de los sentimientos tiene un tono delicado que acaricia; y hay una objetividad que impresiona vivamente, como en la siguiente octava, que por sí sola es un cuadro á lo Rembrandt:

¿No es verdad? Suspendiendo tus labores,
Fija la vista en la extensión vacía,
Por esferas tal vez vuelas mejores
Llena de virginal melancolía:
Ignorantes de místicos amores,
Sin sospechar que entre ellas eres mía
Tu silenciosa, inmóvil faz notando,
Tus hermanas dirán: "¿Qué estás pensando?"

Trazado en la fantasía tengo, lleno de colorido y de expresión, vigorosamente dibujado, con encarnaciones virginales, y en derredor una riente y verdadera naturaleza, el lienzo

que inspiran esos versos. Pero ya que no soy pintor, me consuelo con leer estas dos estrofas de la misma composición, en las cuales se siente algo como las vibraciones del arpa del Sr. Rafael Núñez:

Esa es mi alma, soy yo, que la preciada
Plácida esencia de tu seno aspiro ;
Mudamente á tu lánguida mirada
Responde entrecortado mi suspiro.
Como el aire y el agua en la enramada,
Como dos nubes van en sesgo giro,
Como dos aves en errante vuelo,
Van nuestras almas por el mismo cielo.

.....
Naturaleza toda se conjura
Par unir en su seno á los que aman :
La bullidora fuente que murmura,
Las aves que en el árbol se reclaman :
Nos hablan con acentos de ternura
Los mares mismos que interpuestos braman :
Todo lo anima nuestro amante anhelo,
Naturaleza toda es nuestro cielo.

Poesía bucólica pudiera ser ésta si no palpitara en su conjunto la augusta emoción de un espíritu que comprende la realidad de la existencia y la inutilidad de querer sustraerse á la lucha inevitable. La aspiración al retiro y á la paz; el quebrantamiento de los lazos sociales; la supresión de todos estos artificios mundanos que á cada paso nos ponen una máscara en el rostro y una reserva en los labios; el deseo de una tranquilidad contemplativa, de una inocencia sin máculas, de una dicha imposible, son apenas, como no pueden dejar de serlo, la fantasía de una voluntad fatigada... Verdad es que el corazón del vate ama todo eso, pero como él mismo lo dice,

En sueños aduláis la mente inquieta !



No me niego á reconocer que la poesía del Sr. Caro tiene sus defectos. ¿Qué escritor no los tiene? La perfección absoluta no es atributo del hombre. Tarea en extremo fácil es la de rebuscar lunares en la obra más bella, y es seguro que una crítica prolija en todas los encuentre. Sólo he querido, por otra parte, mostrar que el Sr. Caro sí es un poeta que se lee con agrado unas veces y otras con admiración. Insinúa el Sr. Merchán que “los principales defectos que algunos señalan en las poesías del Sr. Caro son : frialdad en el fondo y arcaísmo en el lenguaje”. Pero el escritor de Cuba, sin examinar la

justicia del cargo, extraña, con razón, que no se haya descubierto en el poeta tanto mineral rico que atesora. Acaso el Sr. Caro sea bastante arcaico, pero el arcaísmo, á mi entender, no consiste en que él siempre use vocablos obsoletos: consiste, más bien, en que la significación de muchos de esos vocablos, enérgicos y precisos, se va perdiendo por el uso y aun por el abuso de términos extranjeros. Los que se quejan de un escritor moderno porque emplea voces propias, desconocidas del vulgo de los lectores, no leerán, sin duda, á Fray Luis de León ó á Hurtado de Mendoza. Se me hace difícil creer que uno de esos críticos entienda la prosa ó los versos de Quevedo, ó que no arroje con fastidio los *Siete Tratados* de Montalbo. Muchos de nuestros compatriotas viven persuadidos de que el pulimento del lenguaje es un vicio cuasi aristocrático que no se compadece con la llaneza republicana. Así como se va perdiendo la cortesana urbanidad de nuestros padres, así también quieren algunos que el idioma se aplebeye. No deseo, sin embargo, que resucitemos lo que ha muerto. En fábula donosa criticó Iriarte la manía indiscreta de querer vivir á la añeja usanza. El pintor de marras que no conocía el vestido de su época es fiel trasunto de esos anticuarios que no gustan de lo presente. Pero no menos ridícula es la pretensión de que lo bueno ha de ser malo nada más que por viejo. La conservación de la lengua no es simple oficio de puristas; es necesidad de la cultura nacional. Nada hay más noble que la palabra, porque ella es el mismo pensamiento. Los que saben pensar saben escribir ó hablar; á ideas obscuras ó incompletas equivalen siempre

El estilo y la frase inculta y fea,

según dijo Pitillas en su célebre *Sátira*. Pensadores y sabios eminentes, como Littré, han sido celosos guardianes de la pureza y hermosura de su idioma.

Y dejando aparte estas reflexiones, que si hubiera de seguirlas me darían extensa ocupación, no quiero acabar mi improvisado estudio, sin hablar algo de la frialdad que se achaca á la poesía del Sr. Caro. Nuestro siglo es esencialmente neurósico, como lo ha afirmado tan resueltamente el Dr. Mantegazza. Somos más civilizados que las generaciones anteriores, pero no más felices. En Colombia no debiéramos sentir los achaques que afligen á las sociedades europeas; pero, por un fenómeno que se comprende, nosotros, en medio de nuestra falta general de cultura, tenemos todas las miserias de la civilización moderna, sin gozar siquiera de sus más triviales comodidades. Pensamos y sentimos como franceses, ingleses, ale-

manes é italianos, pero sin poseer la riqueza, la industria, la ciencia y el arte de aquellas adelantadas naciones. En cambio nos aquejan las mismas dudas, los mismos dolores y tristezas que á la vieja y fatigada Europa. Preferimos la lectura que nos enferma á la lectura que nos restaura. Somos como esos dispépsicos estragados que necesitan el veneno del ajeno para excitar el apetito. Así, entre la horrible desnudez de *Nana* y la casta encarnación de *Los Novios*, preferimos la cínica paleta de Zola al suave pincel de Manzoni. No es el naturalismo de ahora el gran naturalismo de Homero, de Cervantes ó Shakespeare: la bestia humana es hoy el tipo, cuando antes lo era el alma del hombre. Las novelas de Flaubert son al presente el *desiderátum* del arte; y hasta damas, como la Pardo Bazán, se abisman en las hondas pesquisas de la ciencia patológica. Se puede asegurar con un crítico alemán que ya no hay agua refrescante para los nervios sobreexcitados de la época, que muestra sus enfermedades hasta en su gusto musical. Por consiguiente, las grandes obras, si son leídas, no se comprenden. Necesítase algo más que el criterio vulgar que nos rodea para admirar al poeta que describió aquella tierna despedida de Héctor y Andrómaca, en la cual rebosa el sentimiento humano, idealizado en el espacio y el tiempo; se necesita sensibilidad de otra especie para leer sin enojos aquel canto magnífico en que vemos á Ulises recibir la hospitalidad de los rústicos porqueros; ó para recitar aquel Libro IV de la *Eneida*, donde el amor se ha pintado como nunca, sin las torpes abominaciones ni las brutales sacudidas de la novela contemporánea. En la introducción del *Rolla*, de Musset, está el retrato, vivo y verdadero, de esta sociedad moderna que, á fuerza de refinamiento, se debate, como los epilépticos, en el naufragio de todas sus creencias, de todas sus ilusiones y de todas sus esperanzas.

¿Es, pues, asombroso que poetas como el Sr. Caro sean poco leídos? Lo extraño es que haya muchos que les entiendan. La serenidad estética, que tanto abunda en el arte antiguo, es, lo repito ahora, desconocida en el moderno. Todas estas locuras pasarán, empero, sin que los genios consagrados por la admiración de los siglos rueden de su pedestal. Y cuando queramos descansar de la baraúnda del combate cotidiano, volvamos la mente á esos maestros de otras edades, poetas de todos los tiempos cuyos cantos no se extinguirán jamás: con ellos reposará nuestro espíritu, como los ojos fatigados de la luz si se apacientan en la verde campiña.

JOSÉ ANGEL PORRAS.

Bogotá, 1.º de Noviembre de 1889.

DICTAMEN DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

SOBRE LA GRAMÁTICA LATINA DE CARO Y CUERVO

Real Academia Española

Excelentísimo Señor :

El Sr. Académico nombrado para evacuar el informe pedido á la Real Academia Española por la Dirección general de Instrucción Pública acerca de la *Gramática Latina* escrita por D. Francisco Jiménez Lomas, ha emitido el siguiente dictamen :

“ En cumplimiento del encargo que se sirvió confiarme la Real Academia Española, he examinado con atención la primera parte (única hasta ahora publicada) de la *Gramática Latina* escrita por D. Francisco Jiménez Lomas, Catedrático de latinidad en el Instituto provincial de Huelva. Este libro, de igual suerte que los publicados en años anteriores por los Sres. Obradors, Suaña, Calatayud, Garriga y algún otro, muestra la más loable tendencia á separarse del empirismo reinante hasta ahora en nuestras escuelas, y aplicar en el modo posible á la enseñanza elemental del latín los procedimientos y adelantos de la moderna Filología. Empresa es ésta por extremo ardua, en la cual hay que entrar con decisión y brío, ya que, no por ser rudimentaria y para niños la enseñanza, es lícito eternizar en ella métodos que nadie osaría aplicar á ninguna otra de las lenguas clásicas.

“ Quien haya frecuentado nuestras cátedras de griego y hebreo sabrá por experiencia que el más duro trabajo de los maestros no es inculcar los sanos principios lingüísticos, sino combatir (rara vez desarraigar) los malos hábitos que por medio de la repetición mecánica se han ido arraigando tan tenazmente desde la primera edad en la mente de los discípulos.

“ Quien aprendió el latín en nuestras escuelas y con nuestros libros, forzosamente ha de encontrarse perdido y desalumbrado cuando le pongan en la mano para aprender el griego la gramática de Curtius. La luz ofende siempre los ojos de quien por largos años ha vivido en tinieblas. No se diga que por ser la memoria cualidad predominante en los niños, ha de cargársela de inútil balumba y no ejercitar ni aguzar sus potencias discursivas. Para el niño como para el adulto (que no se diferencian en la calidad de las facultades, sino en su dis-

tinto desarrollo), lo más sencillo, lo más fácil es lo racional, ordenado y metódico, no lo arbitrario, incierto y casuístico. Ejercítense en buena hora la memoria: nadie llegará á saber una lengua si no ha comenzado por decorar los paradigmas de las declinaciones y conjugaciones; pero aprenda y vea el discípulo al mismo tiempo la razón de cada caso, de cada tiempo, de cada flexión, de cada anomalía. Sólo así es útil y fructuoso, y digno del hombre el estudio gramatical; sólo así puede despertarse el interés y sostenerse la atención del discípulo, que al fin y al cabo es un sér racional, aunque tenga pocos años. No se le hablará entonces de caprichos de la lengua, como si las lenguas se formasen por broma y al acaso; no se le presentarán las irregularidades como fenómenos monstruosos, ni el complicado tejido de la prosodia como invención galana de los poetas, sino que se le hará entender que toda irregularidad es aparente y que en el fondo de todas esas formas exóticas yace un principio de orden y regularidad superior, que unas veces conocemos, que otras podemos rastrear ó conjeturar, y que siempre es lícito y noble ejercicio de la mente inquirir. Entonces se le hará entender que toda esa prosodia de tan temeroso aspecto, con su balumba de incrementos y excepciones, descansa en un corto número de leyes fonéticas, que siempre y rigurosamente se cumplen.

“ No se le dirá (cosa absurda é imposible en cualquiera lengua) que un verbo como *fero* tiene el pretérito *tuli* y el supino *latum*, sino que se le hará entender que lo que está conjugando son tres verbos defectivos que tuvieron completa su respectiva conjugación en algún tiempo, y de los cuales sólo restan en los clásicos algunas formas, á la manera que quedan en la naturaleza las reliquias de una forma perdida. Jamás verá contraerse dos vocales ni resolverse un diptongo sin que se le dé la razón de ello. Fijos los ojos en la raíz, verá germinar en ella una tras otra y por ley cuasi fatal las desinencias, y cubrirse de hojas y de flores el árbol opulento de la conjugación clásica. Y así será la Gramática, además de obra racional, obra artística, y llegará á encariñarse con ella el discípulo más ternezuelo, cuando le parezca que asiste á la elaboración de la lengua, ó que él la va construyendo y sacando de su propio fondo.

“ Y no se nos replique que con esas gramáticas antiguas, *congeries* informe de paradigmas amontonados y de versos bárbaros, se educaron grandes generaciones de humanistas, y que ese es el método tradicional y venerando en España, porque á eso puede y debe responderse:

“ 1.º Que es tal la pujanza y el esfuerzo de los grandes entendimientos y de las voluntades viriles, que á pesar de los métodos más detestables llegan á enseñorearse de la ciencia, aunque todos los errores humanos, tradicionalmente recibidos, se empeñen en llenarles de estorbos y de malezas el camino. Y así como nos pasman los esfuerzos de gimnasia de Santo Tomás de Aquino para dar sentido racional á ciertos lugares de Aristóteles que hoy leemos clarísimamente y que él sólo tenía á mano corrompidos é ilegibles, así nos llena de respetuoso asombro el ver hoy aquellas gramáticas por las cuales aprendieron hebreo Santes, Paguino y Arias Montano, las cuales gramáticas son tales en punto á confusión, incoherencia y embrollo, que ni el mismo enemigo del linaje humano las hubiera fabricado más ásperas y difíciles, si para sus dañados intentos se hubiera propuesto cerrar las puertas de la lengua santa. ¿ En qué Universidad de Europa se enseña hoy el griego por los métodos con que le enseñaban Budeo y Francisco de Vergara? Sólo en España dura el antiguo sistema de enseñar la lengua latina como tormento y cruz del estudiante, contribuyendo más que otra cosa alguna á la vergonzosa decadencia á que hemos llegado en estos estudios.

“ Que la enseñanza del latín está por los suelos en España, es verdad sabida de todo el mundo, aunque no todos convienen en las causas. Achácanlo unos al poco tiempo que se invierte en la enseñanza, y tienen razón. Achácanlo otros á los métodos, y aciertan también. Ya que los autores no pueden reformar los planes de enseñanza ni aumentar las horas de clase, vayan reformando á lo menos los métodos, y el mal será menor.

“ 2.º En España no ha habido un solo método de enseñar la lengua latina, sino muchos y contradictorios, unos buenos y otros malos. La rutina absurda y degenerada, de principios de este siglo, nada tenía que ver con la ciencia admirable de Nebrija, del Brocense, de Simón Abril y del padre Manuel Alvarez. Todos estos claros varones tuvieron que luchar en su tiempo con absurdos y rutinas muy semejantes á las que hoy importa destruir á todo trance. Nebrija tuvo que expulsar de las Escuelas á los Ebrardos, Galteros y Pastranas. El Brocense escribió su obra maestra contra los que negaban que en la Gramática hubiera que preguntar por las razones de las cosas. Simón Abril llegó á acudir á Felipe II y á las Cortes de Castilla convocadas, quejándose del enorme absurdo de enseñar en latín la misma lengua latina, que se ignoraba. El espíritu y las lecciones de esos hombres es lo único tradicional y respe-

table que en esta materia hay en España. Para ellos la Gramática era ciencia racional y filosófica, ciencia de causas, *de causis linguae latinae*, no arte empírico. Si hoy vivieran, la considerarían además como ciencia histórica, y estarían, de fijo, al lado de los Pott, de los Benfey, de los Curtius, de los Bopp y de los Diez. ¿Por qué no interpretar nosotros ampliamente su espíritu é insistir en sus huellas?

“Perdone la Academia si me he alejado, aunque sólo en apariencia, del libro del Sr. Lomas. Este libro tiene para mí un defecto no leve, el de ser ecléctico en demasía, empeñándose el autor, quizá por no venir tan de frente con la costumbre reinante, en conciliar dos métodos á toda luz antagónicos, y muchas veces ni siquiera los concilia: se limita á poner el uno al lado del otro, como para que el discípulo elija.....

“Aparte de este que yo tengo por lunar de la obra, aunque puedan alegarse circunstancias atenuantes, la Gramática del Sr. Lomas me parece un buen resumen de las mejores y más recientes que en Francia y en Italia han visto la luz pública. *Quizá hubiera sido muy útil que el autor consultase de vez en cuándo la muy excelente de nuestros doctos académicos correspondientes D. Miguel Antonio Caro y D. Rufino José Cuervo, impresa años hace en Bogotá; OBRA MAGISTRAL Y LA MEJOR DE SU GÉNERO EN NUESTRO IDIOMA.*

“Resumiendo, la Gramática del Sr. Lomas me parece muy digna de la protección del Gobierno.”

Y habiendo hecho suyo la Academia el preinserto dictamen, tengo la honra de comunicarlo á V. E., cuya vida guarde Dios muchos años.

Madrid, 24 de Febrero de 1882.

El Secretario, MANUEL TAMAYO Y BAUS.

ÍNDICE

	Págs.
JUSTO HOMENAJE, Juan A. Zuleta.....	3
MANIFESTACIONES al Sr. D. M. A. Caro.....	4, 5, 7, 8
MIGUEL A. CARO, poeta, Juan A. Zuleta.....	9
RECUERDOS, José Caicedo Rojas.....	32
OPINIONES DE ESCRITORES EXTRANJEROS sobre D. Miguel A. Caro.....	34
BOLÍVAR Y LOS INCAS. Cartas de D. Pedro A. de Alarcón, D. Miguel A. Caro y D. Carlos Holguín.....	38
OPINIÓN de D. Miguel Cané.....	52
CARTA de D. Pedro F. Madrid.....	53
TRADUCCIÓN DE VIRGILIO, M. Menéndez y Pelayo.....	64
CARTA del Sr. Cecilio Acosta.....	56
VIRGILIO EN AMÉRICA, Juan M. Gutiérrez.....	59
UNA NUEVA TRADUCCIÓN DE VIRGILIO, R. J. Cuervo.....	69
CARTA DEL SR. CARO.....	90
CARTA del Ilmo. Sr. Arzobispo.....	93
MIGUEL A. CARO, Rafael Núñez.....	95
OPINIONES DE LA PRENSA sobre el tributo al Sr. Caro.....	96
JUSTO TRIBUTO.....	97
FELICITACIÓN de los vecinos de Cartago.....	98
CARTA del Sr. Eloy J. Molino.....	99
HOMENAJE AL SABER.....	100
D. MIGUEL A. CARO, por Antonio Rubió y Lluch.....	101
UN LIBRO DE VERSOS, José Angel Porras.....	111
OPINIÓN DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA sobre la Gramática Latina de Caro y Cuervo.....	123

UNIVERSIDAD
EAFIT®

Sala de Patrimonio Documental

BIBLIOTECA
Universidad EAFIT



100063245



AD
T[®]
mental